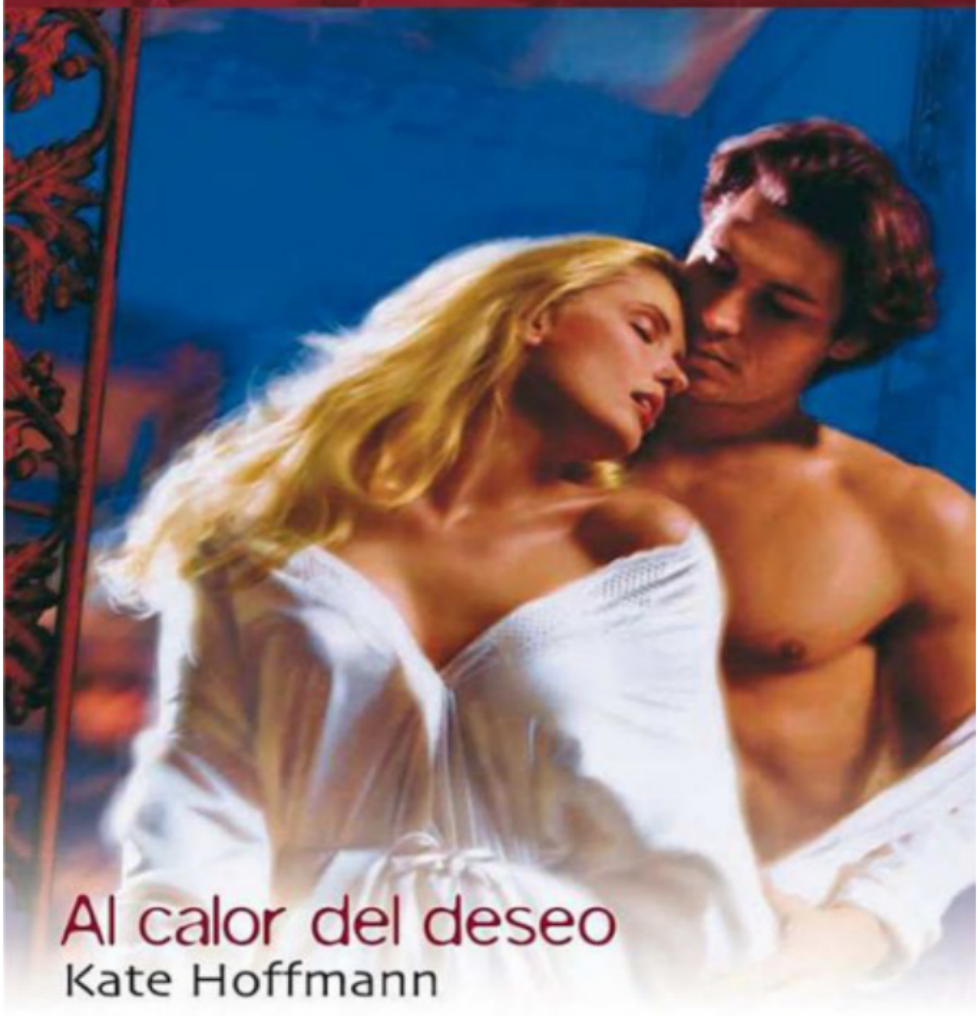
HARLEQUIN

Tentación



Al calor del deseo

Kate Hoffmann

Tentación™

Al calor del deseo

Kate Hoffmann

HARLEQUIN™

Argumento

Las cartas que habían desatado su pasión... No las habían escrito ellos.

Cuando Trey Marbury recibió aquel erótico anónimo, sabía que sólo una mujer podría haber escrito algo así y era Libby Parrish. De adolescentes, Libby y él se habían ido a bañar desnudos para escapar del calor de Carolina del Sur... pero habían acabado generando mucho más calor con la pasión de sus cuerpos. Doce años más tarde, a Trey le preocupaba cómo reaccionaría ella ante su regreso. Pero, a juzgar por aquella nota, Libby parecía dispuesta a retomar las cosas donde las habían dejado...

Libby había tardado doce años en olvidar a Trey, pero en cuanto apareció en su puerta, no pudo hacer otra cosa que caer en sus brazos... y después en su cama. Y sin embargo no dejaba de preguntarse si volvería a abandonarla... hasta que apareció en su buzón aquella apasionada carta.

Prologo

Una abeja zumbaba alrededor de un jazminero, rompiendo con su son el silencio de aquel mediodía caluroso. Unos pasos más allá, en el amplio porche de la casa de Charles Street, las hermanas Throckmorton removían el aire pesado de la tarde agitando sus abanicos de papel de arroz. Sobre la mesa que separaba las dos butacas de mimbre descansaba una bandeja de plata con una jarra de té con hielo y dos vasos.

—Estamos condenadas —dijo Eulalie Throckmorton, cuyo abanico temblaba como las alas de un colibrí.

Eudora Throckmorton reparó en la expresión malhumorada de su hermana gemela y suspiró.

—No es más que el calor, Lalie. Cuando estoy empapada en sudor no me entran ganas de hablar; como le pasa al resto de las mujeres del Club de Almuerzo y Bridge para Mujeres de los Jueves.

—Sí que había silencio.

Eudora se movió un poco en el asiento.

—Si hubieras querido instalar aire acondicionado en casa, no tendríamos este problema. Grace Rose Alston acaba de instalarlo en su casa y dice que con este calor que tenemos ha sido como un regalo del cielo.

—No necesitamos aire acondicionado, Dora. Tenemos este maravilloso porche. Mamá y papá vivieron más de cincuenta años aquí y jamás tuvieron aire acondicionado. Además, nos encerraríamos en casa y no veríamos pasear a nuestros vecinos por la calle. Aquí fuera somos parte del mundo. Dios santo, si quisiera vivir en un sitio oscuro y fresco, correría a la funeraria de Wilbur Varner, me compraría un bonito ataúd y me mudaría al cementerio al lado de papá y mamá.

—No hay necesidad de ponerse tan dramática —contestó Eudora —. Siempre has sido una exagerada; deberías haberte dedicado al teatro.

—Y tú a vender aparatos en la televisión local, con lo que te gustan las máquinas modernas. ¿Necesito recordarte que en la cocina tenemos un exprimelimones eléctrico que ni siquiera has utilizado?

—El aire acondicionado no es un invento moderno —contestó Eudora—. Teniendo en cuenta las temperaturas que se alcanzan en verano aquí, en Carolina del Sur, algunos dirían que es una necesidad. Y nos estamos acercando a una edad en la que las comodidades

personales es lo único que nos puede interesar.

—Seamos sinceras, Dora. No es la falta de aire acondicionado lo que ha puesto fin temporalmente a nuestro querido club de bridge. Es la falta de buen cotilleo. ¡No queda nada de qué hablar en este lugar estancado!

El Club de Almuerzo y Bridge para Mujeres de los Jueves contaba con casi cien años. Había sido fundado por la abuela de Eulalie y Eudora y un grupo de amigas suyas, todas ellas mujeres prominentes en la sociedad de entonces de la población de Belfort, situada en el estado de Carolina del Sur. El club era una institución en Belfort; había vivido dos Guerras Mundiales, la Ley Seca, la Gran Depresión y un intento de revolución de varios miembros que habían querido sustituir el juego del bridge por el del gin rummy. Pero, a través de todos esos eventos, las dieciséis miembros del club siempre había compartido una conversación animada. Eulalie tal vez lo llamara cotilleo, pero Eudora prefería pensar en ello como... un discurso inspirador.

—Tal vez deberíamos considerar aceptar algunos miembros nuevos —sugirió Eudora—. Algunas señoras que tengan temas interesantes que compartir. Conocí a una viuda encantadora en Winn Dixie que acababa de mudarse de Nueva York.

—Las señoras jamás tolerarían a una yanqui —Eulalie negó con la cabeza—. Además, siempre hemos tenido dieciséis miembros y hasta que una de nosotras pase a mejor vida no podemos meter a un nuevo miembro. ¡Está en nuestros estatutos, y tú deberías conocerlos, ya que has sido presidenta en dos ocasiones!

—Según Charlotte Villiers, a ella se le está acercando el momento —murmuró Eudora—. Si tengo que escuchar un solo día más su lista de dolencias, creo que tendré que sacar del armario la pistola de los duelos del bisabuelo y acabar yo misma con ella. Eulalie se echó a reír, olvidándose de su malhumor con los comentarios audaces de su hermana. Aun así, aquél era un asunto serio. Si el club de bridge iba mal siendo presidenta, tal vez las señoras encontraran el modo de echarle a ella la culpa.

—No tendría por qué ser nada importante —murmuró—. Tan sólo algo jugoso. Tal vez un bonito e interesante escándalo político animaría el ambiente; un chantaje, una corrupción. O mejor aún, un escándalo —bajó la voz para que nadie la oyera— de índole privado, si entiendes lo que quiero decir. Sabes, siempre creí que Desmond Whitley era homosexual. Tal vez podamos convencerlo de que éste sería el mejor momento para salir de la leñera.

—Es del armario, querida. Para salir del armario.

—Qué más da una cosa que otra. Lo importante es que tendríamos algo interesante que comentar.

—Desmond me cae bien —comentó Eudora—. Y para ser totalmente sincera, no me importa si es o no homosexual. Prepara unos centros florales fantásticos para el mercadillo de otoño de la iglesia, y el año pasado bordó ese mantel para la subasta de los Amigos de la Biblioteca. Además, es un gran bailarín.

—De acuerdo —gruñó Eulalie—. Olvídate de Desmond. Además, tiene sesenta y dos años. Necesitamos encontrar a una persona más joven. Mejor aún a alguien que tenga una reputación sin mancha, alguien que nunca haya protagonizado un escándalo —hizo una pausa —. Alguien que pueda llevar a cabo algo apasionado, desenfrenado..., ligeramente morboso... —hizo una pausa, esa vez para abanicarse con ímpetu—. Bueno, estoy segura de que entiendes a lo qué me refiero.

—Al sexo —dijo Eudora con sencillez—. Estás hablando de sexo, hermana. Santo cielo, tal vez tenga ochenta y tres años, pero soy una mujer moderna, y no tengo miedo de hablar de estos temas en voz alta. Aunque las dos somos consideradas doncellas, tú y yo hemos tenido algunas experiencias con los hombres. Entre nosotras no tenemos por qué fingir que jamás hemos visto al monstruo de un solo ojo.

Eulalie estuvo a punto de atragantarse con su té con hielo mientras sus mejillas se teñían de un color pronunciado. Agarró la servilleta de lino y se la llevó a los labios, antes de aclararse la voz.

—No hay necesidad de hablar con tanta claridad, Eudora.

Su hermana se encogió de hombros.

—Te sonrojas cuando utilizo la terminología médica apropiada y también cuando utilizo un eufemismo.

—Lo que quiero decir es que, a pesar de nuestra experiencia, no conocemos la manera moderna. Las cosas han cambiado un poco desde que éramos jóvenes. Entonces, un chico no podía ponerle la mano a una chica encima sin haberle propuesto antes en matrimonio.

—Esto es una bobada, Lalie. No podemos crear un escándalo.

Eso ocurre o no ocurre, sin más.

Una sonrisa pausada iluminó la expresión de Eulalie.

—Pero podemos darle un empujón.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Haciendo correr un rumor, propagando falsas acusaciones. Ya se me ocurrirá algo.

¿Y a quién vas a elegir para participar en tu pequeño escándalo?

Eulalie se abanicó despacio.

—No lo sé. Alguien con una reputación sin tacha —miró hacia la casa al otro lado de la calle, con su porche amplio decorado con cestos de geranios—. Habrá que considerarlo con mucho cuidado. Pero puedo garantizarte una cosa, hermana. Habrá mucho más de qué hablar en Belfort cuando maquine mi plan. Y nuestro queridísimo club

de bridge seguirá a salvo durante otros cien años.

Capítulo 1

En Belfort todo iba un poco más despacio con el calor del verano. Incluso la puesta del sol parecía tomar una ruta más perezosa en pos del horizonte.

Trey Marbury se limpió el sudor del cuello mientras esperaba en uno de los tres semáforos de Belfort, agradecido de que por fin la noche hubiera puesto fin a un día tan sofocante como aquél.

Se asomó por el parabrisas de su todoterreno a mirar los escaparates de las tiendas que tan familiares le habían sido en el pasado. Aparte de unos cuantos cambios, todo lo demás estaba más o menos igual que el día en que había salido de Belfort.

Y de momento, el regreso del hijo predilecto de Belfort no había causado ninguna conmoción.

Doce años atrás, había sido un estudiante modelo, y además le habían concedido una beca deportiva para la facultad de Tecnología de Georgia, todo ello en un solo año. Belfort había esperado grandes logros de Clayton Marbury III, aunque no tanto como su padre le había exigido por ser hijo único. Clayton Marbury II no había querido otra cosa que no fuera la perfección; además de una obediencia incuestionable.

Cuando Trey se había destrozado el hombro en su primer año de facultad, se había sentido aliviado. La presión y las expectaciones habían desaparecido. Su padre y él ya no habían tenido más tema de pelea, salvo la operación que Trey se había negado a hacerse y el desinterés que había mostrado en el negocio familiar.

Al final, eso era lo que lo había devuelto a Belfort, a su pasado: un negocio pendiente. Su casa ya no era aquella pequeña población aletargada de Carolina del Sur; su casa era un apartamento en un rascacielos en la Costa Dorada de Chicago. Había vivido tanto tiempo en el norte que se había acostumbrado a los inviernos fríos y al ritmo rápido de la ciudad. El marcado acento del sur que había distinguido su habla cuando había llegado a la «ciudad del viento» había casi desaparecido, además de su tolerancia por el intenso calor de los veranos de aquella zona.

Trey giró por la calle River y dejó el todoterreno en el aparcamiento del supermercado de Garland Van Pelt. Ignoró las miradas curiosas del pequeño grupo de hombres reunidos alrededor de un aparato de televisión que había en el porche de la tienda. Sacó un

paquete de seis latas de cerveza del frigorífico y una bolsa de galletas saladas de un estante y fue hacia el mostrador.

—¿Trey Marbury?

Trey levantó la vista y se encontró con el dueño de la tienda mirándolo.

—Hola, Garland. ¿Qué tal te va?

Para sus adentros se preguntaba con fastidio por qué aquel acento había reaparecido de nuevo.

—Vaya, vaya —dijo Garland mientras palmoteaba con alegría—. Mirad a quién tenemos en casa, chicos. Es Trey Marbury. Precisamente de ti estábamos hablando la semana pasada. Sobre ese partido contra el Marshall. ¿Te acuerdas de eso? Belfort ganó por tres tantos.

El grupo de hombres comenzó a aplaudir y a hacer la señal de la victoria con las manos.

—Qué pedazo de partido —dijo Trey mientras dejaba sobre el mostrador un billete de veinte dólares.

—¿Qué haces de vuelta en la ciudad?

—Voy a ocuparme de unos cuantos asuntos relacionados con los bienes de mi padre.

Los hombres se quedaron en silencio, y Garland asintió con seriedad.

—Me enteré de lo de tu padre. Lo siento muchísimo, Trey. Era un buen hombre.

Trey esbozó una sonrisa forzada. Para la mayor parte de las personas, Clayton Marbury había sido un buen hombre, la imagen del ciudadano próspero y un modelo a seguir. En cambio para su hijo no había sido un padre cariñoso. En realidad, Trey no recordaba que su padre le hubiera mostrado jamás ni un ápice de cariño.

—Gracias —murmuró Trey mientras le pasaba un billete a Garland en el mostrador, con la esperanza de poder marcharse lo antes posible de allí.

—Y no era ningún tacaño. Jamás he conocido a un tipo más generoso. Contaba las historias más graciosas allí en el hotel, y era único preparando barbacoas. Todos los años hacía una gran fiesta el día de su cumpleaños. Sí, cuidaba de sus amigos, sí señor.

—Y le hacía la vida imposible a sus enemigos —añadió Trey.

Garland se echó a reír.

—En eso no te equivocas, hijo. Aunque no ha habido demasiadas peleas desde que Wade Parrish y su esposa se marcharon de la ciudad hace tres años. Creo que eso le quitó a tu padre la razón de pelear. Tus padres se marcharon a vivir a Arkansas unos meses después —Garland sumó el total y metió las cervezas y las galletas en una bolsa—. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte aquí en Belfort?

—Mi madre me pidió que vendiera las últimas propiedades que les

quedan aquí y en Charleston. Tengo que verme con los agentes inmobiliarios y hacer algunas reparaciones en varias propiedades. Supongo que estaré aquí unos cuantos meses. Hasta que deje todo concluido. Después me vuelvo a casa. Quiero decir, a Chicago.

Garland se echó a reír.

—¡Chico, eres como tu padre! Clay Marbury estaba siempre atento a una buena compra. Tenía sin duda el toque de Midas.

Trey había oído suficiente sobre el gran Clayton Marbury II, así que agarró la bolsa con una sonrisa superficial en los labios y se despidió.

—Gracias, Garland. Me alegro de veros, chicos.

El tendero se rascó la barbilla.

—Ahora que lo pienso, la vieja casa Sawyer está en venta. Se llevaron a la señora Sawyer a una residencia de ancianos en Florence, donde vive su hija. La casa se está cayendo, así que supongo que, si te interesa, conseguirás un buen precio. Mi hija es agente inmobiliario. Le diré que te llame.

Trey le hizo un gesto con la mano a Garland mientras salía por la puerta.

—Quédate con el cambio —dijo—. Invita a los chicos a una cerveza a mi salud.

Mientras Trey regresaba al aparcamiento pensaba que, en menos de una hora, toda la población se enteraría de su llegada. Y a partir de ese momento, no dejarían de chismorrear sobre lo que habría o no habría estado haciendo en esos doce años.

—Debería haberme quedado en un hotel en Charleston —suspiró —. Tal vez sea cierto eso que dice la gente de que jamás puede uno regresar a casa.

Trey giró por la calle Center y se dirigió a la antigua zona residencial de la ciudad. Belfort estaba ubicada en la confluencia de dos ríos que desembocaban en al Atlántico a veinticuatro kilómetros al sur de la población.

La mayoría de las enormes casas blancas de madera estaban situadas en la amplia península que separaba los dos ríos, en calles flanqueadas de robles centenarios que les proporcionaban sombra y con enormes terrenos que llegaban hasta el río.

Trey sabía que la casa Sawyer estaba situada en la calle Charles. Mientras detenía el vehículo delante del edificio, miró hacia la casa de al lado. Ése siempre había sido considerado territorio Parrish, el lado este del distrito histórico. Desde la guerra entre los estados del norte y el sur, los partidarios de Parrish habían vivido al este de la calle Hamilton y los partidarios de Marbury al oeste de la línea divisoria. Una persona declaraba su apoyo a uno u otro dependiendo del lugar donde escogiera comprar su casa.

Trey se echó a reír con discreción. Comprar en territorio enemigo habría provocado en su padre un ataque de apoplejía. Sacó una cerveza de la bolsa, la abrió y dio un buen trago. Incluso aunque quedara algún Parrish viviendo en la casa de al lado, la enemistad había terminado hacía tiempo. Como único heredero de Clayton Marbury, no tenía intención de continuar con las hostilidades. Y que él recordara, sólo quedaba una heredera de Parrish y esa era Lisbeth Parrish; que seguramente se habría marchado de Belfort a la primera oportunidad posible.

Saltó del todoterreno y se acercó a la casa Sawyer, cuya fachada se cernía amenazadoramente entre los árboles y los arbustos. Como la casa de al lado, la casa Sawyer tenía un porche que rodeaba los cuatro lados de ambas plantas, protegiendo la casa del implacable sol del verano. Se veía que hacía falta una mano de pintura y que en algunos sitios parte de la galería estaba caída. Pero aunque estuviera cayéndose a pedazos, uno no se topaba con una casa así todos los días. El trabajo artesanal era increíble, y los detalles arquitectónicos parecían los originales de cuando se había construido a mediados del siglo XIX.

Trey pasó la mano por el cristal sucio de una de las ventanas y se asomó al interior, donde distinguió la repisa tallada de una chimenea y varias piezas de mobiliario cubiertas con sábanas. Con una sonrisa en los labios, Trey se volvió hacia la calle. Le daba igual lo que pidieran por la casa; lo pagaría. Después de pasar ocho años diseñando todo tipo de edificaciones, desde centros comerciales hasta urbanizaciones de apartamentos, sería divertido trabajar de nuevo con la sierra y el martillo.

Cuando llegó al todoterreno Trey se dio la vuelta. Siempre había habido un camino secreto en la parte de atrás de la vieja casa Sawyer, un camino que él y sus amigos habían tomado en numerosas ocasiones en las noches calurosas de verano. A través de un bosquecillo espeso el camino llegaba hasta un brazo del río, una especie de piscina profunda con el fondo arenoso. El instituto había construido allí una piscina el año después de graduarse él, y seguramente el lugar llevaría tiempo olvidado. Se le ocurrió que tal vez un baño antes de ir al motel le resultara agradable.

Sacó el resto de las cervezas del todoterreno y pasó por delante de la casa vacía para adentrarse en el patio trasero. El ruido de los grillos y el murmullo de los animales nocturnos lo acompañaban mientras buscaba la entrada del camino. Aunque para llegar a la ensenada debía cruzar la propiedad de los Parrish, eso nunca había sido un impedimento para Trey y sus amigos. Si no armaban demasiado jaleo y dejaban todo limpio antes de marcharse, normalmente nadie se enteraba de que habían estado allí.

Mientras se abría paso entre la maleza, Trey recordó una vez en la que había sido sorprendido, y no precisamente por el viejo Parrish. Sus recuerdos de esa noche, unos días antes de cumplir dieciocho años, continuaban muy presentes en su pensamiento, ya que representaban un momento decisivo en su vida. No sabía si había sido la magia de ese lugar, o los eventos previos al encuentro. O tal vez hubiera sido su reacción espontánea la que había contribuido a que el recuerdo se hubiera grabado a fuego en su memoria.

Había sido su última noche en Belfort antes de marcharse a la facultad. Había empezado la noche enzarzándose en una discusión con su padre, que había insistido en que no le daría ni un centavo para costear su formación. Aunque Clayton Marbury II había nacido en el seno de una familia rica, de algún modo se le había metido en la cabeza la idea de que a su hijo le vendría bien tener que trabajar mientras estudiaba en la universidad. En ese momento, Trey no había estado seguro de poder jugar al fútbol, estudiar arquitectura y trabajar, pero había entendido que tendría la ventaja de poder por fin verse totalmente libre del control de su padre.

Había salido de casa muy enfadado, listo para ir a comprar unas cervezas frías y buscar a unos cuantos amigos con los que emborracharse. Pero al final había decidido pasar la noche solo.

Sin saber cómo, había terminado en el brazo del río, enfadado y nervioso, confundido por la dirección que estaba a punto de tomar su vida y temeroso de no poder soportar todo lo que se le echaba encima.

Ella había aparecido más o menos entre su tercera y cuarta cerveza, y al principio, Trey había pensado que era una alucinación. Pero en cuanto se había dado cuenta de que no era producto de su borrachera, se había alegrado de la compañía.

Libby Parrish no había salido con la pandilla del instituto. Tímida y estudiosa, jamás había sido una de las chicas más bonitas o populares. Entonces había sido aún pequeña, y además era una Parrish, el único defecto que la diferenciaba del resto del mundo. Pero esa noche, a la luz de la luna, Lisbeth Parrish había significado algo más para él.

Al verla había estado a punto de salir corriendo, pero entonces ella le había hablado, le había dicho que no le diría nada a su padre. Trey aún recordaba su mirada, mezcla de curiosidad y de cierto temor.

Trey dejó que los recuerdos fluyeran mientras atravesaba el último grupo de arbustos y accedía al pequeño claro. La luz de la luna iluminaba el río, y en la distancia se oía el aleteo de un pato que echaba a volar. Trey encontró un viejo tronco de árbol cerca del sitio donde sus amigos y él, para que no los acribillaran los mosquitos, solían encender una pequeña fogata. Se sentó en el suelo y se recostó sobre el tronco antes de dar otro trago de cerveza. Por primera vez

desde que había llegado a Belfort, tenía la sensación de haber encontrado un recuerdo digno de rememorar.

Momentos después, Trey oyó un ruido a sus espaldas entre la maleza. Rápidamente, se agachó y se tumbó boca abajo detrás del tronco. Aunque de pequeño no le había importado demasiado quebrantar la ley, en el presente Trey era un extraño en la ciudad, y no estaba seguro de lo que el dueño de la casa pensaría de su presencia en una propiedad privada.

Esperó, aguantando la respiración, medio confiando en que apareciera algún grupo de chavales. Pero sólo una persona salió de entre los arbustos; una mujer de cuerpo esbelto que se dibujaba bajo el fino algodón de su vestido de vuelo. La joven agarró el dobladillo del vestido y se lo quitó de un solo movimiento; seguidamente, se quitó las sandalias antes de caminar hacia el borde del agua.

Trey aspiró con tanta fuerza, que estuvo a punto de atragantarse. ¡Esa mujer no llevaba nada debajo del vestido! Y con el susto de ver a una mujer desnuda a sólo unos metros se le aceleró el pulso. Quiso apartar la mirada, pero le resultaba imposible, ya que esa joven era sin lugar a dudas la criatura más bella que había visto en su vida.

Tenía un cuerpo perfecto de miembros largos y delicados y un trasero perfectamente dibujado. La luz jugueteaba sobre su piel, y sin darse cuenta, Trey se quedó embelesado con la elegante curva de sus hombros y la suave hendidura al final de su espalda. La joven levantó un poco los brazos y los deslizó bajo la espesa melena de cabello para retirárselo del cuello. Trey, que estaba tumbado boca abajo, se movió un poco para que la erección que tenía no le resultara tan molesta.

Pero al tratar de cambiar de postura, se le resbaló un pie y un palo crujió bajo su peso. Ella se quedó inmóvil y volvió la cabeza; como un animal asustado que estuviera decidiendo si quedarse o huir. Su perfil, iluminado repentinamente por la luz de la luna, fue instantáneamente reconocible y Trey respiró aliviado.

—Libby Parrish —murmuró sin emitir sonido alguno.

Trey sonrió. Qué extraña coincidencia encontrarla allí la primera noche que pasaba en la ciudad, cuando ella había estado allí mismo en la última.

Mientras Libby se metía en el agua, Trey decidió que había llegado el momento de marcharse de allí. Tenía claro que ésa no era la ocasión apropiada de presentarse ante ella, estando Libby desnuda y él tan evidentemente excitado.

Pero finalmente Trey decidió no marcharse. Se tumbó boca arriba y se quedó mirando las estrellas mientras escuchaba el chapoteo en el agua.

Había cambiado tanto desde la última vez que la había visto. Se había convertido en una preciosa mujer, más maravillosa de lo que

jamás hubiera podido imaginar. Pero aún recordaba a la chica que él había conocido, y con el recuerdo de la adolescente que había sido regresó cada detalle de esa noche de tantos años atrás.

Habían pasado horas charlando, Trey desahogando su rabia y su frustración, y Libby escuchándolo embobada, como si cada palabra que dijera él fuera lo más importante del mundo.

Nadie se había tomado jamás la molestia de escuchar lo que él deseaba en la vida. Todo el mundo tenía una imagen de quién era Trey Marbury o en quién se suponía que debía convertirse. Trey había hecho tanto esfuerzo para complacer a sus padres, a sus profesores, a sus entrenadores y a sus amigos, que se preguntaba si alguna parte de su vida le pertenecía de verdad.

No había sido su intención besarla, pero había surgido con tanta naturalidad... Y cuando ella le había correspondido, él había sentido un alivio enorme, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

Después de eso, todo había ido con tanta rapidez. Ella le había desabotonado la camisa para acariciarle el pecho desnudo.

Y aunque la noche era húmeda y calurosa, Trey recordaba haberse estremecido de deseo, haber sentido cómo todo el calor abandonaba su cuerpo para concentrarse solamente entre sus piernas. Hasta esa noche, se había tenido a sí mismo como un conquistador, como un muchacho seguro de sí mismo en la limitada experiencia que había tenido con algunas chicas dispuestas.

Trey había tenido la intención de controlarse, pero no había podido negar lo que había sentido con Libby. Había deseado algo más íntimo, algo que le diera fuerzas para enfrentarse a su futuro incierto. Y esa noche lo había encontrado en el cuerpo de Libby, en sus suaves caricias y en el dulce sabor de su boca... en su manera de moverse bajo su cuerpo.

Habían pasado doce años, y él había hecho el amor con bastantes mujeres desde esa noche. Pero seguía buscando esa armonía inexplicable que había encontrado con Libby, seguía buscando una mujer en la que se combinaran la candidez y la pasión desenfrenada, una mujer que pudiera descubrir su cuerpo y su alma. Aunque Libby era virgen, había sido ella la que había tenido el poder de seducción, provocándolo para que le hiciera el amor, calmando sus dudas con sus labios y sus manos.

Y después, cuando se habían vestido, ella le había sonreído como si aquel fuera su secreto. Y entonces él le había hecho memorizar su dirección de la facultad y le había pedido que le escribiera. Además, le había prometido a Libby que regresaría a casa. Y esa había sido la última vez que había visto o sabido nada de Libby... hasta esa noche.

Trey se puso de nuevo boca abajo y se asomó por encima del tronco. Libby salía despacio del agua. Si le había parecido preciosa

por detrás, no estaba preparado para lo que estaba viendo por delante. Recordó el conocido cuadro que había visto en un viaje a Italia; el de la Venus saliendo desnuda de un río. No recordaba el nombre del pintor, pero estaba reviviendo en ese momento la bella escena.

Dios mío, era tan preciosa... Ya no era delgaducha y huesuda como años atrás. Libby Parrish se había convertido en una mujer que era capaz de cortarle la respiración y hacerle latir de deseo.

Ella recogió el vestido del suelo, se lo puso y después se calzó. Aspiró hondo y echó un último vistazo al río antes de echar a andar hacia el camino. Trey ahogó el deseo de llamarla, de prolongar el momento. Había tantas preguntas sin respuesta; no sabía por qué ella no le había escrito, o por qué no había respondido a sus cartas.

Mientras la observaba perderse entre la espesura, Trey gimió con suavidad.

Estupendo. ¡Pasaría el resto de la noche viéndola desnuda en su imaginación, atrapado con la única compañía de su perro en un motel a la salida de la ciudad.

Sólo podía hacer una cosa. Tendría que comprar la casa de al lado y averiguar en qué tipo de mujer se había convertido Libby Parrish.

—¿Quieres hacer el favor de apartarte de esa ventana?

Libby Parrish agarró un poco de masa de galletas y la lanzó a la nuca de la cabeza de Sarah Cantrell.

Sarah se dio la vuelta.

—¿Es que no sientes curiosidad? Lleva una semana viviendo ahí. No me digas que no lo has estado espiando un poco.

Libby suspiró mientras dejaba la masa sobre la encimera cubierta de harina. Sarah y ella eran amigas desde los doce años, pero había veces en las que era una auténtica pesada. Y toda vez que trabajaban juntas, tenía que aguantarla casi a diario.

—¿Por qué voy a mostrar el más mínimo interés por lo que esté o no haciendo ese hombre? —dijo en tono de solterona remilgada—. Ahora volvamos a la receta de las galletas. Me preocupan las instrucciones que vaya a dar para trabajar la masa. Amasar es la palabra errónea en este caso, sobre todo si mis lectores lo entienden en el contexto del pan. Si se amasa, esta mezcla quedaría dura y...

—Está cortando el césped —dijo Sarah con aquel acento pausado —, con esos pantalones vaqueros que de grandes están a punto de resbalársele. Oh, Dios, ojalá se inclinara hacia delante y...

—¡Basta ya! —gritó Libby.

Aspiró hondo para intentar calmar el revoloteo que sentía en el estómago.

—Yo, que me considero una experta cuando se trata de cuerpos masculinos, digo que no me importaría probar lo que tenga que ofrecer Trey Marbury. Hoy estaban hablando de la seguridad que

siempre tuvo con las mujeres.

—¡Ya basta! —gritó de nuevo Libby.

Corrió a la ventana y echó la cortina de encaje de la cocina. Lo que menos le apetecía a Libby era oír hablar de las proezas sexuales de Trey. Ella misma lo había experimentado de primera mano.

Su amiga la miró con curiosidad.

—Te estás sonrojando. ¿Es que después de tantos años Trey Marbury tiene el poder de acalorarte y enervarte de ese modo?

—No estoy acalorada —murmuró Libby—. Tan sólo enervada.

—¿Porque ha tenido la osadía de mudarse precisamente a la casa de al lado? Las hermanas Throckmorton y tú lleváis por lo menos tres años quejándoos del estado ruinoso de esa casa. Deberías estar contenta de que alguien se haya mudado y esté arreglándola.

—Sabes que no es eso lo que me molesta —dijo Libby.

Sarah volteó los ojos y gimió.

—¿O, por favor, tenemos que hablar de esa estúpida rencilla otra vez? Se acabó. Su padre murió, el tuyo se ha ido a vivir a Palm Beach y el resto de los habitantes de este aletargado pueblo hemos olvidado hace tiempo por qué empezó la enemistad en un principio.

—No estoy hablando de la enemistad —Libby hizo una pausa—. No puedo creer que no lo recuerdes. Fue la experiencia más humillante de mi adolescencia.

—Ah, el beso que te cambió la vida; el beso...

—Tengo un rodillo en la mano —le advirtió Libby—. Y en mis experimentadas manos podría ser un arma mortal.

—Tú te tiraste a él y él no pudo resistirse a tus encantos. Entonces, se marchó de la ciudad y nunca más se supo.

—Y entonces, yo fui lo suficientemente estúpida como para escribirle una carta donde le profesaba mi adoración. Y no sólo de unas cuantas páginas, sino una disertación de diez páginas sobre mis sentimientos hacia él. En verdad pensaba que éramos el equivalente moderno de Romeo y Julieta —gimió Libby.

—Nunca me contaste lo de la carta —le dijo Sarah.

—Él nunca me respondió. Y nunca volvió a poner los pies en Belfort. Me enteré de que pasaba sus vacaciones trabajando en el negocio de la construcción en Atlanta. Seguramente estaría demasiado atemorizado como para poner el pie donde yo vivía.

—No fue más que un beso; un beso de adolescentes. ¿Qué importancia pudo tener?

Libby notó que se sonrojaba. Llevaba demasiado tiempo guardando el secreto. Tal vez fuera hora de contárselo a Sarah. —Fue más que un beso. Esa noche perdí la virginidad con Trey Marbury.

Sarah soltó un gemido entrecortado mientras abría los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Trey Marbury y tú...? Espera un momento. ¿Cómo es que nunca me lo has contado?

—Quería hacerlo. Pero después de pasar sentí que necesitaba un tiempo para pensarlo. Y después, cuando no me escribió, me sentí avergonzada. Nunca me sentí demasiado segura de mí misma con los chicos, y eso desde luego no me ayudó a mejorar.

—¿Y ahora le echas la culpa a Trey Marbury por tu falta de vida social?

—No —respondió Libby—. Le echo la culpa a mi ajetreada vida profesional y a vivir en una población pequeña donde no hay muchos hombres aceptables que estén solteros.

—¿Tu vida profesional? Cariño, eres el sueño erótico de todos los hombres. Eres preciosa, ganas mucho dinero y encima sabes cocinar. Lo único que te falta es haberte dedicado durante un breve periodo de tiempo al striptease.

—Sí, claro. El otro día precisamente vi a un grupo de tíos solteros bien apuestos viendo a Julia Child. Todos estaban diciendo lo buena que estaba y lo mucho que les habría gustado verla desnuda —negó despacio con la cabeza y suspiró—. A veces me pregunto cómo he terminado con esta vida. Vivo en la antigua casa de mis padres, donde me paso los días removiendo, picando o salteando. Mi idea de pasar un buen rato es haciendo listas de alimentos para ir a la compra o consultando libros de cocina antiguos. ¿Cuándo me he convertido en mi madre?

—¿Por qué no te marchaste de Belfort? —le preguntó Sarah.

Libby se encogió de hombros.

—Esto te va a parecer ridículo, pero supongo que siempre esperaba que un día él regresara. Ahora también tengo esta casa, y me siento a gusto aquí —suspiró—. Tal vez debería mudarme. Podría comprarme una casa en Charleston y abandonar Belfort para siempre.

Sarah observó a su amiga Libby con preocupación.

—O tal vez deberías enfrentarte a él y dejar atrás el pasado. Prepara unas galletas, ve hasta su jardín y preséntate a tu nuevo vecino —Sarah cruzó la cocina, le agarró la mano a Libby y tiró de ella hasta la ventana—. Mira —le ordenó—. Si sigues queriendo a ese hombre, será mejor que te muevas, porque todas las demás solteras de la ciudad lo están mirando de arriba abajo. Incluida yo.

De pronto Libby dejó de preocuparse por su receta de galletas. Descorrió la cortina y buscó al sujeto de su discusión con la mirada.

—¿Por qué ha tenido que mudarse precisamente a la casa de al lado? Es como si quisiera estar encima de mí.

—Seguramente ni se acuerda de que vives aquí —le dijo Sarah—. Créeme, sabe que vivo aquí. Y creo que es por eso por lo que ha comprado la casa. Yo...

De pronto Trey Marbury apareció de detrás de unos arbustos, y ella se quedó sin habla. Libby aguantó la respiración mientras lo miraba. Tenía el pecho descubierto, empapado en sudor, y sus brazos finamente torneados y musculosos se tensaban agarrando la máquina cortacésped.

Se quedó mirándolo un buen rato mientras él continuaba cortando el césped; entonces se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración.

—Ha cambiado —murmuró.

—Han pasado doce años —dijo Sarah mientras empezaba a recoger sus apuntes de la mesa—. Todos hemos cambiado.

Libby volvió la cabeza con expresión pesarosa.

—Supongo que sí.

Pero en esos años Trey Marbury se había hecho un hombre, un hombre que exudaba poder y fuerza, incluso en una tarea sencilla como podar el césped. Libby tragó saliva con dificultad al tiempo que los recuerdos de aquella noche lejana inundaban su pensamiento.

Siendo su primera vez debería haber sido torpe y dolorosa. Pero Libby no la recordaba así. Él había sido tan gentil y suave con ella, y con esa delicadeza, la había llevado a sitios que ella no conocía. Libby no pudo evitar preguntarse qué habrían hecho esos doce años en sus habilidades amatorias.

—Me pregunto por qué habrá vuelto —murmuró Libby.

—No ha vuelto para quedarse —contestó Sarah—. Wanda Van Pelt le vendió la casa y dice que está ocupándose de los negocios de su padre en la zona; que sólo está renovando la casa como una inversión. Vive en Chicago desde hace tiempo y al parecer le va muy bien allí — Sarah se apartó de la ventana y fue a la mesa donde estaban las recetas que habían colocado, resignándose por fin a regresar a lo que tenían entre manos—. Seguramente ni se acordará de la carta que le enviaste —murmuró Sarah—. Y no te vendría mal algún que otro ejemplar masculino, aparte de Carlisle Whitby, Bobby Ray Talbert y Wiley Boone.

—Carlisle es mi cartero —dijo Libby—. Y Bobby Ray nuestro jefe de policía. A Wiley Boone apenas lo conozco.

—Es el inspector de la vivienda, y Flora la de la farmacia me dijo que Wiley estuvo el otro día preguntando por ti. Creo que tiene la intención de pedirte salir. Y Carlisle siempre te da cupones de más y se queda en tu porche un poco más y se hace el remolón con la esperanza de que salgas. Y Bobby Ray te pide salir cada día de Año Nuevo y cada Cuatro de Julio, como un reloj. ¿Entonces a quién prefieres, a uno de esos tontos o a Trey Marbury? —arqueó una ceja —. ¿O a lo mejor quieres terminar como las hermanas Throckmorton?

—¡No pienso ser una solterona! —dijo Libby—. Podría estar con un

hombre si quisiera. Sólo es que aún no he dado con el adecuado.

—Ahora tienes cuatro donde elegir.

—Menuda elección —murmuró ella.

—Bueno, me marcho —dijo Sarah mientras recogía sus cosas.

—Esta noche probaré la receta de galletas, a ver qué tal está la variante con queso.

—Podrías probarlas con pedacitos de bacon o de salchicha.

Libby se volvió hacia la ventana.

—Mmm. Lo del bacon suena bien.

Oyó el ruido de la puerta de entrada al cerrarse, con la vista fija en el hombre que vivía al lado. Clayton Marbury III. Claro que ella siempre lo había recordado como Trey. Hubo un tiempo en el que los Marbury habían sido dueños de un banco, de una tienda de ultramarinos, de una cadena de gasolineras, de dos agencias de coches, del periódico y de la mitad de las propiedades comerciales de la calle Center.

La familia Parrish había poseído la otra mitad, y eso mismo no había hecho más que añadir leña al fuego del conflicto sobre qué familia era la más poderosa de Belfort.

De haberse mudado otro hombre soltero y apuesto a la casa de al lado, Libby habría estado feliz. Después de todo, habían trascurrido ya cinco años desde la humillación que había sufrido fruto de la infidelidad de su último novio. ¿Pero Trey Marbury? Su instinto le decía que mantuviera las distancias.

Libby cerró los ojos, deslizó las manos bajo su mata de pelo y se retiró la pálida melena rubia del cuello. Aquel calor le estaba poniendo los nervios de punta. Y el hecho de que llevara casi un mes de retraso con su nuevo libro de cocina también le estaba afectando negativamente. La semana siguiente estaría grabando la siguiente entrega de Southern Comforts, el programa de cocina que llevaba dos años haciendo. El libro tenía que estar impreso y listo para enviar cuando el primer programa se trasmitiera en enero, porque de otro modo perdería ventas y espectadores.

—Así que a trabajar —murmuró Libby, dejando que el pelo le cayera de nuevo sobre los hombros—. Y a dejar de pensar en el pasado. Eras una niña tonta y enamorada viviendo una fantasía que se suponía que no debería haber sido real. Y él sólo fue un chico para pasar una noche.

Echó un nuevo vistazo por la ventana y se quedó helada con lo que vio. ¡Trey Marbury ya no estaba cortando el césped, sino charlando en el porche con Sarah Cantrell! Libby observó boquiabierta a su mejor amiga coqueteando con el enemigo. Charlaban animadamente, riéndose y bromeando el uno con el otro. Cuando Sarah le pasó la mano a Trey por el bíceps, Libby apretó los dientes con rabia.

—Traidora —murmuró entre dientes.

Libby apretó los puños mientras se imaginaba lo que sentiría si acariciara aquella piel suave empapada en sudor; esa piel resbaladiza y tersa. Hacía tanto tiempo que no tocaba a un hombre, que casi se había olvidado de lo que era acariciar unas piernas largas, perderse en un cuerpo masculino y dejarse abrazar con fuerza. Trey era alto, más de metro ochenta, con los hombros anchos y una cintura estrecha: ni rastro del niño que había sido.

¿Por qué él siempre la había fascinado de ese modo? Desde que había conocido a Trey Marbury, sus padres le habían advertido que tuviera cuidado con él. No se podía hacer amistad con el enemigo. No había sido difícil, teniendo en cuenta que Trey y ella no habían sido de la misma pandilla. Trey siempre había salido con los niños más populares, y ella con aquellos que preferían la biblioteca a los partidos de fútbol o a los bailes de los sábados por la noche.

Hasta que Libby no empezó a fijarse en el sexo opuesto no se dio cuenta del peligro que entrañaba Trey. Sólo de mirarlo se ponía a pensar en esas cosas sobre las que la había prevenido su madre.

Pero cuando Libby había pensado en esas cosas, el chico que había imaginado había sido siempre Trey y la chica que él había escogido seducir siempre era ella.

Allí, asomada a la ventana, le sobrevino un ataque de celos unido a un cálido torrente de deseo que le brotaba de lo más profundo de su ser. Desesperada por saber de qué hablaban Sarah y Trey, Libby intentó leerles los labios, pero el intento fue un fracaso. Tendría que acercarse. Si se limitaba a salir al porche a regar sus macetas, tal vez pudiera oír algo de su conversación.

Así que agarró la regadera que estaba junto a la puerta trasera y salió con cuidado al porche lateral; pero lo único que oyó fue el claro murmullo de unas voces y risas, muchas risas. Sarah siempre se había sentido más cómoda entre hombres, pero aquello era ridículo. No estaba manteniendo una conversación normal; ¡estaba coqueteando!

Tendría que acercarse un poco más. Aspiró hondo para calmar los nervios y se encaminó hacia las escaleras para, seguidamente, avanzar paralela a las azaleas que siempre habían sido un seto de separación entre las dos propiedades. Las voces se hicieron más claras, y cuando por fin se detuvo entre dos rosales, oyó a Sarah decir:

—Estoy segura de que se pasará pronto. Ha estado muy ocupada con el libro y el programa. Empezará a grabar la nueva entrega en unas semanas. ¿Has visto su programa?

Un ruido en las azaleas distrajo a Libby de la conversación. Estuvo a punto de gritar al ver un morro húmedo aparecer por un hueco entre los arbustos. Libby empujó suavemente al perro y retrocedió un poco.

—¿Ése es tu perro? —le preguntó Sarah a Trey—. Será mejor que

no dejes que entre en el patio de Libby. Es una maniática de sus rosales. Su abuela los plantó hace años y Libby los trata como si fueran sus hijos.

Trey silbó con suavidad.

—Ven aquí, Beau. Vamos, chico. Lleva todo el día persiguiendo ardillas —le dijo a Sarah.

—Vete —le susurró Libby mientras agitaba la mano delante del perro—. ¡Sal de aquí, chucho sarnoso!

Beau se tomó los frenéticos movimientos de Libby como un estímulo y terminó de cruzar el seto para tirarse encima de ella juguetonamente. Libby se tambaleó cuando el perro le apoyó las patas en los hombros y empezó a lamerle la cara con su lengua fría. Libby cerró los ojos y se tapó la cara con ambas manos. Cuando el perro por fin se retiró, Libby se arriesgó a abrir los ojos. Sarah y Trey la miraban con interés. Una sonrisa burlona iluminaba las facciones de Trey.

—Vaya, vaya, vaya. Pero si es Lisbeth Parrish.

—Yo... tengo que marcharme —dijo Sarah, esbozando una sonrisa forzada—. Tengo que pasar a máquina unas recetas. Te llamaré más tarde, Lib. Me alegro de verte de nuevo, Trey. Tú te haces cargo ahora.

—Sí, ya hablaremos —murmuró Libby mientras se retiraba el pelo de los ojos.

Trey sonrió y cruzó los brazos sobre su torso desnudo.

—Me preguntaba cuándo ibas a pasarte a darme la bienvenida al barrio.

Le tendió la mano, pero Libby le dio un manotazo, humillada de que la hubiera sorprendido espiándolo.

—¿Es modo ése de darme la bienvenida? ¿Dónde está mi pollo guisado y mi tarta de piña?

Libby se puso de pie como pudo, aunque al hacerlo se arañó la cara y los brazos con los rosales. Todo eso parecía hacerle muchísima gracia, tanta sin duda como esa carta que ella le había escrito llena de prosa florida y declaraciones amorosas.

—Sólo preparo guisos para personas a las que me alegro de ver.

—Lisbeth, esperaba una bienvenida mucho más hospitalaria.

Libby se limpió el barro de su vestido de algodón mientras maldecía entre dientes.

—Tal vez tenga que tolerar tu presencia por ser el vecino de al lado, pero no tiene por qué gustarme, Clayton. Tú eres un Marbury y yo una Parrish. ¿Qué esperas aparte de un sentimiento hostil?

Trey frunció el ceño, y por un momento Libby se arrepintió de haber utilizado unas palabras tan duras. No había sido su intención comenzar así, pero parecía como si él estuviera encantado de haber presenciado la vergüenza que había pasado. Avanzó hacia ella, y

Libby retrocedió un poco, pero él consiguió acercarse y agarrarla de la barbilla.

—Estate quieta.

Le giró la cabeza despacio y le deslizó el pulgar por la mejilla.

—¿Qué... estás haciendo?

—Estás sangrando —dijo Trey, que se retiró un momento para sacarse del bolsillo un pañuelo con el que le limpió el arañazo con suavidad—. No deberías acechar en los rosales. Tienen espinas.

Libby lo miró a la cara, incapaz de apartar la mirada. Era mucho más guapo de lo que lo recordaba; pero lo cierto era que ella tenía un recuerdo de él cuando era niño, cuando era una estrella de fútbol en el instituto, un chico de sonrisa encantadora y cuerpo de dios griego. Se había hecho un hombre; tenía las facciones más duras, los labios eran más firmes y el mentón más fuerte...

Lisbeth notó que se le aceleraba el pulso y que le costaba respirar.

—Yo... no estaba acechando.

Cuando Trey la miró con esos ojos tan azules, ella se estremeció ligeramente. Cuando se pasó la lengua distraídamente por el labio superior, Libby no pudo apartar la mirada de él al tiempo que se preguntaba qué sentiría si él se la pasara por sus labios y continuara hacia abajo, más abajo... Tragó saliva con dificultad. ¿Por qué le estaba pasando eso? Había habido otros hombres en su vida, hombres guapos y atentos, pero ninguno de ellos había conseguido jamás hacerle sentir lo que le hacía sentir Trey Marbury. Con él era como si estuviera al borde de un precipicio.

—No tiene muy mal aspecto —dijo Trey mientras examinaba el arañazo—. No creo que te deje señal.

—Supongo que debería agradecértelo —comentó Libby mientras él se apartaba—. Pero como ha sido tu perro el causante, creo que no lo haré.

Él la miró largamente, como si estuviera leyéndole el pensamiento.

—Sólo intento ser amable.

Libby se limpió la tierra del vestido.

—Con lo que estás diciendo, me alegra que estemos en mi jardín —murmuró—. Mis rosas necesitan abono.

Trey puso las manos en jarras y negó con la cabeza.

—Eres igual a las cosas que pinchan de este jardín, Lisbeth.

El insultó le dolió. Libby no había querido ser tan desagradable, pero Trey tenía la habilidad de hacer que ella se sintiera de nuevo como una chica torpe de diecisiete años.

—¿Dime, de todas las casas que hay en Belfort, por qué has tenido que mudarte a esta?

Trey se echó a reír.

—¿Crees que la he comprado por ti? Qué equivocada estás.

Libby apretó los dientes. Parecía tremendamente satisfecho, como si la tuviera exactamente donde él quería. Toda la seguridad en sí mismo que le había caracterizado de adolescente se había cuadruplicado, y Libby sabía que tendría una respuesta inteligente y rápida para cualquier cosa que a ella se le ocurriera decirle. Pero ella ya no era una niña; era una mujer capaz de defenderse de sus encantos.

—No eres mejor que los otros Marbury; sois todos unos degenerados.

—¿Entonces así es como va a ser? —le preguntó Trey mientras avanzaba hacia ella y la miraba con gesto burlón.

—Limítate a no entrar en mi jardín —le advirtió Libby—. Saca a tu perro de aquí y no metas tu nariz en mis asuntos. Estoy vigilándote.

—Sí, lo sé. Te he visto haciéndolo detrás de esas cortinas de encaje almidonado. Para alguien que valora tanto su intimidad, pareces estar un poco demasiado interesada en tus vecinos. ¿O es sólo a mí a quien encuentras tan fascinante?

Libby avanzó un paso y se paró tan cerca, que notaba incluso el calor de su cuerpo; entonces le señaló en el pecho con el dedo índice.

—No te atrevas a asumir que pueda tener ni siquiera el más mínimo interés en ti, Marbury.

Trey apretó los dientes sin dejar de mirarla a los ojos. Entonces, con un movimiento rápido, la agarró de la mano, se la llevó a la espalda y la estrechó contra su cuerpo.

Al principio, la sorpresa le impidió articular palabra, y Libby tan sólo fue capaz de emitir un gemido entrecortado.

Bajó la mirada hasta fijarla en sus labios mientras se preguntaba si tendría intención de besarla. Si así fuera, no estaba segura de poder hacer nada, excepto tal vez responderle de la misma manera. Pero cuando volvió a mirarlo a los ojos, se quedó estupefacta. Lo percibió perfectamente en aquellas dos lagunas azuladas: Trey sabía lo que a ella se le estaba pasando por la cabeza.

Trey sonrió y se echó a reír.

—¿Qué? ¿No se te ocurre nada que decir?

—Lo que tengo que decir no es apto para oídos civilizados.

Se inclinó hacia ella, tomándose tiempo. Libby esperaba, estrujándose el cerebro frenéticamente para darle una respuesta adecuada, segura de que él estaba a punto de besarla y de que ella no quería impedírselo.

Y entonces lo hizo. Sabía que iba a hacerlo y sin embargo no estaba preparada para el torrente de deseo que la recorrió de pies a cabeza. Un gemido leve escapó de sus labios mientras se vencía hacia delante. Él le trazó con la punta de la lengua el contorno del labio inferior para seguidamente invadir y tomar posesión tanto de su boca

como de su habilidad para razonar.

Cada célula de su cuerpo pareció cobrar vida, centrada como estaba en el roce de sus labios. Libby había besado a algunos chicos en su vida, pero aquél no era un beso cualquiera. Era un desafío, un reto, la primera batalla de una guerra que acababa de empezar; y no debía mostrar ninguna debilidad. Ya no eran niños, y en el camino habían adquirido algunas armas muy propias de un adulto.

Le devolvió el beso con la misma intensidad, entregándole su lengua, acariciándole la suya. Levantó las manos para tocarle la cara y después le hundió los dedos entre los cabellos, seduciéndolo para que se rindiera y la proclamara vencedora.

Cuando finalmente él se retiró, Libby lo miró, orgullosa de su esfuerzo. Esperaba encontrarse con la sonrisa satisfecha que conocía, pero Trey parecía estar tan consumido por el beso como ella. La miró con los ojos entrecerrados, y Libby notó que su respiración era agitada.

—Creo que hemos empezado con buen pie —murmuró él mientras pegaba su nariz a la de ella—. En realidad, creo que voy a disfrutar de nuestra relación de vecinos.

Y dicho eso, la soltó. Libby se tambaleó hacia atrás y a punto estuvo de caerse otra vez en el rosal. Pero se controló justo a tiempo.

—No estés tan seguro. El que hayas conseguido besarme no significa que haya cambiado de opinión sobre ti.

—¿Conseguido besarte? Teniendo en cuenta tu respuesta, creo que ha sido más que conseguir. Además, si crees que hay algo romántico en ese beso estás equivocada.

—¿De verdad? —respondió Libby—. ¿Entonces por qué me has besado?

—Era el único modo de que no volvieras a insultarme —contestó Trey.

—Bueno, hay un modo mucho más sencillo de conseguir eso. Podrías colocarte en la vía del tren y echarte una siesta encima —miró su reloj—. Pasa sobre las tres de la tarde.

—Creo que eso no me interesa.

—Entonces no te metas en mi vida. Que ese perro tuyo no entre en mi jardín y no te me pongas delante; así nos vamos a llevar muy bien. Y si vas a trabajar en el jardín, por lo menos ponte una camisa.

—Vaya, echaba de menos esa hospitalidad sureña —se retiró despacio—. Sin duda conmovedora.

Libby apretó los dientes. Con él no se podía ganar. ¡Siempre tenía que tener la última palabra!

—Estoy deseando probar ese pastel, Parrish.

Libby apretó los puños.

—Y yo deseando ver el día en que pierdas los testículos en un

trágico accidente con la máquina cortacésped, Marbury —le dijo sin volver la cabeza.

Mientras continuaba hacia la casa, Libby se sonrió. Pero a pesar de haber dicho la última palabra, la victoria no le producía satisfacción alguna. Tal vez hubiera ganado esa batalla, pero no tenía ninguna gana de ganar la guerra.

Resultaba muy difícil recordar que Trey Marbury era el enemigo; y que enamorarse de él de nuevo significaría entregar la poca dignidad que le quedaba.

Capítulo 2

Trey buscó las brocas para el taladro a oscuras. Con el calor que hacía en aquel cuarto del segundo piso resultaba difícil respirar con normalidad.

Desde que se había mudado a la vieja casa Sawyer había estado durmiendo en un sofá viejo que había en el salón, y había dejado abiertos los altos ventanales con la esperanza de que entrara algo de brisa.

Llevaba tanto tiempo viviendo en el norte, que había olvidado cómo eran los veranos en Carolina del Sur, donde además de calor había tantísima humedad, que uno se pasaba el día con la ropa pegada al cuerpo.

Era más fácil trabajar dentro de la casa cuando se ponía el sol, y trabajo había de sobra. La vieja casa Sawyer llevaba tres años abandonada; su anciana dueña se había mostrado reacia a venderla después de mudarse a una residencia. Cuando Trey había llegado a Belfort, la casa sólo llevaba unos días en venta, y él había aprovechado la oportunidad y la había comprado con dinero contante y sonante.

Se había dicho que el trabajo sustituiría la vida social. Pero después de su encuentro de tres días atrás con Libby, Trey se había visto compelido a reflexionar sobre los motivos que lo habían llevado a escoger esa casa en particular.

Durante todos esos años, había pensado en Libby, en lo que había pasado en el río. Y a pesar de haberlo racionalizado, seguía teniendo la sensación de que entre ellos había quedado algo pendiente, como si hubiera cosas que aún no se hubieran dicho, sentimientos que no hubieran sido resueltos.

Nada más entrar en Belfort había sido como si hubiera entrado de lleno en el pasado. Por mucho que quisiera renegar de su procedencia sureña, ése era su hogar, el sitio donde tenía sus raíces.

Había vuelto a un lugar donde la gente lo conocía y lo quería; quién sabía si tal vez hubiera vuelto con la esperanza de encontrar a Libby.

Trey se agachó y recogió una paleta que había tirada en el suelo. El primer encuentro no había ido demasiado bien. Trey no había esperado que ella lo recibiera a bombo y platillo, teniendo en cuenta la enemistad entre sus familias, pero tampoco había anticipado esa hostilidad tan directa. Habían vivido una noche maravillosa; desde

luego eso tenía que haber significado algo para ella.

Pero estaba claro que no había sido así. Jamás le había escrito, ni había intentado ponerse en contacto con él, a pesar de que él le había enviado cinco o seis cartas. Pero de todo eso hacía ya muchos años. Libby ya no era esa chica pálida y flaca de grandes ojos verdes que nunca se atrevían a mirarlo a la cara. Ella se había hecho una mujer, y él era un hombre. Todo había cambiado.

Trey aspiró hondo. Tal vez ése fuera el modo de racionalizar el beso que se habían dado. No era más que la respuesta de un hombre a una mujer bella, una reacción puramente instintiva.

Pero él jamás se había dejado llevar por sus impulsos en sus relaciones con las mujeres. Llevaba toda la tarde y parte de la noche pensando en Libby y en lo que lo había empujado a dejarse llevar de ese modo con ella. Sí, sentía una gran atracción por ella, pero al mismo tiempo sabía que debía mantener las distancias. Su presencia en Belfort ya era tema de conversación en toda la ciudad. Lo que menos le apetecía era añadir a una mujer, en especial a Libby Parrish, a los rumores. Si quería sexo, tendría que ir a buscarlo a Savannah o a Charleston, no a la casa de al lado.

Mientras cruzaba la habitación hacia la ventana, Trey se prometió para sus adentros que dejaría de pensar en ella de una vez por todas; que olvidaría el sabor dulce de sus labios y el tacto suave de su cuerpo junto al suyo. Pero cuando descorrió distraídamente la cortina se encontró con algo más que una imagen mental. La ventana del dormitorio daba justo a la ventana del dormitorio de Libby, donde en ese momento estaban encendidas todas las luces. Se retiró y soltó la cortina apolillada, pero su curiosidad pudo más que él. Maldita sea, si ella podía espiarlo, él desde luego le devolvería el favor.

Descorrió con cuidado la cortina y observó. Estaba claro que ella no era consciente de la vista que tenía él, o tal vez la casa llevara tanto tiempo vacía, que jamás había sido una preocupación. Tres altos ventanales abarcaban el ancho de su habitación y se abrían a la galería del segundo piso. No se había molestado en correr las cortinas de encaje que descansaban a ambos lados de la cristalera.

Trey la observó mientras ponía sábanas limpias en su cama con dosel. Llevaba puesto un vestido de algodón fino similar al de la primera noche, cuando la había sorprendido en el río. La tela le ceñía suavemente el trasero y esa cintura de avispa. Trey nutrió las imágenes con los recuerdos del beso que se habían dado.

Ella se acercó a la ventana, y Trey ahogó el impulso de retirarse. Sabía que la habitación estaba a oscuras y que no podía ser visto. Libby se desabotonó despacio la parte delantera del vestido y entonces se dio la vuelta y se retiró el pelo del cuello como si tuviera la esperanza de que alguna brisa inexistente pudiera refrescarla un poco.

Trey se mordió el labio inferior, preguntándose de pronto si ella sabría que él estaba allí y si de ese modo cada movimiento suyo fuera destinado a provocarlo aún más.

Se apartó de la ventana renegando entre dientes de la situación. Mejor buscar algo de compañía femenina lo antes posible. Fantasear con Libby Parrish era un ejercicio de sadomasoquismo. Le había dejado bien claros sus sentimientos; que entre los Marbury y los Parrish no había cariño alguno y que entre ella y él tampoco habría nada.

Trey se guardó en el bolsillo las brocas y bajó a la planta baja. Beau estaba esperándolo con la correa en la boca y meneando el rabo contra el suelo.

—Ni hablar —le dijo Trey—. No vamos a salir ahora a dar un paseo. La noche es para trabajar.

El labrador lo siguió hasta la cocina, donde Trey sacó una cerveza fría del frigorífico; la abrió y se dio un buen trago para refrescarse la garganta.

Por dentro la casa era una ruina, el resultado de su entusiasta demolición. La cocina era lo único que no había tocado. Un hombre tenía que comer, aunque últimamente la verdad era que no se había alimentado demasiado bien. Chicago era conocido por sus estupendos restaurantes, y él nunca se había molestado en ponerse a cocinar. Pero Belfort tenía una selección mucho más limitada, aunque los restaurantes de la ciudad sirvieran unas ricas especialidades sureñas.

—Lo que yo daría por un buen plato de comida tailandesa —murmuró mientras le sonaban las tripas.

En ese momento, sonó su móvil. Trey dejó la lata de cerveza sobre una mesa y contestó la llamada.

—Diga.

—¿Cuándo narices vas a volver a Chicago?

Reconoció inmediatamente la voz de su socio. El estrés diario de dirigir una floreciente empresa de desarrollo inmobiliario parecía ser la causa de aquel tono tan tenso, casi histérico, de Mark Callahan; y Trey intuía que no le iba a gustar esa conversación.

—Hola, Mark. ¿Qué ocurre?

—Esto no va a funcionar.

—Ni siquiera han pasado dos semanas —explicó Trey—; apenas el equivalente de unas vacaciones medias. Además, hablé con Dave esta mañana. Ha prometido llamarme si hay algún problema. Si fuera necesario, podría volver y quedarme un par de días.

—Escucha, cuando dijiste que te marchabas un par de meses pensé que estarías fuera un par de días. No irás a quedarte dos meses, ¿verdad?

—Necesito tiempo —contestó Trey—. Tengo muchas cosas que

resolver aquí. Cuando mi padre murió en mayo, vine al funeral y me quedé dos días. No estoy seguro de haber dejado todo concluido. Necesito hacerlo ahora. ¿Además, no es ésta una de las ventajas de tener un socio?

—¿Y no puedes solucionarlo desde aquí? Tenemos unos psicólogos estupendos en Chicago.

—No, tiene que ser aquí. Tengo que ocuparme de asuntos de sus bienes, y además estoy renovando una casa que he comprado.

Mark soltó un gemido entrecortado.

—¿Que has comprado una casa?

—Sí, deberías verla. Fue construida a mediados del siglo XIX y conserva todos los detalles arquitectónicos originales. Cuando la termine, va a quedar de maravilla. Iba a venderla, pero creo que tal vez me la quede para venir a pasar las vacaciones.

—Me parece que planeas quedarte mucho más de dos meses —dijo Mark.

—Pues no. ¿Me has llamado para discutir algún problema específico, o podemos volver al trabajo?

Charlaron unos minutos más. Trey consiguió tranquilizar a su socio, asegurándole que no iba a abandonar el negocio. Cuando colgó, Beau seguía sentado junto a la puerta de servicio, golpeando el suelo con la cola. Trey dejó su móvil sobre la mesa y dejó salir al perro. Pero, para desgracia suya, el perro se lanzó directamente al seto de azaleas.

—¡Demonios! —murmuró entre dientes mientras sacudía la cabeza.

Echó a correr detrás del perro y llegó a los arbustos justo cuando el animal se colaba por un hueco en el seto. Trey silbó suavemente, pero Beau nunca había sido un perro muy obediente. De haber sido otro patio, Trey habría dejado al perro.

Pero no quería que Libby Parrish fuera a llamar a su puerta al amanecer a quejarse de cómo había dejado los rosales.

Dio la vuelta al seto y entró descalzo en el jardín de Libby, donde el césped estaba fresco y húmedo. Al dar la vuelta a la casa, vio a Beau sentado en el porche trasero con la nariz pegada a la puerta mosquitera.

—¡Ven aquí ahora mismo! —le susurró con fastidio—. ¡Beau! Ven.

El perro miró a su dueño, pero se negó a obedecerlo. Cuando Trey iba hacia la puerta trasera, una figura apareció a la puerta. Entonces, él se quedó inmóvil.

Llevaba puesto a un camisón de gasa que le dejaba los brazos y los hombros al aire. Aunque se había recogido el pelo, algunos mechones de pelo le caían por la cara, rizándosele con gracia en las puntas. En ese momento Trey estuvo seguro de que jamás había visto nada tan

bello como Libby Parrish. La luz de la cocina delineaba su figura esbelta y creaba un halo resplandeciente alrededor de su cuerpo. Parecía un ángel, puro e inalcanzable.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó ella.

Por un momento, Trey pensó que le hablaba a él; pero enseguida se dio cuenta de que hablaba con Beau. Esperó, reacio a romper el silencio de la noche, esperando que el perro se diera la vuelta y echara a correr.

Libby miró a uno y otro lado antes de empujar la puerta mosquitera.

—¿Te has perdido? Vives ahí, no aquí.

Se agachó y acarició al perro en la cabeza. Trey hizo una mueca. Beau era un buen animal; a la menor señal de afecto se convertía en un amigo leal. Le costaría un buen filete de vaca sacar de allí a Beau.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Libby, que inmediatamente se puso de pie—. Espera aquí —le dijo—. Siéntate.

Libby entró en la casa y regresó unos minutos después con un plato de galletas en la mano. El aroma de los dulces llegó hasta donde estaba Trey, que gimió para sus adentros. Como no había comido nada desde el almuerzo, se le hizo la boca agua.

Mientras Beau disfrutaba de la primera galleta, Trey se fijó de nuevo en Libby. La imagen angelical se desvaneció y fue sustituida por la de mujer hechicera, casi desnuda ante sus ojos. Sabía que no hacía bien, que debía sentirse culpable por permanecer oculto entre las sombras; pero no se le ocurría el modo de anunciar su presencia ni el momento adecuado para hacerlo.

Paseó la mirada desde sus pies descalzos hasta su vientre y el triángulo oscuro que había justo debajo. No llevaba nada debajo del camisón, y al alzar la mirada distinguió la suave curva de sus pechos y el rosado oscuro de los pezones.

Trey sintió que su cuerpo reaccionaba, tan estimulado como lo había estado su imaginación. ¿Qué era ese deseo instantáneo que sentía y que no parecía poder controlar? Retrocedió un paso, listo para escapar. Pero en cuanto se movió, Beau aguzó los oídos y trotó por las escaleras del porche.

Para desgracia de Trey, Libby siguió al perro. Trey salió de entre las sombras del seto, y al verlo Libby pegó un brinco, sorprendida.

—Lo siento —dijo él—. No quería asustarte. Se me escapó y se metió aquí corriendo antes de que pudiera impedírselo.

Libby lo miró un momento, como si estuviera intentando decidir si hablar con él o si volver a entrar.

—No me das miedo —murmuró, encogiéndose de hombros.

—Lo siento —repitió Trey sin dejar de mirarla a la cara y esperando que sus pantalones fueran lo bastante anchos como para

ocultar su erección.

—Huele muy bien.

—Estoy probando recetas de galletas —dijo Libby.

Trey esbozó una sonrisa forzada, intentando controlar las ganas que de pronto tenía de acercarse a ella y besarla de nuevo.

—Hace mucho que no he comido una galleta como Dios manda —le dijo—. En el norte, tomamos pan tostado y bollos para desayunar.

—¿Te gustaría probarlas? —le ofreció Libby—. Tengo de sobra.

La oferta lo sorprendió, una tregua inesperada que no quería desaprovechar. No era un beso, pero era un paso en la dirección adecuada.

—Claro.

—Iré por unas pocas.

Corrió a la casa y volvió un momento después con un pequeño cesto. Se había tomado su tiempo para forrarlo con una servilleta de cuadros antes de colocar cuidadosamente las galletas.

Trey se acercó a ella despacio y aceptó el cestillo. Al hacerlo le rozó los dedos accidentalmente y sintió un cosquilleo agradable en el brazo.

—Gracias. Huelen de maravilla.

—Prueba una —le urgió ella.

Él sonrió y arqueó una ceja.

—No les habrás echado a éstas un poco de matarratas, ¿verdad?

—No —contestó ella mientras lo miraba con sorna—. Pero puedo preparar otra bandeja en unos minutos, si quieres.

Él tomó una galleta y la probó.

—Dios mío —murmuró mientras la galleta se le deshacía en la boca—. Es la mejor galleta que he probado en mi vida. Sabes, esto es mejor que... —Trey hizo una pausa y se aclaró la voz.

—¿Que qué? —preguntó Libby.

—Nada, nada.

—No, de verdad. Sé sincero.

—Iba a decir que es mejor que... el sexo.

Eso hizo sonreír a Libby.

—Mala comida y malas mujeres. ¿Esas son las razones por las que decidiste salir de Chicago?

—Me alegro de estar en casa —le dijo Trey, mirándola a los ojos.

Se miraron un buen rato, sin moverse ni decir nada ninguno de los dos. Él tenía ganas de abrazarla y de poner de nuevo a prueba los límites de su atracción. ¿Querría ella volver a besarlo? ¿Acaso se daba cuenta de lo mucho que la deseaba?

Trey miró a Beau para no pensar en la mujer que tenía delante.

—Bueno, gracias por las galletas.

—Llévatelas. Después me traes el cestillo.

—Estupendo.

Trey se agachó y agarró al perro del collar para llevárselo aunque fuera a rastras.

—Y tendré cuidado de que no se vuelva a colar en tu jardín.

—De acuerdo. Buenas noches —contestó ella.

Él volvió la cabeza.

—Buenas noches... Libby.

El hecho de utilizar aquel diminutivo le parecía casi demasiado íntimo dadas las circunstancias, pero a Trey ya le daba igual. Toda aquella impasibilidad le estaba volviendo loco. Sin pensárselo dos veces, soltó el collar de Beau y dejó el cestillo sobre la hierba. Se volvió, avanzó unos pasos y se plantó delante de ella.

Sin más preámbulos, le tomó la cara entre las manos y la besó con pasión y dulzura. Cuando finalmente se apartó de ella, la miró a la cara. Tenía los ojos cerrados y una leve sonrisa en los labios.

—Sí —murmuró él—. Eso está mejor.

Ella abrió los ojos y aspiró temblorosamente.

—Eso... eso que dije del accidente con la máquina cortacésped... No iba en serio.

Trey se echó a reír.

—Sí que lo dijiste en serio, pero no te lo tendré en cuenta — caminó despacio hasta Beau y volvió a agarrarlo del collar—. Nos vemos, Libby.

—Nos vemos —repitió ella.

El ventilador eléctrico runruneaba sobre la mesilla de noche, pero Libby no conseguía librarse del calor de su dormitorio. Estaba tumbada quieta sobre la cama, con los brazos y las piernas estirados y las sábanas a un lado. Pensó en encender el aire acondicionado, pero hacía tanto ruido que sin duda le impediría dormir. Y el sueño era lo único que podría aliviarla de los pensamientos que la atormentaban.

Libby se puso boca abajo. Llevaba tres horas intentando dormir y estaba a punto de darse por vencida del todo.

—Maldito Marbury —murmuró mientras le daba un puñetazo al almohadón—. Maldito Trey Marbury.

Se llevó la mano a los labios mientras rememoraba la sensación que había experimentado al besarlo. En el pasado, había pensado a menudo en la noche que habían estado junto al río, en la pasión que habían compartido. Pero un solo beso había sido suficiente para que en comparación todos esos recuerdos quedaran en nada.

Se estremeció de arriba abajo. Si al menos el momento le hubiera resultado repugnante o asqueroso... Pero su modo de abrazarla, de tomar posesión de su boca había derribado sus defensas. Quería

odiarlo por el poder que tenía sobre ella, pero en lugar de eso Libby se había sentido atraída hacia él, intrigada por un deseo incontrolable.

Se levantó de la cama y salió al pasillo, donde había una puerta cristalera que se abría al porche trasero. Desde se allí veía la parte de atrás de la casa de Trey, además del patio. Todavía estaban las luces encendidas, y Libby se preguntó si le estaría costando dormir tanto como a ella.

Se pasó un dedo por los labios.

—Besa muy bien —murmuró—. Seguramente habrá practicado mucho.

Pero ni siquiera el hecho de ponerse a pensar en todas las mujeres con las que habría estado desde esa noche lejana consiguió aliviar el deseo que Trey provocaba en ella.

En su mente se lo imaginó desnudo, tumbado en su cama, totalmente excitado. Tragó saliva mientras intentaba no pensar, pero la imagen ardía lentamente en su interior, como un foco de luz intensa que no desaparecía ni siquiera cuando cerraba los ojos.

—¡Basta! —exclamó apretando los puños—. ¡Qué ridiculez!

Tenía que encontrar el modo de poner fin a aquella fascinación, de asegurarse de que ninguno de ellos volviera a cruzar de nuevo esa línea. ¿Pero cómo iba a hablarle de ello, teniendo en cuenta que se había prometido a sí misma que se apartaría de él?

—Le escribiré una carta —murmuró Libby.

Se dio la vuelta y bajó corriendo a su despacho. Tenía el escritorio lleno de libros de cocina y de recetas escritas a mano. Pensó en encender el ordenador, pero al final decidió que una carta a mano sería más personal. Buscó varias hojas de su papel de cartas personalizado y su pluma favorita antes de subir a su dormitorio.

Se sentó en la butaca de chintz junto a la ventana y se abanicó con las hojas de papel mientras reflexionaba sobre lo que quería decirle.

—Debería definir mis expectativas —murmuró—. Como vecinos que somos, necesitamos mantener una relación cordial pero amigable.

Cuando había escrito la primera parte de la carta la leyó. El tono era tan formal... lo que le dejaba muy claro era que no quería más besos.

Lo malo era todo lo que había sentido cuando él la había besado, cuando él la había acariciado. ¿Por qué una mujer soltera se empeñaba en echar a un hombre de su vida?

—Porque estoy totalmente loca —murmuró Libby—. Los rumores por toda la ciudad serían insoportables. Y si mis padres se enteraran, me matarían sin duda. Y cuando él vuelva a Chicago, yo me quedaré fatal. Cuatro buenas razones.

Libby escribió unas líneas más y entonces la releyó. Pero de repente la idea de crear unas reglas como aquéllas le pareció infantil.

Hizo una bola con el papel y empezó a escribir de nuevo.

Debía de haber un modo de expresar con palabras lo que sentía, de hacerle entender sus inseguridades sin reconocer lo mucho que le había costado olvidarlo.

Cuando terminó de escribir la carta, los primeros rayos del sol tocaban el horizonte. El reloj de la chimenea del salón dio las cinco, y Libby firmó la carta, la dobló y la metió en un sobre. Le había llevado casi tres horas, pero había conseguido expresar lo que pensaba. Sólo le quedaba echársela al buzón.

Libby salió de su casa, miró a un lado y al otro de la calle, bajó las escaleras y cruzó el césped. En casa de Trey todas las luces estaban apagadas, y Libby avanzó de puntillas hasta la puerta de entrada. Frunció el ceño al oír cómo chirriaba la tapadera del buzón de Trey, y enseguida echó la carta. Por un instante pensó en llevársela otra vez, pero entonces decidió que una carta era el único medio para definir la situación entre ellos.

Mientras corría de vuelta a su casa, Libby sintió un alivio enorme. Lo había hecho. Ya podría dejar de pensar en él noche y día.

—Todo volverá a la normalidad —se decía mientras cerraba la puerta de su casa—. Todo será como antes.

Pero incluso mientras decía las palabras, Libby no se las creía.

Mientras Trey Marbury viviera al lado, nada sería normal.

Trey frunció el ceño cuando oyó los pasos en el porche delantero. Con la taza de café en la mano, se acercó a la puerta y se asomó por la ventana. Fue entonces cuando vio a Libby Parrish cruzando el jardín delantero. Sin pensárselo dos veces, abrió la puerta inmediatamente, deseoso de hablar de nuevo con ella, pero Libby ya había desaparecido.

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor. El hecho de que no le hubiera dejado una bolsa con excremento de perro o le hubiera tirado huevos a las ventanas era buena señal. Al menos la fase de hostilidad parecía haber quedado atrás.

Recogió el periódico y se metió otra vez en casa. De momento no iba a intentar averiguar lo que pensaba Libby. Le bastaba con saber que había disfrutado besándolo.

Fue hacia la cocina a prepararse algo de comer. Sacó un cartón de zumo de naranja de la nevera y una caja de cereales de un armario. Acababa de llenar un cuenco de copos de trigo cuando alguien llamó a la puerta. Trey se secó las manos en los pantalones cortos, preguntándose si Libby habría cambiado de opinión. Pero cuando vio a su inesperado visitante frunció el ceño.

—Hola —lo saludó el cartero.

—Hola —contestó Trey.

—Se me ocurrió aprovechar esta oportunidad para presentarme, señor Marbury. Soy Carlisle Whitby. Soy su cartero. Seré el responsable de traerle el correo.

—Estupendo —contestó Trey, que se preguntaba por qué hacía falta aquella presentación personal.

—Fuimos juntos al instituto.

—Claro, Carl Whitby. Eras un par de años mayor, ¿verdad?

—Así es, señor Marbury. Pero ahora me hago llamar Carlisle. Es preferible para un empleado del Servicio Postal de Estados Unidos.

Trey se frotó el cuello, que le dolía después de haber pasado otra noche en el sofá.

—¿Puedo hacer algo por ti, Carlisle?

—No, pero yo puedo hacer algo por usted —el cartero le pasó unas cuantas cartas, y entonces señaló el sobre que estaba el primero—. Encontré eso en su buzón.

—¿Y qué es?

—No es correo timbrado. Las regulaciones postales prohíben el uso del buzón de correos para otra cosa que no sea correo franqueado. Voy a dejarlo pasar esta vez, pero le agradecería que le informara a la persona que le haya dejado este sobre que lo que ha hecho va en contra de las regulaciones federales.

Trey aceptó el correo que le entregaba Carlisle y examinó el sobre en cuestión.

—No estoy seguro de quién lo habrá dejado en mi buzón.

Carlisle le arrebató el sobre, le dio la vuelta y lo examinó.

—Parece una invitación —dijo—. Un sobre del mejor papel que hay. Lo utilizan muchas señoras de la ciudad. Tansy Miller lo encarga especialmente a la papelera.

—Gracias —dijo Trey, juntando el sobre con los demás.

Carlisle sonrió.

—Conozco mi correo —dijo con orgullo—. También los códigos postales. Pregúnteme el de cualquier ciudad de nuestro bonito estado y se lo diré.

—Lo tendré en cuenta si necesito enviar alguna carta —dijo Trey, que seguidamente asintió y se metió en su casa.

Cuando cerró la puerta, suspiró. La vida anónima de la gran ciudad tenía sus beneficios. En Chicago, jamás veía a su cartero.

Dejó el montón de cartas sobre la mesa y examinó el sobre sin franquear. Percibió un aroma floral y se llevó la carta a la nariz. Quienquiera que la hubiera escrito, había perfumado el papel antes de echarla a su buzón.

Muerto de curiosidad, Trey deslizó el dedo bajo la lengüeta, rasgó el sobre y sacó una hoja de papel.

Anoche soñé contigo. No estaba segura de si debía o no decírtelo, pero los sueños fueron tan vívidos que me desperté pensando que eran realidad. ¿Te acercaste a mí en la oscuridad? ¿Llevamos a cabo alguna fantasía prohibida? ¿O fue el recuerdo de tus caricias tan sólo fruto de mi imaginación? Lo único que recuerdo es que no me sorprendió que aparecieras en mi dormitorio. No tuviste que decirme por qué habías ido, porque en el fondo sabía que te había llamado con el pensamiento para que vinieras a mí. No hablamos. No había nada que decir cuando me besaste. Quería que me poseyeras, que me hicieras tuya. Sentí tus manos en mi cuerpo, tocándome, provocando mis deseos. Debería haberte dicho que pararas, pero no lo hice. Y cuando finalmente me quitaste la ropa y me llevaste a la cama, había perdido la noción de la realidad, desesperada por sentir tu cuerpo sobre mí, dentro de mí. ¿Fue un sueño? ¿Y si lo fue, regresará de nuevo esta noche?

Trey se quedó mirando la carta con incredulidad. ¿Qué era aquello? Dio la vuelta a la hoja, pero no había nada escrito detrás, nada que le indicara de quién podría proceder, ni firma ni remitente en el sobre. Nada.

—Tiene que ser una broma —murmuró.

Pero cuando la leyó por segunda vez se dio cuenta de que no era lo suficientemente obscena como para tratarse de una broma. Quienquiera que la hubiera escrito sabía hacerlo bien. La letra parecía femenina y algo anticuada y el papel de carta era de calidad.

—Libby —murmuró con sorpresa.

La había visto esa mañana en su porche. ¿Qué otra cosa podría haber estado haciendo aparte de estar echando aquel sobre en su buzón?

—Libby Parrish, serás traviesa —se dijo Trey con una sonrisa en los labios.

Parecía tan cauta cuando estaba delante de él, como si recelara de sus motivaciones. Trey releyó la carta.

Si fuera un hombre suspicaz, tal vez pensara que estaba intentando darle alas para después poder rechazarlo llegado el momento. Libby era una Parrish y él un Marbury. Ya lo había abandonado una vez en el pasado. Trey presentía que Libby disfrutaría del placer perverso de hacerlo otra vez.

Él tenía en Chicago su vida social pero, pensándolo bien, las mujeres con las que había salido y con las que se había acostado no habían ocultado sus deseos y necesidades, mostrándose casi agresivas en su búsqueda del placer. No había habido miradas tímidas, ni indecisión, ni desde luego notas eróticas en su buzón. El sexo había sido una transacción, un intercambio de orgasmos. En resumen, no

había habido ningún misterio.

Al principio había pensado que el sexo sin compromiso sería lo más conveniente. Pero él se había criado con la idea de que las mujeres eran caprichosas e imprevisibles, que el sexo era un placer ilícito y que eso hacía de la caza y la conquista empresas aún más satisfactorias.

¿Cómo no iba a intrigarle una mujer que se había molestado en plasmar en papel sus sentimientos eróticos?

¿Y qué iba a hacer al respecto? Podría ignorar la carta, sí, tirarla a la basura. O podría ir a su casa y pedirle que le explicara por qué la había enviado. Trey aspiró hondo. O podría entrar por su puerta esa noche y hacer exactamente lo que ella le había pedido. Podría seducirla.

Un latigazo de deseo le estalló por dentro, provocando un gemido ronco y profundo. Debía reconocer que llevaba mucho tiempo sin tener un encuentro sexual. ¿Pero estaba listo para vivir un romance apasionado con Libby Parrish? ¿Listo para enfrentarse a las consecuencias? Una tórrida relación sexual entre los herederos de los Parrish y de los Marbury no pasaría inadvertida entre los habitantes de Belfort.

Trey dejó la nota encima del montón. Cuando se encontrara con Libby, ya pensaría qué decirle. Estudiaría su comportamiento, determinaría sus motivos y entonces tomaría una decisión.

Entró en la cocina y se guardó en el bolsillo las llaves del todoterreno. Entonces vio el cestillo vacío, el que Libby le había dado con las galletas. Se le ocurrió que tenía la excusa perfecta para volver a verla. Le devolvería el cestillo y le daría las gracias por las galletas. Tal vez debería aprovechar la oportunidad para averiguar qué se cocía en la cabeza de Libby.

Cuando bajó las escaleras del porche, la humedad y el calor estuvieron a punto de derribarlo. La ola de calor había sido implacable, y la falta de sueño le había dejado inquieto y nervioso.

¿Cómo iba uno a pensar a derechas en un ambiente que parecía disolver cualquier inhibición?

En el norte, se había vuelto insensible al ambiente, al ruido del tráfico y al olor de la polución. Pero allí, todo parecía estar diseñado para seducir los sentidos: el intenso aroma de las flores, el canto pausado de los pájaros, el susurro de las hojas de los altos robles o el sabor de las galletas recién hechas. Quería disfrutar de todo, satisfacer hasta la más mínima apetencia.

Trey se metió en el coche y se dirigió a la farmacia. Lo primero que tenía en la lista eran tiritas. Aparcó delante de la tienda y saltó del todoterreno; a la puerta de la tienda, había una niña sentada tomándose un helado.

Harley Simpson estaba detrás del mostrador cuando entró Trey. Éste lo saludó levantando la mano y Harley lo llamó por su nombre.

La esposa de Harley, que estaba detrás del mostrador de la farmacia, sonrió al ver que Trey echaba una caja de tiritas a la cesta. Él se dio la vuelta para salir de la tienda, pero un expositor lleno de paquetes de preservativos le llamó la atención. Se quedó mirando las cajas de colores. Unas prometían un mayor placer, otras mejor lubricación. Fue a llevarse una caja de doce, sabiendo que debería estar preparado para cualquier eventualidad.

—Ésos son los que más se venden.

Trey dio un respingo al oír la voz de Flora Simpson, y cuando volvió la cabeza la vio de pie detrás de él. Flora sonreía con satisfacción.

—¿Quién es la afortunada señorita?

—No hay ninguna afortunada señorita... quiero decir, aún no... Yo solamente...

—Flora, necesito ácido bórico. Tengo unas hormigas haciendo sus hormigueros en mis rosales y... —la voz de Libby se fue apagando al ver a Trey de pie junto a Flora.

Lo miró a los ojos y Trey sonrió. Dios, qué bonita era. A pesar de que aquel calor dejaba todo mustio, ella parecía tan... tan fresca. Deseaba abrazarla y aspirar el aroma de su pelo, acariciar su piel de terciopelo. De no haber estado Flora a su lado, habría tirado de ella y la habría besado detrás del expositor de preservativos.

—Hola —dijo Trey.

Libby bajó la vista y la fijó en el pequeño paquete que Trey tenía en la mano.

—Yo... lo siento. No quería interrumpir.

—No has interrumpido nada —dijo Trey, colocando de nuevo la caja en su sitio en el expositor; levantó la caja de tiritas—. Sólo he venido a por esto.

Flora los miró a los dos con suspicacia y entonces sonrió.

—Eh, Libby, tengo una receta que tal vez te guste. Es del guiso de Brunswick que hacía mi abuela. Me encantaría prepararlo en tu programa. La temporada pasada te llevaste al gobernador y él preparó el guiso de Frogmore de su madre. Pero estoy segura de que el mío sería mucho mejor y...

—Necesito ese ácido bórico, Flora.

—Tengo que mirar en el almacén.

—Entonces déjalo —dijo Libby—. Vengo en otro momento...

—No, no —insistió Flora—. Ahora mismo voy a buscarlo.

Se metió en el almacén, dejando solos a Libby y a Trey delante del expositor de preservativos.

Ella le sonrió con languidez.

—Desde que me llevé al programa al gobernador Winston, toda la ciudad quiere participar.

Trey aspiró hondo y ordenó sus pensamientos. Su aroma, una mezcla de flores y cítricos, perfumaba el aire. Intentó recordar el perfume de la carta, pero fue incapaz de relacionarlo.

—Me alegro de haberme encontrado contigo —le dijo Trey, que le enganchó la mano con el meñique.

Entonces, le deslizó el pulgar por la cara interna de la muñeca. Ella se cambió de postura con inquietud mientras volvía la cabeza para ver si alguien estaba mirándolos. Él la miró a los ojos, buscando alguna señal de los sentimientos que había expresado en su carta. ¿Pero qué era precisamente lo que buscaba en su mirada? ¿Deseo...? ¿Culpabilidad? ¿O tal vez timidez? ¿O acaso era esa indiferencia que mostraba parte del juego al que ella parecía haber decidido lanzarse? Sintió la tentación de tomarla entre sus brazos y besarla, sólo para ver su reacción.

—Quería darte las gracias por las galletas —le dijo—. Me tomé las últimas con el desayuno.

—Bien —comentó Libby, que sonrió pasados unos segundos—. Bueno, debería marcharme. Tengo mucho trabajo. Dile a Flora que después me paso a por el ácido bórico.

Él asintió.

—Te veo después, Libby.

Ella retrocedió al tiempo que su sonrisa se desvanecía ligeramente.

—Hasta luego, Trey.

Cuando Flora regresó con la caja de ácido bórico, Trey estaba molesto consigo mismo. Dios, Libby Parrish tenía la capacidad de conseguir que volviera a sentirse como un niño. Cuando tenía delante esos ojos verdes, apenas era capaz de pronunciar una frase, menos aún de expresar un pensamiento coherente.

—¿Dónde ha ido? —preguntó Flora.

Trey se encogió de hombros.

—Dijo que se pasaría después.

Sonrió mientras retiraba la caja de tiritas del mostrador. Aunque Libby mantenía una fachada muy correcta en público, él sabía lo que bullía bajo la superficie. Era una mujer apasionada, y esa noche descubriría hasta dónde estaba dispuesta a llegar en pos del placer.

Capítulo 3

—¡Estaba comprando preservativos! Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Sarah se dio un buen trago de limonada mientras observaba a Libby por encima del borde del vaso.

—Es un adulto responsable y cuidadoso que aparentemente no está de acuerdo con esperar a estar casado para hacerlo —dijo Sarah.

—No —contestó Libby—. Quiere decir que está pensando en mantener relaciones sexuales. Si no es para eso, un hombre no compra preservativos.

—¿Crees que le gusta alguien de la ciudad?

—No sé...

Sarah abrió los ojos como platos.

—¡Estás pensando en que se te va a insinuar! —la acusó Sarah—. Te lo noto en la cara.

—No —mintió Libby—. Nunca he pensado en practicar el sexo con Trey Marbury. Sería una estupidez, sobre todo después de lo que pasó hace años.

—Pensaba que te había gustado —dijo Sarah.

—El sexo sí. Pero la separación no. No voy a volver a pasar por eso. No me interesa Trey —aspiró hondo—. No me interesa —repitió.

—Vete con ese cuento a otro —respondió Sarah—. No te creo. Si Trey entrara ahora mismo, se quitara toda la ropa y se ofreciera a mí, me tiraría encima de él sin pensármelo dos veces.

Libby miró a su amiga con fastidio mientras mezclaba las claras a punto de nieve con la masa de las natillas para hacer una tarta de requesón y naranja de una receta que había encontrado en un viejo libro de cocina de la iglesia.

—Debería haberle metido la carta en el buzón.

—¿Qué carta?

—Anoche le escribí una carta explicándole que esperaba que pudiéramos ser amigos. La dejé en su buzón, pero entonces me lo pensé mejor y la saqué unas horas más tarde.

—Entonces te sigue gustando —concluyó Sarah—. No me sorprende. Debo decir que el otro día, antes de marcharme, me di cuenta de que entre vosotros fluía algo especial.

—Sí, y si tú no hubieras hablado con él, yo no me habría caído en el rosal y Trey y yo no habríamos tenido una discusión —dijo Libby—.

Y para colmo de males, dejé que me besara. Y después, más tarde, su perro se metió en mi jardín y él vino a buscarlo y yo le di unas galletas y... me dejé besar otra vez.

—¿Por Trey o por el perro? —le preguntó Sarah.

Libby volteó los ojos.

—Muy graciosa. Por Trey. Y no me mires así. Acababa de sacar una plancha de galletas del horno...

Sarah meneó un dedo.

—Te conozco hace mucho, Libby, y así es como empiezan las cosas. Ves a un tío que te gusta, le agasajas con tu cocina y... unos bocados después haces con él lo que quieres. —Bueno, pues esta vez no. Sólo estaba siendo cordial.

—Ah... ¿Y besas a todos tus vecinos? —Sarah sonrió—. Creo que Trey sí que está planeando acostarse contigo.

Libby hizo una pausa breve antes de verter el relleno en el fondo de hojaldre parcialmente horneado.

—¿Te he invitado aquí esta noche, o te has presentado para molestarme?

—No tenía nada mejor que hacer un viernes por la noche.

El reloj de la sala empezó a dar las once, y Libby se limpió las manos en un paño.

—Vete a casa. Y llévate esa receta de batatas. Tienes eso y la de requesón y naranja para probar, y después habremos terminado con los postres.

—Entonces hemos terminado del todo —anunció Sarah.

—¿De verdad? —preguntó Libby en tono esperanzado.

Su amiga asintió.

—He probado todo lo demás. Esto es lo único que estaba esperando.

—¿El libro de cocina está terminado? —murmuró Libby con incredulidad—. No puede ser.

—Hemos terminado todo lo que habías propuesto el otoño pasado. Hemos probado cada receta y preparado cada menú. Has redactado todas las recetas y yo las he corregido todas.

Libby dejó el bol y la espátula sobre la encimera, sorprendida de que el trabajo de todo el año estuviera hecho. El tiempo había transcurrido tan deprisa... En unos meses, cumpliría treinta años. Frunció el ceño. Su profesión ocupaba su tiempo de tal modo que le parecía como si los días pasaran volando en una bruma de ingredientes y páginas de recetas escritas a mano. El año pasado por esas fechas había estado llena de planes, tanto profesionales como personales. Había decidido tomarse unas vacaciones, conocer a gente nueva y encontrar a un hombre agradable con quien salir. Y todo ello antes de su treinta cumpleaños.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sarah.

Libby alzó la mirada.

—Nada. Sólo estaba pensando en lo rápidamente que pasa el tiempo. Parece que fue ayer cuando terminamos el último libro de cocina —hizo una pausa—. Pensé que las cosas serían distintas, eso es todo.

—¿En qué sentido?

Libby se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que esperaba que me pasara algo emocionante, algo importante.

—Tu programa se emite ahora en siete cadenas más. Estás a punto de publicar tu segundo libro de cocina. Yo diría que la vida te sonríe.

Libby levantó la tarta con cuidado y se agachó para meterla en el horno. Cuando se enderezó, su amiga la miraba con expresión inteligente.

—Estoy contenta —dijo Libby—. De verdad que lo estoy. Y todo gracias a ti. El programa fue idea tuya. Yo sólo quería plasmar las recetas de mi familia en un libro. Tú eres la creadora.

—Bien, deberías estar contenta y agradecida —le dijo Sarah, dándole un abrazo—. Soy buena amiga, y como amiga tuya que soy, te voy a dar un consejo. Si quieres que te pase algo emocionante, vas a tener que arriesgarte un poco.

Libby estaba a punto de discutir cuando suspiró y sonrió a Sarah, demasiado agotada como para protestar.

—Seguramente tienes razón —se frotó la sien—. Este calor me está matando. Creo que voy a recoger esto y a darme un baño refrescante. ¿Por qué no empiezas a corregir el resto del manuscrito la semana que viene? Mañana tenemos que ir a Charleston a revisar los menús que hemos planeado con los de la imprenta. Tengo unas ideas que me gustaría que pusieran en práctica.

Sarah recogió sus cosas y las guardó en su bolsa de tela.

—Pasaré a recogerte a las diez. ¿De acuerdo?

Cuando Libby entró de nuevo en su silenciosa casa, intentó deshacerse de ese sentimiento de melancolía que parecía haberle sobrevenido hacía un rato. Tenía una vida emocionante. Su carrera profesional despegaba, las entrevistas y las apariciones en televisión por todo el país le habían dado la oportunidad de viajar, y ya empezaba a conocérsela como una experta en cocina sureña. ¿Qué más podía pedir?

Había estado satisfecha con su vida hasta que Trey Marbury se había mudado a la casa de al lado. Desde entonces, se pasaba el tiempo pensando en él, fantaseando con lo que podrían compartir, preguntándose si sería tan maravilloso como lo imaginaba.

Agarró un paño para empezar a recoger, pero se lo pensó mejor.

Dejó el paño en su sitio y sacó una jarra de limonada de la nevera. Se sirvió un vaso grande, apagó las luces de la cocina y salió al porche trasero.

Libby se paró junto a la puerta mosquitera, con el vaso pegado a la mejilla para refrescarse un poco. Tenía el top de ganchillo y la falda de algodones pegados al cuerpo, pero notó que fuera empezaba a soplar una brisa leve que movía las copas de los árboles del patio trasero. Empujó la puerta y salió para pasearse por el jardín mientras se tomaba la limonada a sorbos pequeños.

El aroma a rosas llenaba el ambiente y la música de los grillos se multiplicaba en el silencio de la noche. En la distancia, resonó el trueno y el cielo se iluminó momentáneamente con el brillo del relámpago. En lo alto del cielo, la luna brillaba tras una bruma fina. De pie, en medio del césped, Libby cerró los ojos y aspiró hondo, esperando que la brisa le proporcionara cierto alivio.

Minutos antes, mientras se despedía de Sarah, se había sentido agotada, extenuada a causa del calor. Pero en ese momento, a solas con sus pensamientos, empezó a sentirse cada vez más inquieta mientras su mente se llenaba de imágenes de Trey.

Quería dejar de pensar en él. Sin embargo, aquel hombre tenía algo que la atraía de un modo extraño. Quería odiarlo, castigarlo por lo que le había hecho tantos años atrás. Pero representaba todo lo que le faltaba en su vida.

—Debe de ser el calor —murmuró sin abrir los ojos—. Si al menos lloviera, dejaría de sentirme así, tan nerviosa.

Se habían dado casos de personas que se habían vuelto totalmente locas en épocas de mucho calor. Libby empezaba a entender por qué.

Cuando abrió los ojos, se quedó sin respiración. Él estaba cerca del seto, a unos tres metros de ella; su esbelta figura resultaba aún más impresionante en la oscuridad. Libby pestañeó, pensando que se lo habría imaginado, que sería un espejismo provocado por la luz de la luna. Cuando ella retrocedió un paso y él avanzó, Libby terminó de convencerse de que el hombre que tenía delante era de carne y hueso y no un producto de su imaginación.

Era tarde, más tarde de lo normal para la visita de un vecino. Y él apenas estaba vestido. Sólo llevaba una camisa de algodón abierta, unos pantalones cortos sueltos y los pies descalzos. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza, y rezó para que desapareciera del mismo modo que había aparecido. En ese momento, él empezó a acercarse a ella muy despacio, con la vista fija en su cara.

Cada vez que él daba un paso hacia delante, Libby retrocedía, sin saber muy bien qué hacer. Necesitaba tiempo para pensar; tiempo para entender el significado real de esa atracción. Cuando llegó a las escaleras, se metió corriendo en casa y se quedó de pie detrás de la

puerta mosquitera, observándolo. Él se quedó allí esperando bajo la luz de la luna, sin moverse.

La mano le temblaba cuando fue a abrir la puerta. El sentido común le instaba a echar a correr; pero la verdad era que estaba cansada de correr. Por una vez quería arriesgarse, como había hecho hacía doce años. Empujó la puerta, dejándola de par en par, y acto seguido se dio la vuelta y caminó despacio por la casa a oscuras.

Cuando llegó a su dormitorio, se sentó en el borde de la cama y esperó. Los segundos pasaban; se le calmó un poco el pulso. Libby cerró de nuevos los ojos. ¿Se lo habría imaginado? Contó despacio hasta cien y entonces los abrió. Trey estaba a la puerta de su dormitorio, observándola en silencio, como había hecho en el jardín; esperándola. Intentó pensar en algo que decir. ¿Por qué había ido hasta allí? ¿Qué esperaba de ella?

Se levantó poco a poco y abrió la boca para hablar, pero él negó con la cabeza y se llevó un dedo a los labios. Entonces le tendió la mano, dándole la oportunidad de elegir. Podría abrazarlo y perderse para siempre; o bien podría darse la vuelta, con la certeza de que él comprendería su rechazo y se marcharía. Todo se reducía a una sola cosa, a una decisión que tal vez le cambiara la vida.

Libby aspiró hondo y cruzó el dormitorio. Le echó los brazos al cuello y lo miró a los ojos. Él le acarició la cara con las dos manos y la besó, provocándola suavemente con su lengua, para seguidamente invadir su boca. Ella debería haberse sorprendido, pero no fue así. Eso era exactamente lo que había estado esperando, aquel ardor innegable. Sencillamente no había esperado volver a sentirlo con Trey.

Había pensado tanto en sus labios que la besaban, en el sabor de su lengua... era como si estuviera satisfaciendo un enorme anhelo, que inmediatamente desencadenó otro más fuerte que nacía de lo más profundo de su ser. Quería sentir las manos de Trey sobre su cuerpo, y que la acariciara por todas partes.

Trey abandonó sus labios y empezó a besarla en el cuello. Apartó con suavidad el tirante del top y le besó el hombro antes de pasarle los dientes por encima de la piel con mucha delicadeza. Un estremecimiento exquisito la recorrió de arriba abajo, y sintió que le temblaban las rodillas.

Él le deslizó la punta de la lengua desde el hombro hasta la base del cuello, y desde ahí siguió bajando. Y cuando ella puso freno a su descenso, él se agachó y le agarró el borde del top, y de un solo movimiento se lo sacó por la cabeza.

Empezó de nuevo a besarle los labios y mientras lo hacía le hundía las manos entre los cabellos. El sabor embriagador de Trey consiguió derretir los últimos retazos de su resistencia. Libby apretó los pechos contra su torso desnudo, y se le pusieron duros los pezones del

contacto con la piel húmeda.

Había tenido infinidad de fantasías con Trey durante los últimos días, pero la experiencia de sus caricias fue mucho más de lo que había imaginado. Sus dedos parecían estar cargados de electricidad, sus labios la quemaban por donde pasaban. Ella ya no era una niña, ni él un chiquillo. Eran adultos los dos y sabían lo que querían.

Con una mano le acarició un pecho y empezó a juguetear con el pezón. Suspiró con tanto sentimiento, que Libby se sorprendió; entonces se percató de que ni Trey ni ella habían mediado palabra. La seducción se desplegaba en el silencio. De todos modos, en su caso no había palabras que pudieran expresar lo que sentía, aquel inexorable recorrido hacia la liberación. Con cada caricia, con cada gesto, se acercaba más y más, y de pronto tuvo miedo del poder que él ejercía sobre ella. Había llevado una vida tan controlada... ¿Podría permitirse esa debilidad?

Libby se retiró y lo miró a los ojos, pero apenas podía verle la cara a la pálida luz de la luna que entraba por las ventanas. Trey volvió a besarla apasionadamente, y entonces la tomó en brazos y la llevó hasta la cama.

Cuando Trey la dejó otra vez de pie, le desabrochó el botón de la falda; al momento la fina prenda estaba en el suelo. Él se quitó la camisa antes de empujarla suavemente sobre la cama y tumbarse con ella.

Fuera el trueno retumbaba y el viento cambiaba de dirección, moviendo las cortinas de encaje y silbando entre las contraventanas. La tormenta que se estaba desarrollando en su interior se hizo todavía más violenta mientras se perdía en la seducción de Trey. Sus manos, sus labios y su lengua bailaban sobre su piel empapada en sudor. Debería haberlo frenado, pero lo que anhelaba con toda su alma era precisamente lo contrario.

Sus labios encontraron su pezón, y Libby se hundió sobre el colchón y arqueó la espalda mientras él se lo lamía con deleite. Cuando terminó, continuó bajando, dibujándole con sus besos un trazo húmedo hasta el ombligo. Ella aspiró con fuerza al tiempo que se echaba a temblar de anticipación y empezaba a perder la noción de la realidad.

Y entonces él comenzó a acariciarla con las puntas de los dedos, provocándole un torrente de sensaciones que la recorrió de pies a cabeza. Libby gimió cuando él deslizó con suavidad un dedo entre las piernas. No había necesidad de pensar; sólo de deleitarse con sus caricias firmes y confiadas, aunque a la vez increíblemente tiernas. Y cuando finalmente encontró con su lengua el centro de su placer, los espasmos la sacudieron intensamente.

Trey le acarició el cuello, la cara empapada aún en sudor. Cerró los

ojos y escuchó los ruidos de la tormenta que se desataba a su alrededor. Y cuando la lluvia empezó a caer, Libby cerró los ojos, aliviada de que por fin se hubiera calmado aquel ardor, la rabia y el pesar que desde hacía tanto tiempo llevaba dentro. Todo parecía fundirse en un solo sentimiento.

Al poco se quedó dormida, presa del agotamiento. Y cuando abrió los ojos y vio la luz pálida del amanecer, él ya no estaba. No quería ni preguntarse qué la había empujado a desearlo. El deseo era imprevisible y a veces imposible de negar. Y, de momento, esa explicación era suficiente.

Eudora Throckmorton estaba sentada en el borde del sofá, observando a su hermana mientras esta dormía. Eran casi las diez de la mañana, y Eulalie solía levantarse con las gallinas. También prefería dormir en su cama, no en la butaca favorita de su madre pegada a la ventana del salón.

—¡Hermana! —susurró—. ¡Hermana, despierta!

Eulalie abrió los ojos, y los prismáticos que tenía en la mano se le cayeron al suelo en la alfombra.

—¿Santo Dios, qué hora es?

—Las diez de la mañana. ¿Te quedaste dormida aquí sentada? Cuando me fui a dormir, me dijiste que subirías enseguida.

Una leve sonrisa alegró la expresión de Eulalie.

—Ha funcionado. Estoy totalmente segura de que mi plan ha funcionado.

—¿Qué plan?

—Mi plan para suscitar un pequeño escándalo en Belfort. ¡Funcionó! —exclamó Eulalie con entusiasmo—. Anoche, gracias a mis esfuerzos, Lisbeth Parrish y nuestro nuevo vecino, Clayton Marbury, tuvieron una cita secreta. Estoy casi segura de que podrían haber mantenido... —bajó la voz— relaciones íntimas.

—¿Santa María, pero de qué estás hablando? ¿Acaso te has vuelto totalmente loca?

—Estoy convencida de que ha sido la providencia la que ha hecho que el señor Marbury comprara la casa Sawyer. Imagínate a los Parrish y a los Marbury siendo vecinos. Y ese Clayton es un joven tan guapo... Y Lisbeth una chica encantadora, pero a punto de convertirse en una solterona si continúa así. Tenía que pasar. Yo sólo le di un empujón.

—Deja que te traiga una taza de té, hermana. Creo que has perdido la razón. Voy a llamar al doctor Lassiter.

Eulalie agarró a su hermana de la mano antes de darle oportunidad de escapar.

—Estoy perfectamente, Dora, y tengo una salud de hierro.

Eudora se echó a reír mientras le daba a su hermana un apretón en la mano.

—Entonces explícame todo esto.

—Ayer le metí al señor Marbury una carta en su buzón. Una carta muy... erótica, que sugería que cierta señorita quería que él le hiciera una visita. Dejé que el señor Marbury pensara que así era. Observé la casa todo el día y toda la noche y... bueno, digamos que, cuando tienes un gallo, lo más normal es que cante.

—Me dijiste que estabas mirando unos pájaros con los prismáticos de papá —le reprendió Eudora.

—Volviendo a lo que nos interesa, vi a Clayton Marbury saliendo de la casa de los Parrish a las dos de la madrugada. Iba descalzo y sin camisa. ¿Cómo crees que va a reaccionar Belfort ante ese pequeño escándalo? Eudora negó con la cabeza.

—No hay posibilidad de que un Marbury y una Parrish mantengan una aventura ilícita. El padre de Lisbeth se pondría furioso y el padre de Trey se revolvería en su tumba. ¡Me resulta increíble que se te haya ocurrido semejante cosa! Libby Parrish es prima segunda nuestra, y le debemos total lealtad. Por nuestras venas corre sangre Parrish.

—Oh, por favor, hermana, a nadie le importa ya esa enemistad —Eulalie recogió los prismáticos del suelo y se asomó por la ventana—. ¡Ahí la tienes! Regando los geranios. Se la ve resplandeciente esta mañana —se puso de pie—. Voy a charlar un rato con ella. A ver si puedo confirmar algo de información.

—No te atrevas —le advirtió Eudora—. No pienso permitir que crees problemas.

Eulalie retiró la mano que su hermana le había agarrado.

—Podré averiguar exactamente lo que pasó. Tengo muy buen ojo para estas cosas.

Eudora no tuvo elección, salvo seguir a su hermana fuera. No sabía lo que había provocado aquel comportamiento ridículo por parte de Eulalie, pero tendría que ser cortado de raíz. Las hermanas Throckmorton tenían un buen nombre en Belfort, y debían mantenerlo. El crear un escándalo y darse al cotilleo resultaba inaceptable.

—No vas a contar mentiras acerca de esos dos jóvenes —le dijo Eudora—. No lo permitiré.

—Cállate ahora —le dijo Eulalie mientras cruzaba la calle apresuradamente—. ¡Lisbeth! ¡Lisbeth, querida! Debo hablar contigo.

Las hermanas avanzaron apresuradamente por el camino y saludaron a Lisbeth alegremente con la mano. Eudora estudió detenidamente a su vecina y se sorprendió al notar un cambio notable en su apariencia. Tenía la piel más rosada, los ojos más brillantes y

una sonrisa en los labios.

—Teníamos que venir a ver cómo estabas —continuó Eulalie—. Después del desafortunado giro de los acontecimientos, estábamos rezando por ti.

—¿Desafortunado?

—Lo digo por lo de la casa Sawyer —comentó Eulalie—. Qué frescura tiene ese hombre, comprando la casa que está justo al lado de la tuya. Es como si te hubieran dado una bofetada en la mejilla, ¿no te parece, Lisbeth? Esos Marbury son unas ratas.

Libby le dirigió a Eulalie una sonrisa incómoda.

—Creo que Trey tiene derecho a comprar la casa que le apetezca.

Eudora frunció el ceño. Tal vez su hermana tuviera razón. Que una Parrish mostrara esa tolerancia hacia un Marbury era una primicia en Belfort.

—¿Acaso te ha hablado? —le preguntó Eudora.

Lisbeth se sonrojó levemente.

—Por supuesto. Tenemos una relación muy cordial. Esa estúpida enemistad quedó en el pasado. Creo que ya era hora de acabar con eso, ¿no les parece? Además, no recuerdo siquiera por qué estaban enemistados.

—Oh, yo sí lo sé —trinó Eudora—. Vuestras familias llevan enemistadas desde la guerra que enfrentó a los dos estados. Su tataratatarabuelo acusó a tu tataratatarabuela de simpatizar con el norte. Tu tataratatarabuelo lo llamó y se batieron a duelo en medio de la calle Charles. Lucius Marbury disparó a Edmund Parrish por la espalda.

—Más bien en el trasero —rectificó Eulalie—. Según lo contaba mamá, después de que Edmund disparara mal y fallara, decidió que no le apetecía morir en ese momento y echó a correr como un conejo asustado.

—Así no fue hermana.

Lisbeth levantó la mano.

—Lo siento, tengo que marcharme. Hoy tengo que ir a Charleston. Pero les agradezco su amabilidad.

Las hermanas la observaron mientras subía las escaleras del porche a toda prisa y desaparecía por la puerta de la casa. Eulalie se volvió hacia Eudora y sonrió.

—¿Te cabe ahora duda alguna, Dora?

Eudora agarró a su hermana del brazo.

—No. Lisbeth Parrish tiene todo el aspecto de haber disfrutado anoche de la compañía de un hombre. Y estoy convencida de que ese hombre fue Clayton Marbury III.

—Vamos, hermana —dijo Eulalie mientras cruzaba la calle—.

Tenemos que escribir otra carta. Sólo que esta vez irá dirigida a la

joven. Pero el tema de esta carta me preocupa. Fue sencillo escribir la primera ya que contenía los sentimientos de una señorita. ¿Pero cómo escoger las palabras que puedan surgir de la mente de un hombre?

—Los hombres son criaturas complejas —dijo Eudora en tono pensativo—. Pero cuando se trata del sexo, creo que son más o menos lo mismo que las mujeres, querida. Tal vez podríamos investigar un poco. Harley Simpson lleva algunas de esas revistas para hombres a la tienda. Deben de ser bastante subidas de tono, ya que tiene que envolverlas en papel de estraza antes de colocarlas en el estante. —Playhouse— dijo Eulalie.

—Playboy —rectificó Eudora—. El problema es que no estoy segura de que, si compramos una revista para hombres, eso no vaya a despertar más cotilleo del que intentamos crear.

—Entonces tendremos que hacer un viaje, Dora. Hay una estupenda librería para adultos en la autovía. Estoy seguro de que tendrán lo que estamos buscando.

—Buena idea —dijo Eudora—. Siempre me he preguntado qué es lo que hace que un hombre deje lo que esté haciendo para meterse en una tienda de ese tipo. Ahora lo voy a averiguar.

Libby se volvió a mirar por la ventanilla cuando Sarah salió de la autovía para entrar en Belfort. El sol se había puesto hacía ya una hora, poniendo fin a un agotador día de planificación para la producción de la segunda parte de Southern Comforts. Charleston sufría la misma ola de calor, pero el estudio era un oasis de frescor gracias a un potente aparato de aire acondicionado.

—¿Te gusta de verdad el proyecto? —le preguntó Sarah.

Libby asintió.

—Claro. Es estupendo. Muy bonito.

Sarah le echó una mirada rápida y arrugó el entrecejo.

—Vamos, Libby. ¿Qué te pasa? Siempre has tenido tu propia opinión en estos temas. Llevas todo el día despistada, distraída. Dame una razón.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Se supone que soy yo quien tiene que preocuparse del diseño, de las grabaciones y de todo lo demás. Soy la productora. —Ya— dijo Libby, esbozando una sonrisa forzada.

En realidad, sus pensamientos se habían centrado en el terreno personal más que en el profesional. Aunque había conseguido escapar a la presencia de Trey durante todo el día, no había podido apartarlo del pensamiento.

Sintió calor en las mejillas cuando recordó lo que había hecho la noche anterior. Su instinto le decía que había cometido un error, que

hacer el amor con Trey sólo le llevaría a sentir todo el dolor que había sentido años atrás. Quería creer que se había olvidado de ello... ¿Pero acaso era cierto? El deseo que había experimentado la noche anterior había sido más potente que ninguna otra cosa que había sentido en su vida. No era algo de lo que pudiera olvidarse fácilmente cuando Trey regresara a Chicago.

—Este calor me está matando —comentó.

—Anoche parecía que iba a refrescar un poco, pero después de la tormenta se puso aún peor.

—Odio el calor —dijo Libby mientras se recostaba en el asiento y dirigía la rejilla de ventilación hacia ella—. Debería irme a vivir a otro sitio; al norte, donde al menos los veranos son tolerables.

—¿Por qué estás de este humor? Y si me dices que es por Trey Marbury, voy a parar el coche y a darte de tortas hasta que se te quite la tontería.

—Por favor, hazlo —dijo Libby—. A lo mejor me ayudaría.

—De acuerdo. ¿Tengo que adivinar lo que ha pasado o me lo vas a contar?

Libby cerró los ojos y echó la cabeza para atrás.

—No te lo vas a creer. Ni siquiera me lo creo yo.

—Lo besaste otra vez —dijo Sarah con rotundidad.

Libby se echó a reír con suavidad.

—Si al menos me hubiera parado ahí. Pero eso sólo fue el comienzo.

—Lib, lo del beso era broma. No me digas que te lanzaste de nuevo a él.

—No. Esta vez fue él quien se me tiró encima. Apareció anoche, justo antes de que estallara la tormenta; una cosa llevó a la otra y...

—¡Espera! —exclamó Sarah, que al momento paró el coche junto a la acera para atender mejor—. ¿Te acostaste con él?

Libby se llevó las manos para refrescarse las mejillas acaloradas.

—No practicamos el sexo en sí, pero sí que hicimos lo demás. Él... me dejó satisfecha, si quieres llamarlo así.

—Ah, es culpa mía —dijo Sarah con pesar.

—¿Ahora decides responsabilizarte? —la acusó Libby—. Creo que ya es un poco tarde.

—Fui yo quien te animó a que te arriesgaras más. No debería haberte dicho eso. Sólo puede llevarte al dolor.

—No tiene por qué ser así —dijo Libby, intentando aparentar indiferencia—. Lo que pasó entre nosotros sólo fue un episodio aislado. No tiene por qué volver a ocurrir. Yo no lo permitiré.

Sarah arrancó de nuevo el coche y se dirigió a casa de Libby con expresión pensativa.

Cuando paró en la calle Charles, Sarah apagó el motor y se volvió

hacia su amiga.

—¿Y quieres que vuelva a pasar? —le preguntó.

—¡No!

—Libby recogió sus cosas, salió del coche y echó a andar apresuradamente por la acera. —¡Sí! No lo sé, de verdad— añadió mientras subía las escaleras del porche pisando con fuerza. —Lo único que no quiero es volver a sufrir.

Sacó el correo del buzón, descorrió el cerrojo de la casa y entró.

Sarah la siguió. Libby se quitó los zapatos, se tiró en el sofá y empezó a ojear el correo distraídamente, buscando algo que la ayudara a distraerse del caos que la presencia de Trey había llevado a su vida.

Escogió un sobre liso que había entre dos catálogos y le dio la vuelta.

—¿Qué es esto? —le preguntó Sarah.

Libby se encogió de hombros y le pasó el sobre a su amiga.

—Seguramente será de las hermanas Throckmorton. Se pasaron esta mañana a comunicarme su apoyo. Están preocupadas de que venga chusma a vivir al barrio. Su abuela era una Parrish, sabes, y nunca se han fiado de los Marbury. Vamos, léela.

Sarah abrió el sobre y sacó una sola hoja de papel.

—«No he dejado de pensar en ti desde anoche...» —empezó a decir Sarah—. «Con cada cosa que toco siento tu piel bajo mis dedos. Cada...».

Libby se la arrebató de la mano.

—No creo que sea de las Throckmorton —murmuró Sarah—, a no ser que hayan decidido cambiar de vida a sus ochenta y tantos años.

Libby leyó en silencio la nota, con el corazón latiéndole alocadamente en el pecho mientras leía la cuidadosa caligrafía.

No he dejado de pensar en ti desde anoche. Con cada cosa que toco siento tu piel bajo mis dedos. Cada vez que sopla la brisa recuerdo el calor de tu aliento en mi mejilla. Saboreo tus labios, me llega el aroma de tu pelo, oigo tus suaves gemidos de placer. Cada evocación de esa noche sigue fresca en mi recuerdo. Y cuando estoy solo, pienso en la próxima vez y en cómo será. Vendrás a mí, lista para que nos entreguemos el uno al otro con mayor desenfreno. Y yo te esperaré, sabiendo que esta vez me complacerás. ¿Por qué te necesito tanto? ¿Es este el castigo por algún pecado del pasado o estamos hechos para disfrutar donde podamos encontrar placer? Estoy aquí, cerca de ti, y esta vez confío en que vendrás. No me hagas esperar demasiado.

—Es de él —murmuró Libby mientras le devolvía la carta a Sarah.

Sarah se sentó en el sofá junto a Libby y terminó de leerla.

—Caramba —murmuró—. No puedo creer que te haya escrito esto. Quiero decir, seguramente Trey sabrá exactamente cómo complacer a una mujer en la cama, pero esto... —aspiró temblorosamente y se abanicó con la carta—. Es tan... Desde luego cualquier chica que la leyera acabaría... ¿Por qué a mí nunca nadie me ha escrito nada así?

—¿Cómo se supone que me voy a resistir a él? —gimió Libby angustiada, a punto de echarse a llorar.

—No creo que puedas. Ninguna mujer podría resistirse a una carta como ésta.

Permanecieron un buen rato sentadas en el sofá, leyendo y releyendo la nota. Cuando de pronto llamaron a la puerta trasera, Libby se puso de pie de un salto.

—Seguramente será él —dijo Sarah.

—Dijo que yo tenía que ir a él —gritó Libby.

—Tal vez se cansara de esperar —Sarah le despeinó el cabello con gesto cariñoso—. Intenta no ponerte tan nerviosa. Quiero enterarme de todo después. Y asegúrate de ponerte ropa interior bonita. A los hombres les encanta el encaje negro.

Libby sonrió con nerviosismo a su amiga mientras ésta se apresuraba hacia la puerta principal. Se quedó helada sin saber qué hacer después.

Unos cuantos golpes más a la puerta sacaron a Libby de su ensimismamiento; maldijo entre dientes y se apresuró hacia la cocina. Si no ponía fin a eso inmediatamente, no habría manera de saber qué iba a pasar.

—Seguramente se creerá que soy una solterona de pueblo que está deseosa de encontrar un hombre, cualquier hombre, que esté dispuesto a meterse en mi cama. Y él llega a la ciudad con su sonrisa sensual y su cuerpo de infarto, creyéndose que me va a hacer pasar un buen rato antes de marcharse otra vez.

Cuando llegó a la puerta, su indecisión había sido reemplazada por una resolución firme. Abrió la puerta, lista para enviarlo lejos. Pero al verlo, toda la rabia pareció evaporarse en su interior.

Él le sonrió y sus ojos azules se iluminaron al verla.

—Hola —dijo Trey.

Libby se agarró al marco de la puerta para sentirse más segura.

—Hola —dijo con voz ahogada.

—Se me ocurrió venir a devolverte el cestillo —se lo pasó—. Quería darte las gracias por las galletas.

Libby abrió la puerta mosquitera un poco, agarró el cestillo y la volvió a cerrar. Sabía que la puerta era lo único que le impedía echarse a los brazos de Trey.

—Gracias —dijo Libby.

Se miraron un rato, y él sonrió.

—Me preguntaba si te apetecería venir a darte un baño en el río.

—¿Al río?

—Sí. Conozco la ensenada. Solía nadar ahí con mis amigos. Tu padre nos echó un par de veces, pero siempre volvíamos sin ser vistos —le enseñó una cuerda que llevaba en la mano—. Se me ocurrió que podríamos hacer un columpio.

—¿Quieres ir a nadar? —le preguntó ella.

—Claro —dijo Trey—. ¿Tú no?

Jugar en el agua con Trey medio desnudo sería una tentación enorme para cualquier mujer. Tenía un cuerpo tan divino... Con el pelo mojado y unos cuantos besos, Libby sabía que estaría perdida.

Tragó saliva.

—Yo... no puedo. Tengo mucho trabajo. Pero gracias por invitarme. Ve tú solo si quieres... Por mí no hay problema.

Se quedaron en silencio, y Libby intentó pensar en la manera de poder librarse de él con elegancia. Pero cuando Trey empujó la puerta mosquitera y entró en su casa, ella se dio cuenta de que había perdido la oportunidad. Retrocedió en dirección a la cocina.

—¿Libby, qué te pasa?

Ella se obligó a sonreír.

—Nada. Sólo que no estoy de humor para nadar.

—¿Y qué es lo que te apetece hacer? Porque según me estás mirando, parece como si quisieras ponerte a discutir. ¿Me equivoco?

—No quiero discutir contigo, Trey.

Intentó decirlo con naturalidad, con serenidad, pero la voz le falló cuando él le agarró de la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Le acarició la mejilla y le miró los labios.

—Yo tampoco quiero discutir —murmuró él.

Él se inclinó hacia delante. Cuando le rozó los labios con los suyos, Libby sintió que le fallaban las piernas. Toda ella se moría por recibir sus caricias, por sentir sus labios besándola por todas partes; y anhelaba sentir de nuevo el clímax que había experimentado con él.

—No será que te arrepientes de lo de anoche, ¿verdad?

Libby se retiró, llena de resolución.

—No. Ojalá pudiera, pero no puedo —dijo con pesar—. Me pareció fantástico.

Él la miraba con el ceño fruncido. ¿Acaso vería lo que le había costado reconocer el poder que él tenía sobre ella? ¿Sabía lo cerca que estaba de rendirse a él por completo?

Él empezó a acariciarle el cuello y al momento bajó la mano y se puso a tocarle el pezón a través de la blusa de seda.

—Llevo todo el día pensando en tocarte

—murmuró con una sonrisa provocativa en los labios.

Ella pensó en la noche que habían vivido doce años atrás. Él le

había prometido que volvería, le había dado a entender que lo que habían compartido significaba algo para él. Si le permitía que volviera a tocarla, entonces estaría condenada a sufrir otra vez esa humillación.

Libby cerró los ojos y echó la cabeza para atrás mientras las manos de Trey conseguían que se estremeciera de arriba abajo.

—Por favor, no me hagas esto —le rogó ella.

Sus palabras lo sorprendieron, y Trey se quedó quieto y dejó las manos a los lados.

—¿Qué pasa, Libby? Sólo porque niegues este deseo que hierve entre nosotros no va a desaparecer.

Ella abrió los ojos y vio que él la miraba con dureza. Se estremeció, pensando que no quería que desapareciera. Era como una droga, una sensación adictiva que ansiaba a pesar del peligro que encerraba.

—Estoy listo para reconocer que te deseo. Te deseo, Libby, más de lo que nunca he deseado a ninguna otra mujer.

Murmuró algo entre dientes antes de inclinarse y empezar a besarla. Su lengua le provocaba los labios, forzándola con suavidad a responder. En contra de su buen juicio, Libby separó los labios para ceder a su asalto, le echó los brazos al cuello y se pegó a su cuerpo. Un nudo de deseo se apretaba en sus entrañas, consumiéndola de necesidad. Anhelaba sus caricias, que la desnudara, que le separara las piernas, que la excitara. Bastaría tan poco para ceder, para dejar que él le hiciera el amor.

—Dime que no me deseas —murmuró en sus labios—. Que no te hago sentir lo mismo. He estado en tu cama contigo, Libby; sé lo que te hice sentir.

Ella aspiró hondo y se apartó de él, intentando no caerse al suelo.

—Eso fue deseo —dijo Libby con un hilo de voz—, y cierta curiosidad. Pero una noche fue suficiente.

Él la miró fijamente, como si quisiera verla por dentro, encontrar respuesta a sus dudas. Libby rezó para que se marchara, para que no tuviera que elegir.

—¿Una noche cada doce años? Maldita sea, si eso es todo lo que puedo esperar, supongo que te veré dentro de doce.

Y dicho eso, se dio la vuelta y salió de la casa dando un portazo.

Cuando estuvo segura de que se había marchado, Libby echó la cabeza hacia atrás y aspiró con fuerza para contenerse las lágrimas.

Jamás habría creído que hubiera podido desear que Trey regresara. La había tocado y había vuelto a sentir que tenía diecisiete años, que estaba llena de esperanzas y sueños, de dudas e inseguridades, de ideas tontas y románticas.

Estaba obsesionada con él otra vez y no veía modo de remediarlo. A lo mejor nunca había dejado de desearlo.

Pero, si no ponía freno a aquel comportamiento irracional, se pasaría el resto de la vida juntando los trozos de su frágil corazón.

Capítulo 4

Trey se metió por la calle Center y dio un sorbo del café que se había llevado de casa. Tenía que ir a al día siguiente a Savannah a firmar el contrato de venta de una de las propiedades de su padre. Tal vez una habitación de hotel con aire acondicionado a noventa y cinco kilómetros de Libby le permitiría dormir decentemente al menos una noche.

Cinco largos días y otras tantas noches en vela habían pasado desde que había cometido el error de ir a devolverle el cestillo de las galletas. Al principio Trey había pensado que había ido en mal momento, tal vez en medio de una crisis profesional. Después, había pensado que su humor podía haberse debido al intenso calor. Pero, desde entonces, Libby lo había evitado claramente, y él se había visto obligado a sacar la conclusión inevitable: que ella no quería saber nada más de él.

No estaba seguro de cómo tomarse eso. Libby había disfrutado con él, y sin duda él había pensado que aquello llevaría a algo más.

Pero en ese momento se daba cuenta de que había hecho mal en tomarse en serio su carta. Ella le había prometido que le escribiría después de aquella noche que habían pasado juntos doce años atrás, pero no había recibido ni una sola carta de Libby. Y aunque él le había escrito, después de seis cartas no le había quedado más remedio que reconocer que Libby Parrish no quería nada con él.

¿Entonces por qué empezar de nuevo, para dejarlo cuando la cosa empezaba a ponerse interesante? ¿Acaso estaba jugando con él? Trey negó con la cabeza. Ella lo había acusado de jugar con ella. ¿Y de qué iba entonces esa carta sino de seducción?

—Vaya, pensaba que entendía a las mujeres —murmuró entre dientes—. Pero no tengo ni idea de lo que Libby Parrish tiene en la cabeza.

Paró el todoterreno delante de la farmacia. Después de apagar el contacto, apoyó las manos sobre el volante y dejó que su imaginación recreara las imágenes que guardaba de Libby en su memoria. Jamás había deseado a una mujer como a ella esa noche, y todas las demás noches.

Le había costado Dios y ayuda no sacar la conclusión más lógica de su encuentro. Al principio había pensado que tan sólo estaban divirtiéndose un poco. Pero en el transcurso de su apasionado

encuentro sus sentimientos habían ido cambiando, y se había dado cuenta de que quería algo más que sexo con ella. Quería de nuevo ese algo tan especial que habían experimentado de adolescentes.

Desde entonces sólo había sentido deseo por el cuerpo de otras mujeres, pero no le había interesado nada más de ninguna de ellas. Lo que había compartido con Libby, tanto en el pasado como en el presente, había caído en una categoría difusa; había sido algo más que deseo, pero no del todo amor.

Fuera lo que fuera, seguía deseándola. Quería tocarla a su antojo, desvestirla despacio y deleitarse con la belleza de su cuerpo desnudo. Quería abrazarla y que ella se estremeciera de placer entre sus brazos. Y sobre todo quería poseerla, moverse dentro de ella hasta perder el control y saciar aquel deseo salvaje.

Pero Trey sabía, a pesar de todo lo que ella le hacía sentir en su interior, que había muchas cosas por las que su relación no funcionaría. En unos meses, él estaría de vuelta en Chicago, y Libby seguiría con su vida. De algún modo Trey estaba seguro de que acusaría la pérdida mucho más que ella.

Cruzó la calle a toda prisa y entró en la farmacia. Cuando levantó la cabeza, se fijó en un grupo de mujeres junto al mostrador donde despachaban los cosméticos. Las mujeres dejaron de hablar un momento y lo miraron antes de bajar la voz y continuar hablando en susurros.

Trey no le dio importancia y fue hacia donde estaban los medicamentos en busca de un bote de aspirinas. Todo el trabajo manual le estaba pasando factura, y tenía agujetas y le dolía el cuello. Tal vez por eso tuviera dificultades para dormir.

Vio a Harley Simpson al otro extremo de un mostrador y le hizo un gesto con la mano.

—Estoy buscando las aspirinas.

Harley sacó un bote de la estantería y se acercó a Trey.

—Aquí tienes —dijo, y entonces se inclinó hacia Trey—. Quiero que sepas que, cuando necesites comprar preservativos, puedes contar con la discreción de la Farmacia Simpson.

—Gracias —dijo Trey, sorprendido por el comentario del hombre —. Lo tendré en cuenta.

—Créeme, sé cómo van los cotilleos en esta ciudad. Les das un poco de comer y montan un festín.

—¿Están hablando de mí? —le preguntó Trey en voz baja.

—Bueno, yo no soy quien está haciendo circular el rumor, pero sé que estos últimos días has sido tema de conversación.

—Bueno, puedes decirle a todos los que tengan interés que, si tienen alguna pregunta, me la hagan a mí directamente. Les diré lo que quieran saber.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó Harley—. La joven en cuestión tal vez no quiera que ensucies su reputación por la ciudad.

—¿La joven?

—Sí. Libby Parrish. Es la joven a la que has estado acompañando. Claro que nunca creí lo que se decía de ella, que si era fría, que si era seca, que si...

—¿La gente está hablando de Libby Parrish y de mí? —lo interrumpió Trey.

—Bueno, sí. Según se dice, pasaste la noche con ella la semana pasada.

Trey miró a su alrededor y vio que algunas señoras del grupo lo miraban sin discreción alguna. Pensándolo bien, ya había notado que algunas personas se quedaban mirándolo de un modo extraño, que de pronto se quedaban callados cuando llegaba él a algún sitio. ¿Pero cómo demonios habrían adivinado lo que había pasado entre Libby y él? Él no le había dicho ni una palabra a nadie.

Trey le dio la espalda a Harley, sin preocuparse de llevarse el bote de aspirinas. ¿Habría oído Libby los rumores? ¿Estaría así por eso?

Empujó la puerta y salió de la tienda; el calor era muy fuerte al mediodía. Cuando iba cruzando la calle para meterse en su todoterreno, vio a Libby saliendo de la oficina de correos. Cambió de dirección y fue hacia ella, alcanzándola delante de la Ferretería de Harrington.

—Tengo que hablar contigo —dijo él mientras la agarraba del codo.

Miró a un lado y a otro y se metió en la entrada lateral de la ferretería.

—¿Qué haces? —le preguntó Libby soltándose—. ¿Es que quieres que todo el mundo empiece a hablar de nosotros?

Al verla se quedó sin aliento. Libby era tan bella... En sólo una semana había olvidado la palidez de su cabello, la suavidad con la que le caía por la cara y el aroma a flores cuando se acercó a ella.

—Me temo que ya lo han hecho —dijo Trey.

Libby soltó un gemido entrecortado mientras abría los ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Saben que pasamos una noche juntos.

—¿A quién se lo has contado?

—A nadie —respondió Trey—. Supuse que se lo habías dicho tú a alguien —levantó la mano para retirarle un mechón de pelo de la cara, ansioso por tocarla de nuevo.

Ella evitó mirarlo a los ojos.

—¡No! A nadie, salvo a... No ella no se lo diría nunca a nadie. Sarah es mi amiga.

—En realidad no importa —dijo Trey, frustrado porque ella no quería mirarlo a los ojos—. Además, los dos somos adultos. Nuestras vidas son privadas. Deja que hablen.

—Tú no tienes que vivir en esta ciudad —le soltó ella—. Sólo estás de paso.

Trey ahogó su enfado creciente.

—¿A qué clase de juego estás jugando, Libby?

—¿De qué hablas? Eres tú el que estás jugando.

—Yo estuve ahí contigo esa noche. Te comportas como si no te acordaras de lo que ha pasado entre nosotros. ¿Acaso puedes dejar de pensar en ello? Porque yo no. Yo acaricié tu cuerpo —le dijo mientras deslizaba la palma de la mano por el hombro desnudo de Libby—. Sentí cómo alcanzabas el clímax entre mis brazos. Eso fue real, lo quieras reconocer o no.

—¡Basta! —le susurró ella con fastidio.

—No creo que quieras que lo deje. Creo que este pequeño juego te excita. Soy un fruto prohibido, un Marbury, y en tanto en cuanto lo que compartimos sea secreto, te gusta mucho más – Trey la arrinconó contra la puerta. —Dímelo, Libby. Dime que no quieres saber nada de mí y me marcharé.

Ella cerró los ojos uno instantes, antes de abrirlos y mirarlo con cierto desafío en la expresión. Él se inclinó hacia delante, buscando alguna señal por parte de Libby.

—Dímelo —le urgió, tan cerca de ella que sintió el aliento de Libby en su mejilla, y anheló el sabor de sus labios, de su lengua.

—De acuerdo. Te deseo. ¿Ya estás contento?

Trey le pasó el dedo pulgar por el labio de abajo.

—Sí, lo estoy.

Pero cuando vio que estaba a punto de besarla, ella se agachó y se le escapó.

—¡Ahora mantén tu promesa y déjame en paz! —le gritó Libby mientras se apresuraba calle abajo.

Trey se quedó mirándola un momento, pero entonces se lo pensó mejor.

—Esto no termina aquí, Libby. Esto aún no ha terminado —le gritó.

Cuando se dio la vuelta, vio a un grupo de personas a la puerta de la ferretería, asomándose por la puerta de cristal.

—De acuerdo, se terminó el espectáculo —gritó—. Ya no hay más que ver.

Trey echó a andar calle abajo en dirección a su todoterreno mientras maldecía entre dientes. No era de extrañar que doce años atrás se hubiera marchado de esa maldita ciudad.

—Que hablen —murmuró Trey—. Y mientras lo hacen, voy a

intentar por todos los medios darles más de qué hablar.

No había terminado con Libby. En absoluto. Había algo entre ellos, y no pensaba marcharse de la ciudad hasta averiguar qué era exactamente.

—Mi madre me matará —murmuró Libby.

Sarah suspiró.

—Seguro que no es para tanto.

—Y después se suicidará —gruñó Libby—. El padre de Trey le hizo la vida imposible al mío. Estaban constantemente en competencia, y estoy seguro de que ese estrés influyó negativamente. Si papá se entera de que Trey está en Belfort, tal vez se mude otra vez a vivir aquí aunque sólo fuera para continuar con esa vieja enemistad.

—Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena. No son más que unos cuantos rumores —comentó Sarah mientras comía un poco de ensalada de pollo—. La gente habla. Hasta ahora, no son más que especulaciones. Además, creo que no te viene mal que tu reputación se empañe un poco.

—No me importa tanto mi reputación —dijo Libby—. Estoy hasta las narices de que la gente crea que soy algo que no soy. Tengo necesidades como cualquier mujer —frunció el ceño y se sentó a la mesa de la cocina—. Sólo me gustaría saber dónde se inició el rumor.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y Sarah miró a Libby.

—Tal vez sea Trey, listo para hacer correr más rumores.

—No lo creo. Estoy segura de que va a alejarse de mí después de nuestro encuentro de ayer por la mañana.

Libby se levantó y cruzó el amplio vestíbulo. Momentos después, Sarah fue tras de su amiga. Al ver a Carlisle Whitby al otro lado de la puerta mosquitera frunció el ceño. Carlisle solía repartir por las mañanas.

—Hola, Carlisle —dijo Libby—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tengo aquí tu correo, Lisbeth. Pensé que podría haber algo importante.

—Puedes dejarlo en el buzón —le sugirió Libby con la mayor amabilidad posible.

—Yo... me preguntaba si podríamos hablar un momento —le echó una mirada a Sarah—. En privado, si es posible.

Libby ahogó una sonrisa al oír detrás de ella que a Sarah le entraba la risa. Salió al porche y siguió a Carlisle a las escaleras.

—¿Qué pasa?

—He oído habladurías por la ciudad —le dijo mientras se miraba los zapatos—. Habladurías que han puesto en entredicho tu reputación.

—Carlisle, creo que...

—No, deja que termine lo que he venido a decirte. No sé de dónde salen estas acusaciones, aunque tengo mis sospechas – Carlisle hizo una pausa para echar una mirada hostil en dirección a casa de Trey. —Pero estoy empeñado en averiguarlo, y en cuanto lo haga, tengo planes para hacer que ese sarnoso pague.

—¿Sarnoso? —Libby se mordió el labio inferior—. No creo haber oído utilizar esa palabra en una conversación. ¿Has estado leyendo demasiado Lo que el viento se llevó?

—Entiendo. Quieres bromear para ocultar tu angustia, pero yo estoy aquí para socorrerte —Carlisle se miró de nuevo los zapatos antes de continuar—. Me gustaría invitarte a salir. Eso ayudaría a acallar de una vez por todos esos rumores, le demostraría a todo el mundo que no pueden ser ciertos. Y que te vean en compañía de un empleado del Servicio Postal de Estados Unidos tal vez pueda restaurar tu impecable reputación.

Libby se aclaró la voz y esbozó una sonrisa forzada.

—Aprecio tu oferta, Carlisle, pero estoy segura de que los rumores dejaran de oírse en breve. Además, el sarnoso como tú lo llamas se marchará de la ciudad dentro de un mes o dos y todo quedará olvidado.

—Cuanto antes se vaya, mejor —dijo Carlisle—. El otro día encontré correo ilegal en su buzón. No puedes fiarte de un hombre así —dijo mientras empezaba a bajar las escaleras—. Ah, me olvidaba de darte esto —le pasó a Libby un papel—. Tienes un paquete en la oficina. Si quieres, pago los gastos de envío y te lo traigo cuando termine mi turno.

—No, yo me ocuparé de ello. No es más que un libro de cocina que pedí. Gracias por tu preocupación, Carlisle. Será mejor que vuelvas al trabajo. No quiero que por mí dejes de cumplir con tu horario.

Carlisle se echó la saca al hombro y se apresuró a continuar con su trabajo. Libby suspiró y se metió en casa. Su amiga la esperaba en la cocina.

—Santo cielo —dijo entre dientes—. Creo que toda esa pasta que comió Carlisle en el colegio le ha afectado el cerebro.

—Está preocupado por los rumores.

—O tal vez seas tú la que le tienes afectado —se burló Sarah.

—Acaba de invitarme a salir. Cree que sería bueno si la gente me viera en compañía de un empleado de correos —Libby se sentó en una silla—. ¿Y sabes lo peor? Pues que, por un momento, he pensado incluso en aceptar.

—¿Y salir con Carlisle Whitby?

—No está tan mal. Es bajo y un poco calvo y sigue viviendo en casa con su madre, pero aparte de eso es agradable.

—Y, después de todo, no tienes ningún otro plan a la vista.

—Te lo digo en serio, ¿en qué se está convirtiendo mi vida? —dijo Libby.

—Debes elegir —empezó a decir Sarah— entre tomar el camino seguro con Carlisle o...

—¿O arriesgarlo todo con un tipo como Trey?

—terminó de decir Libby. —Pensé que no estabas a favor de correr riesgos.

—Bueno, lo he estado pensando. Sé que Trey te hirió en el pasado, pero ahora sois mayores los dos. A lo mejor hasta que no tengas claro lo que sientes por él, no puedas continuar con tu vida. Esto puedes controlarlo, puedes decidir hacia dónde va y hasta dónde quieres que llegue. Y tal vez, si esta vez eres tú la que lo dejas a él, podrás equilibrar un poco la balanza.

—Supongo que podría —murmuró Libby—. ¿Pero no crees que eso es jugar con fuego? Cuando estoy con Trey, me olvido de razonar.

—Entonces debes controlarte —dijo Sarah—, y conseguir que te desee con tus condiciones. Si no puede con eso, entonces aléjate de él.

—Mis condiciones —repitió Libby.

Sarah recogió su plato y lo llevó al fregadero, entonces se secó las manos en un paño.

—Tengo una reunión mañana para repasar el diseño de tu página web para la nueva temporada. ¿Quieres venirte conmigo y ver lo que han planeado? Libby negó con la cabeza.

—No, ahora no quiero pensar en trabajo. Sólo quiero relajarme y considerar mis... opciones.

—No se te olvide que tienes ese viaje a Nueva Orleans el fin de semana que viene. Te van a hospedar en un hotel muy bonito; estarás firmando ejemplares y tendrás la entrevista para la radio aparte de tu seminario. Tengo todo el programa planeado.

—Le echaré un vistazo más tarde —Libby se abanicó con una revista que había en la mesa—. Dicen que esta noche va a llover. A lo mejor podré dormir bien por fin.

Sarah agitó la mano y salió de la cocina, dejando a Libby a solas con sus pensamientos.

Había seducido a Trey con diecisiete años. Debería poder hacerlo mejor toda vez que ya había cumplido unos cuantos más.

Libby se levantó y sacó la carta del cajón que había debajo del microondas. Había pensado en quemarla y así no sentir la tentación de volver a verla. Pero la realidad era que había prácticamente memorizado la carta, los sentimientos que evocaban las bellas palabras.

Suspiró y miró fijamente el sobre. Sí, lo había seducido una vez, pero él no era ya el mismo adolescente que le había hecho el amor

tantos años atrás. Seducir a un hombre tan experimentado en las artes sexuales era un asunto bien distinto. Tendría que darle algo totalmente inesperado, algo que no pudiera olvidar.

Se estremeció al pensar en lo que habían compartido, al pensar en darle a Trey el mismo placer que él le había proporcionado. Libby dobló de nuevo la carta y la metió en el cajón.

Tendría que llevar a cabo su maniobra lo antes posible. Cuanto más esperara, más razones encontraría para retroceder. Pero necesitaba una excusa, algo que le indicara que sus sentimientos habían cambiado desde la última vez que se habían visto a la puerta de la ferretería. Con una sonrisa, Libby abrió la puerta del frigorífico y sacó la tarta de piña que había hecho el día anterior.

Su intención había sido dársela a Trey, ¿así que por qué no usarla? Sacó un recipiente, lo metió en el horno y lo encendió al mínimo. Si la calentaba un poco, pensaría que acababa de prepararla; y quién sabía, tal vez la invitara a compartir un pedazo con ella. ¿Y quién sabía dónde podría conducir un pedazo de tarta y un poco de conversación?

Mientras la tarta se calentaba, Libby corrió a su dormitorio para ponerse un vestido de algodón limpio y su ropa interior más sexy. Si se daba una ducha, tal vez se le enfriara el coraje, de modo que se refrescó un poco la cara y se pasó un paño húmedo por el rostro sudoroso. Entonces se maquilló un poco las pestañas, se pintó los labios y volvió a la cocina.

Colocó la tarta sobre una fuente redonda, la decoró con un poco de nata montada y salió por la puerta trasera. Aspiró hondo y avanzó con resolución hasta llegar al jardín trasero de la vieja casa Sawyer. Era casi la hora de cenar, de modo que seguramente Trey tendría hambre. Podría ofrecerse para prepararle algo de comer antes de ponerse a seducirlo.

—Después de todo, seguramente se me da mejor cocinar que volver loco de deseo a un hombre —dijo Libby entre dientes.

La puerta trasera de la casa estaba abierta, así que Libby entró en la cocina. A diferencia de su casa, la vieja casa Sawyer estaba en un estado lamentable. La cocina era por lo menos de 1920 y todo estaba cubierto de una capa de polvo. Una cocina de leña antigua y una nevera portátil eran las únicas cosas útiles.

—¡Hola! —llamó.

Al momento entró Beau en la cocina. Empezó a dar vueltas alrededor de sus piernas y a golpear el suelo con la cola.

—Lo siento, hoy no hay galletas —le dijo Libby.

La entrada de Beau fue seguida inmediatamente de la de Trey, que se quedó de piedra cuando la vio.

—Hola —dijo Trey.

Llevaba unos pantalones cortos y sandalias deportivas, pero esa vez

tenía el torso desnudo, y cubierto de la misma capa de polvo que cubría el resto de la casa. Tenía los brazos y las piernas largos y fuertes y las caderas muy estrechas.

Libby tragó saliva con dificultad. Notó que se le aceleraba el pulso y que se le quedaba la garganta seca, impidiéndole hablar correctamente. De haber sido más valiente, habría ido directamente a él y lo habría abrazado, pero tenía miedo de su reacción.

—Pensé que ya era hora de que te trajera la tarta que me pediste.

Él se volvió, claramente tenso.

—Y yo que pensaba que no querías saber nada más de mí. ¿Y ahora me traes una tarta? Te contradices un poco, ¿no, Libby?

—Siento lo de ayer. No debería haber pagado mis frustraciones contigo. Sé que no dijiste nada. —No soy de los que va por ahí contando mi vida.

Libby sonrió con pesar, preguntándose cómo convencerlo para que se acercara otra vez a ella. Se fijó en sus dedos y se estremeció sólo de pensar en lo que él le había hecho esa noche en su dormitorio.

—Ésa es una política muy acertada, sobre todo en Belfort.

Se quedaron unos momentos en silencio. ¡A la porra la tarta!

En ese momento estaba lista para olvidarse del pastel y echarse a sus brazos.

—¿Es que no la quieres? —le preguntó Libby.

—Creo que tú sabes lo que quiero —dijo Trey sin dejar de mirarla.

Libby tragó saliva de nuevo. Si estaba esperando la frase adecuada, ésa era perfecta. Así que se dio la vuelta y dejó la tarta sobre la mesa.

—Sé lo que quieres —murmuró.

Pero cuando se volvió hacia él, él parecía observar con mucho interés un plano que había encima de la mesa de la cocina.

—Mira, me encantaría charlar, pero tengo mucho trabajo por delante. Tengo a los escayolistas tirando todo el comedor y al fontanero en el cuarto de baño del piso de arriba. Seguramente será mejor que te vayas antes de que entre alguno buscándome, o seremos de nuevo el blanco de los rumores.

Libby sintió la rabia que nacía en su interior. Así que eso era lo que quería; una batalla por el control. Aunque parecía tan frío y distante, cuando Libby lo miró a los ojos, vio la verdad allí reflejada: Trey la deseaba tanto como ella a él; su mirada no mentía.

Él le miró los labios, y ella supo que estaba pensando en besarla. Libby se pasó la lengua despacio por el labio inferior, invitándolo a ceder a la tentación.

—Y no querríamos eso —dijo ella.

Él frunció el ceño y maldijo entre dientes.

—Será mejor que te marches.

Y con eso, Trey se dio la vuelta y salió de la habitación, dejando a

Libby preguntándose si tenía siquiera alguna oportunidad de controlar la situación con Trey. Mientras utilizaran el sexo como arma, uno de ellos iba a perder. Sólo que no quería ser ella.

—No ha sido buena idea traerle la tarta —murmuró mientras salía de la casa—. He venido en mal momento, además. Y seguramente podría haberme puesto algo más sexy.

Toda aquella seducción iba a costarle más planificación de la que había pensado. Frunció el ceño. Trey había conseguido su objetivo con mucha más facilidad. ¿Por qué a ella le resultaba tan difícil?

—Parece que el electricista ha hecho un buen trabajo —le dijo Wiley Boone—. Eso te lo puedo asegurar, pero necesitas llamar otra vez al fontanero.

—El del aire acondicionado vendrá la semana que viene, así que tendrás que venir a inspeccionar el trabajo.

—¿Estás seguro de que quieres gastarte tanto dinero en una casa que luego vas a vender? ¿No era ese tu plan?

Trey se apoyó en la encimera de la cocina y se cruzó de brazos. Ésa era la pregunta que se había estado haciendo todos esos días. ¿Era ése su plan, y no sólo en lo referente a la casa, sino también a Libby Parrish? Después de lo que había protestado, había aparecido de nuevo a la puerta de su casa, tarta en mano, dispuesta a hacer las paces.

Pero había visto lo que se ocultaba más allá de aquella fachada platónica. Había querido que él la besara otra vez, que la abrazara y que la acariciara de arriba abajo. Ese juego al que estaban jugando estaba diseñado para volverlo loco, y a no ser que ella se rindiera totalmente, él no iba a hacerlo.

—Supongo que aumentará el valor de la casa —continuó Wiley.

—Y hará más cómoda mi estancia aquí —añadió Trey.

El perito asintió.

—Sí, por esta zona el ambiente se pone muy caluroso —Wiley se fijó en algo que había en la mesa, a la derecha de Trey—. Esa tarta tiene muy buena pinta. Y es de piña, una de mis favoritas. ¿Es una de las de Libby Parrish? Porque he oído que ella y tú estáis ya horneando tartas juntos.

Trey se preguntó si sería ese un eufemismo de Belfort para referirse al sexo.

—Me gustaría saber dónde se inició ese rumor.

—Ni idea —respondió Wiley sin dejar de mirar la tarta—. ¿Has pensado comértela, o vas a dejarla ahí para que se seque?

—¿Te apetece un pedazo? —le ofreció Trey.

—¿No te importa?

Buscaron un cuchillo. Trey le cortó un buen pedazo y se lo puso en un plato al inspector.

—¿Entonces volverás la semana próxima?

—Esa Libby Parrish prepara una tarta de rechupete. Te lo digo, será una estupenda esposa. Y no tengo que decir que me gustaría ser ese hombre afortunado.

—¿Habéis salido Libby y tú? —le preguntó Trey.

—No. Pero estoy pensando en pedirle salir. ¿Crees que saldría conmigo? —le preguntó Wiley.

Trey no estaba seguro de qué decir. Desde luego no estaba en posición de animar a Wiley, pero también estaba bastante seguro de que Libby no aceptaría. Se limitó a encogerse de hombros, acompañó a Wiley a la puerta y le estrechó la mano al despedirse de él.

De vuelta al salón, Trey se pasó la mano por la cabeza cubierta de polvo. En ese momento, le apetecía darse un buen chapuzón en el río. Sacó una cerveza de la nevera y se encaminó hacia la puerta trasera, desabotonándose la camisa mientras caminaba. Pero al ver a Libby en el porche y a su perro sentado a sus pies se quedó inmóvil.

—Tu perro se ha metido otra vez en mi rosaleda.

Trey no debería haberse sorprendido al verla, pero fue su apariencia lo que lo cautivó. Llevaba un ceñido vestido negro que más bien parecía una combinación de seda. Era bastante corto y de escote pronunciado, dejando más al descubierto de lo que Libby normalmente enseñaba. Y el pelo, que normalmente lo llevaba recogido, se lo había dejado suelto sobre los hombros.

Trey abrió la boca para decirle algo; no pensaba dejarse embaucar para seguir con ese juego. Pero Libby negó con la cabeza y se llevó el índice a los labios.

—No digas nada —murmuró—. Si dices algo, me marcharé.

Él siguió mirándola fijamente mientras ella subía las escaleras. Llevaba un fular de seda que le rozaba las piernas, y Trey encogió los dedos mientras se imaginaba quitándole el vestido de una vez para dejar al descubierto su cuerpo desnudo.

—He intentado saber de qué vas, Trey Marbury —murmuró Libby mientras empezaba a dar una vuelta alrededor de él, rozándole con su cuerpo al pasar—. Me pregunto por qué has vuelto a la ciudad y por qué has decidido comprar esta casa. Y por qué estabas tan empeñado en seducirme. Y sobre todo, por qué me escribiste esa carta.

Trey frunció el ceño. No sabía a qué carta se refería; tal vez a una de las seis que le había enviado años atrás. Pero no sintió necesidad de preguntarle en ese momento.

Ella le echó el fular al hombro y se lo deslizó por el cuello.

—Pero entonces me di cuenta de que no importaba —continuó ella —. Tú mismo lo dijiste el otro día. Ya somos adultos.

Deberíamos poder hacernos con una atracción puramente física.

Esa vez pasó por detrás de él y le rozó el trasero con la mano; y

cuando terminó de dar la vuelta le pasó la mano por la entrepierna, deteniéndose unos segundos antes de continuar.

Trey ahogó un gemido. Si estaba empeñada en torturarlo, entonces había empezado bien. Sintió que se excitaba, que su erección empezaba a apuntar bajo la tela de los pantalones cortos.

—He decidido que tal vez haya exagerado antes. Lo reconozco, no he podido dejar de pensar en esa noche cuando subiste a mi dormitorio. Y dado que nos deseamos mutuamente, creo que ambos podemos obtener lo que queremos —lo miró con sus grandes ojos verdes—. ¿No estás de acuerdo?

Trey asintió.

Esa vez mientras daba otra vuelta a su alrededor iba arrastrándole el fular por los pies. Le agarró de una mano al pasar y le enganchó el fular a la muñeca. Trey se echó a reír cuando vio que ella le agarraba del otro brazo y le ataba las manos a la espalda.

—Supongo que te estarás preguntando por qué te estoy haciendo esto —lo empujó suavemente contra la balaustrada del porche y entonces ató los dos extremos del fular a la madera—. Creo que esta noche deberíamos centrarnos en tu placer. Es lo que quieres, ¿verdad?

No se le ocurría nada que objetar, de modo que Trey se encogió de hombros. Sí, satisfaría su hambre, pero encontraría el modo de soltarse y de devolverle el favor antes de perder totalmente el control.

Bajó la vista y observó cómo Libby le desabotonaba la camisa tan despacio, que convirtió el gesto cotidiano en uno lleno de erotismo. Cuando Libby terminó, le retiró la camisa de los hombros y se la bajó hasta las muñecas, dejándole el torso desnudo.

Libby le acarició el pecho con las puntas de los dedos, y Trey se estremeció sin poder evitarlo. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para deleitarse con las sensaciones que le provocaban sus caricias. El movimiento pausado de sus caricias lo estimulaba, y Trey se dio cuenta de que deseaba más. Pero estaba claro que Libby no se iba a apresurar; iba a tomarse su tiempo para seducirlo.

Cuando ella empezó a besarlo en el pecho, Trey abrió los ojos y la miró. Aspiró hondo y le llegó el aroma de su pelo. Anhelaba capturar sus labios, saborearlos a placer, robarle un beso. Pero Libby comenzó a lamerle el pezón, rodeándoselo con la punta de la lengua para provocarlo hasta que se le puso duro.

Trey gimió sin remedio mientras ella continuaba desplegando sus artes de seductora.

¿Cómo era posible que ningún hombre hubiera sido capaz de ganarse su corazón? Libby era dulce, sexy e inteligente; todo lo que un hombre podría desear en una mujer. De momento, ella había decidido dedicarle su afecto, y él no iba a cuestionar su buena suerte.

Sin dejar de besarle el pecho, empezó a introducirle los dedos con

provocación bajo la cinturilla de los pantalones cortos. Entonces, sin más preámbulo, empezó a acariciarle el miembro a través de la fina tela del pantalón.

—Me estás volviendo loco —murmuró él.

—Se supone que no debes hablar.

—Si me besas, me callaré —le ofreció Trey—. Te lo prometo.

Ella lo miró y le sonrió. Al fijarse Trey en la belleza de su rostro se estremeció de deseo. Libby fue subiendo lentamente hasta llegar a los labios, que besó y provocó con su lengua, gozando sin parar de su boca. Ella se había convertido en la agresora, y a Trey la nueva dinámica le parecía muy estimulante.

La cabeza le daba vueltas mientras se hundía en el beso. ¿Cómo diablos se suponía que iba a durar? Tenía suerte de que le hubiera atado las manos a la espalda, porque sólo de pensar en acariciarla pensaba que podría perder el control.

—¿Es así tal vez alguna de tus fantasías? —murmuró ella mientras volvía a besarlo en el pecho.

—Esto es mejor que cualquier fantasía que haya podido tener jamás —le contestó Trey.

Cuando ella le deslizó la mano hasta la cinturilla del pantalón,

Trey aspiró con fuerza. Jamás lo habían seducido de ese modo, ya que él nunca había permitido que ninguna mujer tuviera tal control sobre sus deseos. Pero Libby lo estaba haciendo, y él se sentía feliz de dejarla hacer y de poder ver hasta dónde llegarían.

Momentos después, notó que ella le bajaba los pantalones muy despacio, para seguidamente hacer lo mismo con los bóxers que llevaba debajo. No tenía que discurrir mucho para averiguar qué vendría después. Cuando los labios de Libby rodearon su miembro, Trey dejó de pensar.

Muy despacio, Libby empezó a moverse, prodigándole caricias con los labios y la lengua y retirándose de vez en cuando para volver a darle placer una y otra vez, consiguiendo así que Trey se estremeciera violentamente. Tuvo que cerrar los ojos porque no podía mirarla.

Un par de veces estuvo a punto de dejarse llevar; pero Trey se retiró a tiempo, deseoso de disfrutar del momento un poco más, sabiendo que si se dejaba llevar pondría fin a aquella dulce tortura.

Lo provocaba con la lengua, que le deslizaba con dulzura desde la base del miembro hasta la punta, donde se regodeaba con deleite. El corazón empezó a latirle con fuerza y su respiración se volvió entrecortada. Murmuró su nombre, pero no fue suficiente. Necesitaba soltarse, hundir sus manos entre sus cabellos, obligarla a aminorar el paso para no acabar demasiado deprisa. Pero en lugar de eso se vio obligado a concentrarse en un solo punto de contacto entre los dos.

Y entonces ella se levantó de nuevo y empezaron a besarse, sin

dejar de acariciarlo entre las piernas. Él asaltó sus labios y la besó apasionadamente, bebiéndose su sabor como un hombre sediento. Sin despegarse de él, Libby aceleró los movimientos de su mano sobre el sexo de Trey. Él le hundía la lengua en la boca mientras imaginaba que la penetraba, que se movía dentro de ella.

Momentos después, Trey explotó en su mano. El orgasmo le hizo estremecerse, y ella aminoró la velocidad de sus caricias, besándolo en el cuello mientras lo llevaba a los confines del placer. Trey se estremecía y gemía con deleite, tremendamente sensible tras alcanzar el clímax.

—¿Qué quieres ahora, dímelo? —murmuró Libby, mientras le pasaba la mano por el vientre mojado.

—Quiero hacer el amor contigo —le susurró al oído—. Pero no creo que pueda.

Libby retrocedió un poco y lo miró a la cara.

—¿Por qué no? ¿Es que te he dejado sin fuerzas?

Él sonrió.

—Estoy listo para hacerlo una o dos veces más —contestó él—. Pero no tengo preservativos.

—¿Y qué pasa con los de...?

—No los compré al final. Si los compro aquí, todo el mundo va a saber lo que hacemos. Creo que voy a tener que ir a Savannah o a Charleston para evitar comentarios.

—Entonces será mejor que me llames a la vuelta —le sugirió Libby, que lo besó antes de retirarse despacio hacia las escaleras— . Nos veremos, Trey Marbury.

—Si me desatas, te invito a tomar un pedazo de tarta. Tengo una buenísima.

—No me apetece —dijo Libby.

Trey no quería que se marchara.

—Mañana voy a Savannah a cerrar un trato. ¿Por qué no te vienes conmigo? —le sugirió Trey.

—Creo que puedes comprar los preservativos tú solo.

—Podríamos salir de Belfort y pasar unas horas juntos, sin que nadie hable de nosotros. Podemos almorzar allí y después dar un paseo en calesa o por el muelle.

—No puedo —dijo Libby en tono burlón.

—¿No puedes o no quieres?

—¿Importa acaso?

—Vamos a tener que hablar de esto antes o después, Libby. No va a desaparecer así como así.

—Oh, se nos pasará —murmuró.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Cuando te vayas.

Y dicho eso, se dio la vuelta y cruzó el césped a toda prisa.

Momentos después, su figura esbelta desaparecía tras el seto de azaleas. Trey cerró los ojos y echó la cabeza para atrás mientras aspiraba el aire húmedo de la noche. Todo aquello le parecía un sueño, un alucinación destinada a volverle loco.

Le llevó unos minutos desatar los nudos, y cuando lo consiguió se colocó bien los bóxers y los pantalones. Había conocido a muchas mujeres, pero jamás a ninguna tan misteriosa como Lisbeth Parrish.

Se llevó el fular a la nariz y aspiró el perfume que impregnaba la seda. Entro sonriendo en la casa. Aunque tenía su vida en Chicago, de pronto estaba encantado de estar en Belfort. Había cosas allí que sin duda un hombre no podría encontrar en ningún otro lugar del mundo: las mejores galletas, una preciosa casa antigua llena de detalles arquitectónicos y, sobre todo, una mujer que lo excitaba con una simple sonrisa.

Capítulo 5

—¿Con quién dices que vas a salir?

—Ya me has oído, Sarah —dijo Libby—. Tengo una cita con Carlisle Whitby. Lo llamé esta mañana y acepté su oferta.

—No puedo creerlo —dijo Sarah mientras se pasaba la mano por su melena rojiza—. ¿Vas a dejar de lado a un tipo como Marbury para salir con un bobo como Carlisle? Si sales con él, perderás la oportunidad de salir con un tipo normal en Belfort.

—Aquí no hay tipos normales —Libby se levantó de la butaca de mimbre del porche y recogió su vaso vacío—. ¿Es que no lo ves? Es el plan perfecto. Si salgo con Carlisle, desviaré los rumores. Y eso es todo lo que pretendo hacer.

—¿Por qué te importan tanto los rumores? —le preguntó Sarah.

—Será mejor que te diga la verdad. He decidido mantener una relación puramente sexual con Trey. Y no quiero que nadie especule acerca de los detalles.

—¿Lib, estás segura de que tienes todo esto bajo control? Porque me parece que no sabes lo que haces. Sé lo romántica que eres. ¿Cómo puedes mostrarte tan despreocupada con este tema?

—Porque sé que Trey se va a marchar. Y sé que no es el tipo de hombre que querría quedarse aquí en Belfort para casarse conmigo y tener niños. Así que es muy sencillo. Por una vez voy a ver el lado práctico y tomarme esta relación por lo que verdaderamente es, una emocionante relación sexual que dentro de poco llegará a su fin.

Sarah fijó la vista en su vaso vacío mientras reflexionaba sobre las palabras de Libby.

—No sé por qué, pero no me parece tan sencillo como tú lo pintas.

Libby se acercó a su amiga y le dio la mano.

—No tienes por qué preocuparte, Sarah.

—Nunca voy a dejar de preocuparme por ti, Libby. Somos amigas desde hace demasiado tiempo —se levantó de la silla y dejó su vaso sobre la mesa—. Tengo que irme. Mis padres me han invitado a cenar esta noche y se supone que tengo que llevar el postre. No tendrás una tarta en el frigorífico, ¿no?

—Hay una tarta de nueces al bourbon en el congelador. Métela en el horno a temperatura mínima cuando se sirva la cena, y cuando terminéis de comer la tendrás lista.

—Gracias —le dijo Sarah—. Nos vemos. Y compórtate esta noche. No me gustaría tener que empezar a acallar los rumores sobre Carlisle

y tú. No le dejes que te seduzca con su parloteo de cartero.

Libby se echó a reír.

—No lo haré.

Libby suspiró apaciblemente mientras contemplaba el verdor de su jardín. El perfume de las rosas impregnaba el aire, y Libby cerró los ojos y sonrió. Una imagen de Trey, desnudo y excitado, apareció en su mente, y Libby se deleitó rememorando el momento. No le cabía duda alguna de que pronto estarían de nuevo juntos. Una vez que había tomado la decisión, el resto le parecía bastante sencillo.

—Hola.

Abrió los ojos y vio al objeto de su deseo de pie en las escaleras traseras del porche, como si lo hubiera llamado con el pensamiento. Iba vestido con una camisa blanca y unos pantalones de vestir; aunque se había aflojado la corbata aún estaba muy bien peinado. —Has vuelto— dijo ella.

—Sí —subió las escaleras despacio—. Quería devolverte esto —le dijo Trey, que en ese momento le pasó el fular que había escondido detrás de él.

Libby se puso colorada mientras aceptaba la prenda.

—Ya veo que conseguiste soltarte.

—Sí. Wiley Boone me desató esta mañana cuando se pasó para dejarme otro permiso de obras.

Libby abrió los ojos como platos.

—¿Pasaste la noche...?

—No —contestó Trey—. Pero la próxima vez que me ates, sería agradable que me desataras después —hizo una pausa y esbozó una sonrisa pícara—. ¿Y tienes planeado atarme de nuevo, Libby?

Ella se encogió de hombros, complacida con el desafío que percibía en su voz.

—No estoy segura. ¿Te gustó que te atara?

—Oh, sí —contestó Trey—. En realidad, puedes hacerlo cada vez que quieras si es para hacer que me sienta así de bien.

Libby se sonrojó aún más.

—Me alegra que te gustara.

Trey terminó de subir las escaleras y se apoyó contra la balaustrada que tenía delante; cruzó sus piernas largas y apoyó las manos a ambos lados. Había veces en las que Libby no podía mirarlo y respirar al mismo tiempo. Era con mucho el hombre más sexy que había conocido en su vida. Tenía un encanto natural, esa manera tan suya de hacerle sentir que ella era la mujer más sexy del mundo.

—Sabes, lo de ir a la ciudad lo decía en serio. ¿Por qué no vamos a Savannah esta noche? Podríamos ir al cine, salir a cenar y meternos en un hotel elegante.

—Acabas de volver de Savannah.

—Pues vayamos a Charleston.

Aunque Libby sintió la tentación de aceptar su oferta, sus planes con Carlisle eran más importantes para el futuro de su relación con Trey.

—No puedo. Esta noche no.

Él se echó a reír.

—¿Por qué? ¿Tienes una cita?

Libby dejó de sonreír.

—Pues sí, tengo una cita.

Él asintió despacio, como si intentara ocultar su reacción tras un rostro inexpresivo.

—Una cita. Bueno, eso es muy interesante. ¿Y quién te va a invitar a salir?

—Carlisle Whitby.

Trey soltó un gemido entrecortado y se echó a reír.

—¿El cartero?

—Sí. ¿Estás celoso?

Trey se encogió de hombros.

—No. Caramba, si Carlisle es tu tipo, no puedo competir. Tiene su saco, ese bonito uniforme y ese carrito con el volante al lado contrario. No tengo nada que hacer con un hombre así.

—No es mi tipo —dijo Libby—. Y sólo voy a salir con él porque espero que esta salida ponga fin a los rumores que circulan sobre nosotros por toda la ciudad. Y sólo voy a cenar en Tarrington's.

Trey le agarró las manos y tiró de ella para ponerla de pie. —Olvida los rumores. De todos modos, sólo son especulaciones —inclinó la cabeza y la besó en los labios—. Llama a Carlisle y dile que has cambiado de idea. Saldremos y nos lo pasaremos bien —la besó en el cuello—. Te dejaré que me ates otra vez. O, si tú quieres, te ataré yo.

—¡No! —dijo Libby, librándose de él—. Esta noche no.

Él frunció el ceño y la miró a la cara, buscando en su expresión alguna pista que explicara su reacción.

—Pensé que habíamos pasado esta fase. Me deseas y yo a ti. Es muy simple.

—Y así es como quiero que continúe. Que sea algo simple —dijo Libby—. Y que quede entre nosotros.

—Bien —respondió Trey—. La próxima vez que quieras estar conmigo, escríbeme otra carta —y dicho eso se dio la vuelta y bajó las escaleras.

Libby se quedó boquiabierta. ¿Otra carta? ¡Pero qué se había creído ese cretino! Eso era lo que había hecho hacía doce años y sólo le había causado pesar. Le había robado el corazón, y ahora hacía lo posible para volver a hacerlo. Pero no iba a permitírselo.

Tal vez Sarah tuviera razón. Lo que parecía un plan tan sencillo de

pronto se había vuelto complicado. Si sabía lo que le convenía, aprendería a aceptar la vida que había llevado antes de que Trey hubiera aparecido de nuevo.

Pero toda vez que había experimentado un poco de emoción, resultaba muy duro volver a la rutina anterior.

Trey se sentó en un taburete junto a la barra y pidió un whisky solo al camarero de Tarrington's. Miró a su alrededor a los demás clientes mientras pensaba si dejar o no el dinero en la barra y marcharse. Participar en el estúpido plan de Libby le llevaba a reconocer que tenía sentimientos profundos hacia ella. Allí estaba él, listo para interrumpir su cita con otro hombre, sencillamente porque el hecho de compartir a Libby con otro, aunque fuera Carlisle Whitby, le resultaba del todo insoportable.

Si los comentarios de los habitantes de Belfort iban a relacionar a Libby con algún hombre, ese hombre quería ser él.

—No te he visto antes por aquí.

Trey miró a su izquierda y vio a una mujer sentada en el taburete de al lado.

—Es la primera vez que vengo a este local.

—¿Quiere decir eso que eres nuevo en la ciudad? —le preguntó ella.

—Podríamos decirlo así.

—Me llamo Lila. Yo no soy de por aquí.

La mujer le tendió una mano de uñas cuidadosamente arregladas.

—Encantado de saludarte, Lila. Me llamo Trey.

Sonrió, tomó su vaso y dio un sorbo. Había conocido a unas cuantas mujeres como Lila en el pasado, mujeres que se pasaban horas en el gimnasio y en el salón de belleza, y que sin embargo aparentaban más edad de la que tenían. Su sonrisa, sus modales, incluso su acento sensual estaban hechos para provocar. Esa noche había elegido dirigir sus encantos hacia Trey, y éste agradecía la distracción.

—¿Estás solo?

—Ya no —le respondió él.

Le hizo una seña al camarero y le pidió una copa a Lila. Tras unos minutos de charla sobre temas triviales, a Trey le quedó claro que Lila buscaba algo más que conversación. Enseguida ella le puso la mano en el muslo y le frotó la pierna provocativamente.

—¿Por qué no vamos a algún sitio más tranquilo? —le sugirió ella.

—La verdad es que me gustaría cenar algo —contestó Trey.

Aunque quería marcharse, no estaba dispuesto a hacerlo con Lila. Y si la gente lo viera pasando la velada con esa mujer a lo mejor

contribuiría positivamente al ridículo plan de Libby de acallar los rumores que sobre ellos dos circulaban.

—Comeremos antes de irnos.

La mujer apuró la copa de vino, se bajó del taburete y lo agarró de un brazo. Cuando iban cruzando el vestíbulo en dirección al comedor, la puerta del restaurante se abrió y apareció Libby.

Al verlo allí, ella se quedó helada. Carlisle, que entraba detrás, se precipitó sobre ella sin querer cuando la puerta le pegó en el trasero. Libby miraba a Trey y a Lila sin dar crédito a sus ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le dijo en tono bajo y molesto.

—He oído que este es un buen sito para comer. Se me ocurrió venir a ver si era cierto. Libby, esta es Lila. Lila, esta es mi vecina, Libby Parrish —Trey se adelantó y le dio la mano a Carlisle—. Hola, Carlisle. ¿Qué tal el negocio de las cartas?

—Hola —contestó Carlisle con un brillo de desconfianza en la mirada.

De pronto el bar se quedó en silencio y los clientes se volvieron a mirar al grupo.

—¿Y ya que nos hemos encontrado, por qué no cenamos juntos?

—Sugirió Trey. —Carlisle, a ti no te importaría, ¿verdad? Lila no es de aquí y no conoce a mucha gente. Estoy seguro de que estaría encantada de conocer a gente nueva.

—Bueno, yo...

—Estupendo —dijo Trey—. Busquemos una mesa.

Se sonrió al pasar junto a Libby. Trey le puso la mano en la cintura y condujo a Lila hacia el comedor. La jefe de sala los acompañó a una mesa que había junto a las ventanas, y Trey le retiró la silla a Lila para que se sentara. Libby esperó a que Carlisle hiciera lo mismo, y cuando no lo hizo, Trey lo hizo por él.

Pero en cuanto Libby se sentó, volvió a levantarse como movida por un resorte, sin soltar el bolso que llevaba en la mano.

—Si me excusáis, ahora mismo vuelvo —salió apresuradamente del comedor, pero antes volvió la cabeza un momento y le dirigió a Trey una mirada desesperada.

—Voy por otra copa —dijo Trey—. ¿Os apetece algo más?

Trey corrió detrás de Libby sin esperar a que los otros le respondieran.

Se encontraron delante del baño de señoras, donde Libby estaba paseándose de un lado al otro del pequeño pasillo. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

—¿Qué te parece que estás haciendo? —le preguntó ella—. ¿Y quién es esa mujer que te acompaña?

—Se llama Lila. Acabo de conocerla en el bar, pero no es de por aquí.

—Es muy simpática, estoy segura. ¡Le has puesto la mano en el trasero!

—Lo he hecho por nosotros —dijo Trey en voz baja—. Si me ven con Lila y a ti con Carlisle, entonces tu plan funcionará. ¿Y por cierto, qué tal va tu plan?

—Muy bien —contestó Libby—. Pero de verdad no creo que sea necesario que participes.

—¿Por qué no? Si tú te diviertes, yo también debería divertirme, ¿no te parece?

—¿Divertirte? ¿Es eso lo que quieres?

Libby maldijo entre dientes mientras empujaba la puerta del baño. Trey consiguió colarse antes de que se cerrara.

—No estarás enfadada, ¿verdad?

—Sal del baño ahora mismo. ¡Estás montando un espectáculo! Él miró a su alrededor.

—Aquí no hay nadie más que nosotros, Libby. ¿Quién nos va a ver?

—Lo has hecho a propósito. Estás celoso de Carlisle y te ha molestado que no cancelara la cita con él, así que viniste a fastidiarnos la noche —dijo Libby.

—No —dijo Trey mientras la arrinconaba contra el lavabo.

Con un movimiento ágil, la agarró por la cintura y la sentó sobre el tocador.

—He venido a tomarme una copa. Pero ahora que estoy aquí, haré lo posible para fastidiaros la velada —Trey le agarró de la barbilla y acercó sus labios a los suyos—. Porque sé que preferirías pasar la noche conmigo.

—No te atrevas a besarme —le advirtió.

—Tengo que hacerlo —le dijo Trey segundos antes de rozarle los labios con los suyos; al mismo tiempo le deslizaba las manos por los muslos—. Y creo que tú también tienes que besarme.

Trey no estuvo seguro del rato que pasaron besándose y acariciándose, pero la verdad era que ya no le importaba. Así que, cuando se abrió la puerta, ninguno de ellos la oyó. Pero sí que oyeron la reprimenda que siguió.

—¡Santo cielo, esto es un servicio de señoras, no un burdel!

Libby aspiró hondo, se apartó un poco de Trey y miró hacia la puerta mientras intentaba colocarse bien la ropa y atusarse el cabello.

—¿Lisbeth Parrish, eres tú? —preguntó la señora horrorizada—. ¿Y quién está contigo?

Trey asintió y sonrió.

—Trey Marbury. Encantado de saludarla —agitó la mano en dirección a la señora—. Si nos concede unos minutos, le dejaremos el baño libre.

Para alivio suyo, la mujer salió de nuevo, dándoles así la oportunidad de arreglarse un poco. Trey ayudó a Libby a abotonarse la camisa y le pasó las manos por el pelo despeinado. Tenía la cara sonrosada y jadeaba levemente.

—No he oído la puerta —murmuró.

—¿Sabes quién era esa? —dijo Libby mientras se apartaba de él—. Charlotte Villiers, la cotilla más empedernida de toda la ciudad. Gracias a ti, todo Belfort sabrá mañana que nos ha encontrado medio desnudos en el lavabo de señoras del Tarrington's. Espero que estés contento.

Trey se encogió de hombros.

—No estoy contento de que hayamos tenido que dejarlo. Pero tal vez sea para bien. La verdad es que no es el lugar idóneo para...

—¿Y sabes de un lugar mejor? ¿Por qué no lo hacemos en plena calle Center e invitamos a toda la ciudad? Yo vivo aquí, Trey, tú no. ¿Cómo crees que me siento sabiendo que la gente está hablando de mí?

Intentó agarrarla de la cintura, pero Libby lo apartó de un empujón y fue hacia la puerta.

—Vete a casa —le ordenó—. Hablaremos más tarde.

—¿Y Lila?

—Tal vez deberías llevártela contigo si es lo que quieres.

Empujó la puerta y salió.

Trey se volvió hacia el espejo y estudió un momento su reflejo. Debería haber estado contento de haberse encontrado con una mujer dispuesta como Lila, una mujer que claramente estaba interesada en el placer. Pero Libby tenía algo que le resultaba irresistible. Desde que había vuelto a verla, las demás mujeres no le interesaban. Abrió el grifo y se lavó la cara con agua fría, esperando con paciencia que se calmara su deseo.

Cuando Trey salió del servicio de señoras, Charlotte Villiers estaba esperando para entrar. Él le dedicó una de sus sonrisas más encantadoras y ella no pudo resistirse a devolvérsela.

—Creo que me estoy enamorando de ella —le susurró Trey—. ¿Qué le parece? ¿Cree que tengo algo que hacer?

—Podrías buscar un sitio mejor para hacerle la corte que el lavado de un restaurante —le sugirió Charlotte.

Él se echó a reír y echó a andar por el pasillo. Maldita sea, si la gente quería hablar, que especularan sobre su romance. Porque ya no se trataba de algo sexual. Empezaba a creer firmemente que Libby y él estaban hechos el uno para el otro.

Libby conocía el camino de memoria. Podría recorrerlo con los

ojos cerrados o de noche y de todos modos abrirse paso entre los matorrales espesos y árboles. Cuando salió al claro, aspiró hondo. Los mosquitos zumbaban a su alrededor y los espantó dando manotazos mientras se quitaba el vestido y las sandalias.

El agua estaba fresca comparada con la temperatura ambiente. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para mojarse el pelo. Lo único que quería era que el agua se llevara cualquier pensamiento de Trey. Se puso boca arriba y se quedó flotando, contemplando las estrellas.

Unas semanas atrás, había deseado más emoción en su vida, y de pronto parecía como si tuviera demasiada. Desde que Trey había vuelto a Belfort, su vida se había vuelto del revés. ¿Cómo era posible que siguiera deseándolo después de tantos años?

Había habido veces en que el mero hecho de pensar en Trey le había provocado malestar. Pero en el presente la cosa era distinta.

Le gustaba ver el interés que Trey mostraba por ella, saber que la deseaba tanto como ella a él. Tal vez ése fuera su destino. Conseguiría que se enamorara de ella; de ese modo la balanza se equilibraría y su vida tendría de nuevo sentido. Y a lo mejor eso podría borrar el dolor del pasado.

Aunque Libby no podía negar que tenía sentimientos hacia él. Los celos que había sentido cuando lo había visto con esa tal Lila eran prueba suficiente de ello. Sólo de imaginárselo tocando a otra se ponía histérica.

—¿Qué tal está el agua?

Libby emitió un gritito y se metió hasta el cuello. No tenía que darse la vuelta para saber que él estaba de pie a la orilla.

—Márchate, Trey. ¿No has armado ya bastante jaleo esta noche?

—No el suficiente —dijo Trey—. En realidad, quiero armar más ahora que te he encontrado. Ella se metió más adentro.

—¿Qué pasó cuando Lila y tú os marchasteis? Parecía lista para meterse en la cama contigo. ¿Por qué no estás seduciéndola en lugar de estar aquí molestándome?

—Vamos Libby —dijo con su voz profunda—. Sabes que tú eres la única con la que quiero estar. Si necesitas que lo diga en voz alta, aquí lo tienes —empezó a desabotonarse la camisa—. Sólo tengo ojos para Libby Parrish...

—No irás a meterte en el agua.

—Creo que sí.

—De eso nada. Eso sería allanamiento de morada. Ésta es propiedad Parrish, así que tengo derecho a pedirte que te marches.

—Puedes pedírmelo, cariño, pero en realidad no quieres que me vaya —se quitó la camisa y empezó con los pantalones—. Estás desnuda, ¿verdad? Detestaría llegar hasta donde estás y comprobar

que llevas algo puesto.

Libby lo observó mientras se quitaba los bóxers y se disponía a meterse en el agua. No veía demasiado bien en la oscuridad, pero distinguió su cuerpo musculoso. Lo había visto medio desnudo, pero en ese momento, sin una sola prenda de ropa, a Libby se le antojó mucho más peligroso, y por supuesto más irresistible.

Sintió una oleada de deseo que le calentaba las entrañas. A medida que pasaban los días su necesidad había ido en aumento, y lo que más deseaba era tocarlo y que él la tocara, que la acariciara por todas partes, que le hiciera el amor como si dispusieran de todo el tiempo del mundo.

—Estoy enfadada contigo. Déjame —le dijo Libby cuando él se acercó a ella y le salpicó un poco en la cara.

—Vamos, Libby, siento haber fastidiado la velada. Pero tienes que reconocer que salir con Carlisle ha sido la tontería más grande que podría habérsete ocurrido.

—Habría funcionado de no haber llegado tú. Charlotte Villiers me habría visto con él en lugar de contigo, y se lo habría contado a todo el mundo.

—¿Y por qué te importa tanto todo eso? —le preguntó él—. ¿Por qué te molestan los cotilleos?

Libby se volvió y fijó la vista en una luz que había en la orilla opuesta del río.

—Porque algún día te vas a marchar, y yo tengo que vivir aquí. Y no quiero que la gente hable de mí como de la pobre idiota que se acostó con Trey Marbury.

Trey le buscó la mano debajo del agua y se la agarró; entonces sacó las manos, entrelazó los dedos con los suyos y le besó la mano.

—Vine aquí la primera noche que llegué a Belfort —reconoció—. Me acordaba de este sitio porque era donde pasamos juntos aquella noche de hace doce años, el día antes de irme a la facultad. Quería ver si seguía igual.

—Esa noche pertenece al pasado —dijo Libby, que no quería recordar cosas dolorosas—. Entonces éramos dos niños.

—A veces me parece que fue ayer. Y entonces, cuando vine aquí y te vi, me acordé de esa noche.

—¿Me viste? —le preguntó Libby.

Él asintió.

—Estabas nadando. Te acercaste a la orilla y te quitaste la ropa, y yo pensé que estaba soñando. Dios, eres tan bella. Pero al principio no sabía que eras tú. Entonces te diste la vuelta, y al ver tu cara me sentí de nuevo como un chiquillo.

—¿Piensas alguna vez en esa noche? —le preguntó Libby con la voz ligeramente temblorosa.

—Sí —reconoció él—. Muchas veces. Me sentía muy confundido, y tú me hiciste sentirme mejor.

—¿Por el sexo?

—Sé que no fue una maravilla, pero...

—Tú estuviste maravilloso —lo interrumpió Libby mientras le acariciaba la mejilla—. No cambiaría ni un solo detalle.

Él se inclinó y la miró a los ojos.

—Sabes, fue la primera vez para mí.

Libby ahogó un gemido entrecortado.

—Pero yo pensé...

Él se echó a reír.

—Sí, lo de siempre. Había besado a muchas chicas y había hecho otras cosas. Pero la verdad era que tenía miedo. Tuve la oportunidad de salir de la ciudad, una oportunidad de librarme del autoritarismo de mi padre, y no quería hacer nada que pudiera estropear esa oportunidad.

—¿Entonces por qué lo hiciste conmigo?

—Porque me sentí muy bien. De verdad, pensé que sentías algo por mí.

—Y así fue —dijo Libby.

—Fuiste la primera para mí, Libby. Y no he podido olvidarlo jamás. Sólo el hecho de estar contigo, de charlar contigo esa noche, me ayudó muchísimo. Parecías entender lo que me estaba pasando. Jamás te di las gracias, pero creo que, de algún modo, me ayudaste a convertirme en el hombre que soy hoy.

Ella le rozó los labios con la punta de los dedos y Trey se los besó.

—Yo tampoco fui capaz de olvidar esa noche —murmuró ella.

Momentos después, se estaban besando apasionadamente, devorándose mutuamente.

Durante un buen rato se exploraron el uno al otro, utilizando las manos y los labios. El agua fresca rodeaba sus cuerpos y mojaba su piel desnuda, magnificando así las sensaciones maravillosas.

Trey le puso la mano en la cintura y la estrechó contra su cuerpo.

—Ninguno de los dos sabe lo que va a pasar —susurró él—. Pero cuando estamos juntos, nos sentimos bien. ¿Por qué negar eso?

Libby enredó los dedos en su cabello mojado.

—El que nos sintamos bien no significa que sea buena idea —dijo Libby.

Él le acarició los muslos y le levantó las piernas despacio para que las enroscara a su cintura. Libby aguantó la respiración un momento y seguidamente aspiró hondo, intentando aminorar los furiosos latidos de su corazón. Estaban tan cerca el uno del otro... Si bajaba un poco más él la penetraría, entraría dentro de ella.

—Me encanta besarte, Lib. Y me encanta acariciarte. Si no quieres

que lo haga, vas a tener que pedirme que lo deje. —Te lo he pedido— se burló Libby. —Pero no me haces ni caso.

—De acuerdo —dijo Trey—. Dímelo una vez más. Dime que no te toque.

Libby abrió la boca, pero Trey empezó a besarla. Cuando se retiró, ella negó con la cabeza.

—No es justo.

—Lo que no es justo es que tengas este cuerpo.

Él se movió un poco, y Libby sintió su erección rozándole la entrada del sexo. Y entonces se movió un poco, y él la penetró, sorprendiéndola tanto a ella como a sí mismo.

Trey emitió un gemido gutural mientras ella terminaba de sentarse encima de él. Libby se quedó quieta, intentando no moverse. Sus cuerpos apenas pesaban en el agua. Sentía que él estaba muy cerca de perder el control, pero resultaba tan maravilloso sentirlo allí, tan dentro de ella.

—Oh, Dios, Libby... —le dijo con la voz cargada de tensión—. No te muevas.

Libby se movió de nuevo, retirándose un poco mientras sentía la punta de su miembro jugando entre las piernas.

—No lo haré —murmuró ella.

Se sentó encima de él otra vez sin dejar de besarlo; y mientras se hundía de nuevo echó la cabeza para atrás para concentrarse mejor en el disfrute de las sensaciones.

Él aspiró hondo.

—Si sigues así, no voy a querer parar.

Él la levantó del todo, de modo que el contacto se rompió. Entonces, mientras la agarraba suavemente del pelo, suspiró con sensualidad antes de introducirle la lengua en la boca y empezar a besarla, hipnotizándola con los labios y la lengua. Y cuando ella estaba loca de deseo por él, Trey la miró a los ojos.

—La segunda vez que hagamos el amor no va a ser en un río —le dijo él.

—¿Entonces dónde? —le preguntó Libby mientras por debajo del agua le acariciaba el miembro con las puntas de los dedos.

Él gimió suavemente y la agarró de la muñeca.

—Hagamos lo que te dije antes y salgamos de la ciudad —le susurró al oído—. Hagamos de esto una experiencia exclusivamente nuestra, no para compartirla con nadie más de esta ciudad. Quiero pasarme los días en la cama contigo, Lib, y aquí no podemos hacerlo.

—¿En dónde entonces? —le preguntó ella—. ¿Y cuándo?

Trey se echó a reír.

—Donde sea, y cuanto antes mejor. Dímelo y yo estaré ahí.

—Tengo que ir mañana a Nueva Orleans en viaje de negocios. Mi

vuelo sale a la una de la tarde; es el Delta 762. Podemos quedar en el aeropuerto de Charleston e ir juntos. Y tendremos la oportunidad de quedarnos unos días allí.

Él sonrió y volvió a besarla; entonces la levantó en brazos y la sacó del agua.

—De acuerdo. Te veré allí.

Libby lo miró a los ojos mientras acariciaba sus facciones angulosas. Tal vez fuera mejor que él no pudiera verla bien, que no detectara la indecisión en su mirada.

—A veces me pregunto si esto no habrá pasado demasiado rápido. Mírame. Estoy aquí en el río, nadando desnuda con un hombre al que apenas conozco. Hace dos semanas, lo más emocionante que me había pasado fue encontrar un spray insecticida orgánico para mis rosas.

—Créeme, cariño. Te puedo garantizar que resultaré más emocionante que un spray insecticida.

—Entonces, demuéstramelo —murmuró Libby mientras se llevaba la mano a la cara—. Tócame.

Trey y Libby pasaron mucho rato jugueteando en el agua, tocándose, besándose, nadando, y provocándose mutuamente. Libby podría haber pasado toda la noche en el río con él, sencillamente feliz de estar a su lado.

Aunque los dos deseaban hacer el amor, habían llegado a un acuerdo tácito. Salieron del agua de la mano y se vistieron. Y cuando él la acompañó hasta la puerta de su casa, la dejó deseosa de sentir el tacto de sus manos y el sabor de su lengua en los labios. Pensó en escaparse y aparecer en su cama, pero estaba dispuesta a esperar, sabiendo que, cuando estuvieran juntos de nuevo, sería para hacer realidad todo lo que siempre había imaginado hacer con Trey.

Ocurriría, sería perfecto... y cambiaría todo entre ellos.

Capítulo 6

—Vamos, Beau, debemos irnos.

Trey abrió la puerta del lado del conductor y el perro saltó al asiento trasero. Entonces, Trey echó su bolsa de viaje en el asiento trasero, al lado del perro.

Aunque acababan de dar las diez, aún tenía que llenar el depósito del todoterreno, dejar a Beau en la perrera a las afueras de Belfort y recoger su billete antes de ir en busca de Libby a la sala de embarque. Habían decidido ir cada uno en su coche, de modo que ella se había marchado por la mañana temprano con Sarah para terminar un trabajo en la emisora antes de salir para el aeropuerto.

Se sentó y salió marcha atrás del camino donde dejaba el coche. Cuando acababa de salir a la calle Charles sonó su teléfono móvil. Le había dado a Libby su número, pero al ir a contestar la llamada reconoció enseguida el indicativo de la zona de Chicago.

—Hola, Mark —dijo al ver que era el número de su socio.

—¿Cuándo demonios vuelves a Chicago?

—Te dije que estaría un par de meses por aquí. Sólo han pasado tres semanas.

—Pues me parece como si hubieran pasado tres años. No puedo trabajar con David, Trey. No entiende lo que quiero de él.

Trey volvió la cabeza un poco mientras giraba por la calle River.

—David Sorenson es mi mejor arquitecto, Mark, y yo confío en él. Tú también puedes hacerlo. Él sabe que, si hay un problema, puede consultármelo.

—Bueno, pues hay un problema. El proyecto del edificio Elton está a punto de irse a pique porque Dave no parece capaz de convencer al cliente de que cambie el emplazamiento.

—Lo llamaré luego —dijo Trey—. Ya encontraremos una solución.

—Tienes que volver.

—No te preocupes, voy a volver. Si el proyecto Elton se va al traste, volveré unos cuantos días la semana que viene y lo solucionaremos todo.

—Vas a volver para quedarte, ¿verdad? —le preguntó Mark—. Dime que no te vas a quedar ahí en tu pueblo.

—Claro... —murmuró Trey—. Claro que voy a volver.

Pero incluso mientras lo decía, no pudo evitar preguntarse si sería cierto. Chicago le parecía de pronto otro mundo muy lejano, un lugar

fácil de olvidar toda vez que se había acostumbrado al ritmo pausado de la vida en Belfort.

Al entrar en la calle Center, Trey miró por el retrovisor y vio que tenía detrás un coche de policía. Casi inmediatamente, el policía encendió las luces. Trey maldijo entre dientes, y cuando le echó un vistazo al cuentakilómetros, se dio cuenta de que había excedido en diez kilómetros el límite de velocidad permitida dentro de una población.

Rápidamente dejó el teléfono sobre el asiento trasero y se detuvo junto a la acera.

A los pocos segundos, observó cómo el inspector de policía, un hombre fortachón con cabello oscuro y gafas de sol, se bajaba del vehículo y se acercaba a su todoterreno.

—Permiso de conducir y de circulación del vehículo —le ordenó el policía.

Trey sacó el permiso de circulación del vehículo de la guantera y se lo pasó al policía antes de buscar su carné de conducir en su cartera. El oficial examinó ambos cuidadosamente, pero para hacerlo se retiró las gafas de sol. A Trey le pareció que le sonaba su cara, pero fue incapaz de ponerle nombre a la imponente figura de azul.

—Chicago, Illinois —dijo el oficial—. ¿Es allí donde vive ahora, señor Trey Marbury? ¿Y dígame, señor Marbury, allí donde usted vive van conduciendo con el teléfono pegado a la oreja? Porque aquí prestamos más atención a la conducción. —Lo siento, no sabía que hubiera una ley que...

—Pues aquí en Belfort sí que la hay; entró en vigor el año pasado.

Trey gimió para sus adentros.

—Me temo que voy a tener que llevarlo a comisaría.

—¿Ahora? ¿No me puede poner una multa y yo la pagaré?

El policía negó con la cabeza.

—Como es de otro estado, necesito comprobar que no tiene ninguna orden de busca y captura.

Trey sonrió e intentó mantener la calma. Libby estaba esperándolo, y por fin iban a poder estar solos unos días. ¡Tenía que llegar al aeropuerto!

—Técnicamente no soy de este estado, pero me crié aquí. Mi padre era...

—Sé quién es. Ahora, si es tan amable de agarrar a su perro y acompañarme a comisaría.

—Oficial, yo...

—No soy oficial —gruñó el hombre—. Soy el jefe de policía de Belfort, así que puede llamarme jefe de policía Talbert.

—¿Bobby Ray Talbert?

De pronto recordó su cara y su planta. Bobby Ray había jugado de

defensa en el equipo del instituto.

—¿Caramba, Bobby Ray, por qué no me has dicho que eras tú? No soy un criminal. Voy de camino al aeropuerto, pero no me importaría firmar lo que fuera y pagar la multa en el acto. Y puedo asegurarte que no tengo ninguna orden de busca y captura. Soy arquitecto en Chicago.

—Aquí vienen muchos del norte a traer drogas desde Florida —dijo Talbert—. Mi trabajo es comprobar este tipo de cosas...

Le permitieron llevarse al perro y lo condujeron en el vehículo policial a la comisaría. Una vez allí, lo hicieron sentarse en un banco de metal. Después de una hora, pidió hablar por teléfono y se lo negaron. Casi tres horas después, un poco antes de la una, Trey decidió que había soportado bastante. Reclamó ver al oficial a cargo o de lo contrario exigiría llamar a un abogado. Momentos después, Bobby Ray Talbert aparecía en la sala donde llevaba esperando las tres horas y se sentaba a su lado en el banco. Le pasó dos multas.

—Una por conducir y hablar al mismo tiempo por el móvil y la otra por sobrepasar el límite de velocidad.

—Gracias —dijo Trey mientras se ponía de pie—. Pagaré esto y me marcharé.

—No tan deprisa —le dijo Bobby Ray—. Hay algo más. He recibido una queja el otro día y sólo quería decirte que voy a vigilarte, Trey Marbury.

—¿Una queja? —preguntó Trey.

—Aquí, en Belfort, tenemos una ordenanza muy antigua que prohíbe la fornicación fuera del matrimonio. Según tengo entendido, has estado persiguiendo a Lisbeth Parrish.

—Estupendo. Ahora va a meterse en nuestra vida privada, también, ¿no? Bienvenido al club.

—Me tomo un interés especial en Lisbeth. Es una ciudadana estupenda y un conocido personaje público. Además, es una cocinera de altura. Como ve, no me gustaría que se aprovechara de ella. Así que tenga cuidado, chico, o terminará en esta celda y tendrá que pagar mucho más que unos cuantos cientos de dólares —con eso, Bobby Ray se puso de pie—. Ahora puede marcharse. Le deseo un buen día.

Trey se vio obligado a regresar caminando hasta su todoterreno, con Beau trotando a su lado. Después de pagar las multas eran ya más de la una. No sabía dónde se hospedaba Libby en Nueva Orleans, así que cuando llegó a casa llamó a información para que le dieran el número de Sarah Cantrell.

—No está en la guía —murmuró con fastidio mientras tiraba el teléfono al suelo—. Qué bien.

La única ventaja de haber perdido el vuelo era que tendría todo el

fin de semana para planear cómo diantres iba a explicarle todo eso a Libby.

—Has estado magnífica —dijo Sarah—. No sé por qué te pones tan nerviosa antes de estas cosas. Tus intervenciones resultan siempre muy entretenidas.

—Sí que ha ido bien —dijo Libby—. Pero me salté una sección entera cuando estaba hablando de la cocina sureña.

—Bueno, vendimos más de doscientas copias del libro de cocina, y tenemos no pocos pedidos del nuevo DVD. Este fin de semana me ha parecido un gran éxito. —Sí— murmuró Libby. —Todo un éxito.

Sarah hizo un gesto con la cabeza mientras retiraba su equipaje de la cinta.

—Llevas todo el fin de semana con aspecto tristón. ¿Quieres decirme qué te pasa?

—No me pasa nada. Sólo estoy cansada y tengo ganas de llegar a casa.

—Mira, no sé si me equivoco, pero me atrevo a decir que este malhumor tuyo tiene algo que ver con Trey Marbury, teniendo en cuenta que no has hablado de él en todo el fin de semana.

—Ni siquiera quiero volver a oír su nombre —murmuró Libby—. Si lo dices otra vez, te despediré.

—No puedes despedirme porque en realidad no trabajo para ti —contestó Sarah—. Soy la dueña de la productora que produce tu programa. Técnicamente, eres tú quien trabaja para mí.

—Bueno, entonces despídeme tú a mí por ser una tonta.

—Creo que eres muy inteligente, Libby.

Libby negó con la cabeza mientras arrastraba la maleta hacia el aparcamiento.

—En lo tocante a los hombres, no. Invité a Trey a venir conmigo a Nueva Orleans este fin de semana. Tenía que encontrarse conmigo en el aeropuerto el viernes, e íbamos a pasar un fin de semana romántico lejos de Belfort. Nos lo íbamos a pasar muy bien, y yo estaba deseando que llegara el momento.

—¿Qué pasó entonces?

—Que me dio plantón. No se presentó en el aeropuerto ni tampoco me llamó. Esperé hasta el último minuto para tomar el avión. Me dejó esperando, igual que hizo hace doce años.

Sarah le dio una palmada a su amiga en la espalda.

—Lo siento. Deberías habérmelo contado.

—Yo... esperaba que este fin de semana aclarara un poco la situación entre nosotros.

—Seguramente tendrá una buena explicación —le dijo Sarah—. A lo mejor le surgió una emergencia, algo relacionado con su trabajo. ¿Has escuchado los mensajes en tu contestador?

—Nunca me acuerdo del código —dijo Libby.

—¿Y no dejó un mensaje en el hotel?

—No creo que supiera dónde me hospedaba.

—Qué mal lo has planeado, Lib. Invitas a un hombre a pasar contigo un fin de semana romántico y no te molestas en decirle a qué hotel vas.

—No quiero hablar de esto —dijo Libby, a quien ya se le había agotado la paciencia—. Seguramente será el destino. A lo mejor es preferible que no se presentara. Habría complicado más las cosas, y eso es algo de lo que puedo prescindir en este momento. La verdad es que, cuanto más nos acercamos a hacerlo, más miedo me da.

—¿Miedo de qué?

—¿Y si hacer el amor con Trey lo cambia todo? ¿Y si vuelvo enamorarme de él? No estoy segura de que pudiera verlo marchar después.

—Llevo un par de semanas observándote y creo que ya estás enamorada de él.

—¡No lo estoy! —gritó Libby, que apretó el paso al ver el coche de Sarah; esperó a que su amiga abriera el maletero y echó dentro sus maletas—. ¿Y si lo que siento no es amor? ¿Y si es sólo deseo?

—En este momento no creo que seas capaz de diferenciarlos —dijo Sarah.

Cuando llegaron a la emisora, Libby trasladó sus maletas a su coche.

—¿Vas a estar bien? —le preguntó Sarah.

Libby asintió.

—Claro. Sea lo que sea, me las apañaré. Estoy bien. Bueno, tal vez no tan bien...

—Entonces no te vayas a casa —le dijo su amiga—. Cenemos algo. Volveremos juntas en mi coche y si quieres nos paramos a comer en esa marisquería que tanto te gusta. Puedes recoger tu coche cuando volvamos mañana a la emisora.

La recepcionista las saludó al entrar y agitó un montón de hojas de bloc.

—Tengo unos mensajes para usted, señorita Parrish. Este hombre se ha pasado todo el fin de semana llamando. Dice que había quedado en acompañarla a Nueva Orleans. Me preguntó dónde se hospedaba. Creo que tal vez llamara de parte de Dewey, ese seguidor suyo que la sigue a todas partes.

—¿Trey Marbury?

—Sí, así se llama. ¿Lo conoce?

Libby asintió mientras tomaba las notas que le pasaba la joven y les echaba un vistazo.

—¿Dijo algo?

—No, sólo que lo llamara. Ah, la última vez que llamó dijo algo de que tenía que ausentarse de la ciudad y dejó su número de móvil.

—¿Cómo?

—Dijo que se lo explicaría en su carta.

—¿Qué carta?

La recepcionista se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez se la envíe a su casa.

—Vamos —dijo Sarah—. Te llevaré a casa.

—Puedo conducir —dijo Libby mientras salían—. Estoy bien.

Además, ya sabía que él se marcharía antes o después. Es mejor que haya sido así, antes de que pasaran más cosas.

Sarah acompañó a Libby al coche y le dio un abrazo.

—Tengo unas cuantas cosas que hacer antes de volver a casa. ¿Por qué no alquilamos una película y cenamos juntas esta noche?

Libby se encogió de hombros.

—Estoy muy cansada. Creo que me voy a dar una ducha y a acostarme temprano. Pero te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

Sarah agitó la mano cuando Libby salió del aparcamiento en dirección a la autopista.

—A lo mejor es mejor así —se dijo con la vista fija en la carretera —. Estaba enamorándome de él.

Pero el hecho de reconocer sus sentimientos no parecía mitigar el dolor y el pesar. ¿Le costaría doce años más olvidarse de Trey Marbury? ¿O se pasaría el resto de su vida preguntándose cómo podría haber sido?

Libby se asomó por la puerta mosquitera y miró hacia la casa de enfrente. Era jueves por la tarde y el club de bridge estaba en pleno apogeo en la sala de las hermanas Throckmorton. Sin duda el tema de conversación de ese día sería la apresurada salida de Trey Marbury de Belfort.

La brisa agitó levemente su cabello, y Libby salió al porche a disfrutar del cambio de tiempo mientras durara. Entonces miró hacia la casa de al lado. Los encargados de las obras habían estado muy ocupados toda la semana, y Libby había oído comentar que hablaban con Trey con regularidad. Pero ella no había sabido nada de él desde que se había marchado hacía semana y media.

Libby se sentó en una de las mecedoras de caña y sacó la carta que Trey le había dejado en el buzón. Solía llevarla en el bolsillo para poder leerla cada vez que sentía la necesidad. Sacó la hoja del sobre y la desdobló para leerla otra vez.

Querida Libby, no estoy seguro de poder explicarte los eventos que coincidieron para impedir que tomara ese vuelo contigo, y seguramente daría igual que te lo explicara. Si estás enfadada conmigo, las explicaciones no sirven de nada. Tal vez perder ese avión fuera lo mejor. Tuve tiempo para pensar y me di cuenta de que he estado presionándote para que hicieras algo para lo que no sé si estás preparada. Ahora tengo que marcharme, y espero que mi ausencia te proporcione la oportunidad adecuada para decidir lo que quieres de verdad. Volveré pronto. Pero lo que sí sé es que vamos a tener que terminar del todo, o bien empezar a hacer planes para nuestro futuro. Te pido perdón por haber sido un problema y siento que mi vuelta te haya causado más dolor del que merecía la pena. Pero no quiero marcharme sin decirte que eres y siempre serás la dueña de una parte de mi corazón.

Cuídate mucho,

Trey.

P.D.: si quieres hablar, tienes mi número.

Libby se quedó mirando la nota fijamente, hasta que empezó a ver las palabras borrosas. La rabia que había sentido hacia Trey se había ido calmando en el trascurso de los diez días trascurridos desde que él la había dejado plantada, y en ese momento sólo sentía un dolor silencioso y persistente en el corazón. Pero tenía que reconocer que la distancia le había dado perspectiva. Se había dado cuenta de lo profundos que eran sus sentimientos hacia Trey.

No podría ser feliz si no se concedía a sí misma la dicha de amarlo; aunque sólo fuera por un tiempo.

Releyó la carta, pero mientras paseaba la mirada por cada línea, Libby cayó en la cuenta de que había algo extraño; algo que nada tenía que ver con los sentimientos. Entró de nuevo en casa y fue hacia la cocina.

La primera nota de Trey seguía en el cajón debajo del microondas. No había querido releerla, temerosa de que las palabras eróticas evocaran en su mente recuerdos para los que no estaba preparada. Pero cuando colocó una carta junto a la otra, el problema quedó bien claro.

La letra de la primera no se parecía en absoluto a la de la segunda. ¿Entonces si Trey había firmado la segunda, quién había escrito la primera?

—¿Carlisle? —murmuró Libby.

Gimió y se cubrió los ojos. Pero le había mencionado la carta a Trey la noche que lo había atado y él no había dicho nada.

—¿Y qué hombre se iba a poner a preguntar en un momento así? —razonó Libby—. No estaba pensando con la cabeza, estaba...

Se ruborizó y aspiró hondo mientras ponía orden en sus caóticos pensamientos. Fuera, se oyó el ladrido de un perro. Agarró las cartas y fue hacia la puerta de atrás. En ese mismo momento, Beau saltó al porche. Libby gritó de sorpresa y entonces se dio cuenta de que, si Beau estaba en casa, también lo estaría Trey.

Se llevó la mano a la frente húmeda para seguidamente pasarse los dedos frenéticamente por la cabeza. A Trey no se le veía por ninguna parte, pero sabía que no estaría muy lejos.

Necesitaba ducharse y ponerse algo que no estuviera tan arrugado como lo que llevaba en ese momento.

Libby corrió hacia las escaleras, pero cuando se disponía a subir, se oyeron unos golpes a la puerta de atrás. Se paró en seco.

—¿Libby?

Aspiró hondo al oír su voz. El corazón le latía tan deprisa, que durante unos segundos se olvidó de respirar. Se volvió hacia la cocina, pero de pronto decidió que no podía abrirle con ese aspecto. Al final, se sentó en las escaleras, tan confundida que no era capaz de moverse.

La puerta mosquitera chirrió y oyó el eco de los pasos por la casa.

—¿Libby?

Intentó ponerse de pie, pero no tuvo fuerzas. Se agarró a la balaustrada y esperó. Unos segundos después, Trey entró en el vestíbulo.

—¿Libby?

—Hola —murmuró ella.

Se sentó a su lado.

—He vuelto —le dijo, mirándola con expresión perpleja.

—Sí, ya veo.

—No sabía si venir o no —dijo él—. No estaba seguro de si querrías o no hablar conmigo. No me llamaste.

—Se me ocurrió que sería mejor darnos un poco de tiempo —dijo Libby—. Tenías razón. Necesitábamos estar solos para reflexionar.

Él le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. En realidad, deseaba que él la abrazara y la besara hasta dejarla inconsciente, que borrara las dudas de su mente. Su ausencia la había ayudado a darse cuenta de que su vida estaba vacía sin él.

—Te he echado de menos, Lib. He conducido toda la noche para estar contigo.

Se inclinó hacia delante y le rozó los labios con los suyos.

Libby le echó los brazos al cuello y se perdió en el sabor de sus labios. Se tumbó sobre los escalones y él se echó encima de ella; y allí se besaron apasionadamente hasta experimentar un deseo intenso. Cuando él se retiró, le sonrió y le acarició la mejilla.

—Dios, casi me había olvidado de lo preciosa que eres —se puso de pie y tiró de ella escaleras arriba—. Vamos.

Cuando llegaron a su dormitorio, él la echó sobre la cama y empezó a desvestirla muy despacio.

—Espera —dijo Libby, sacudiendo la cabeza.

—¿Que espere?

—Necesito saber de esto —dijo mientras se sacaba la carta del bolsillo.

Él se incorporó.

—Se me ocurrió que, como mínimo, debía decirte adiós —murmuró—. Intenté llamarte, pero no pude dar contigo. Y después Mark me llamó y me dijo que tenía que volver sin más remedio.

—Y de esto otro —añadió Libby mientras sacaba la otra carta.

Él frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—La encontré en mi buzón el día después de venir a mí, el día de la tormenta. Pensé que era tuya, pero ahora veo que la letra no coincide.

Trey leyó la nota.

—Espera un momento —dijo mientras se levantaba de la cama.

Corrió escaleras abajo y Libby oyó el portazo de la puerta mosquitera. Un par de minutos después, Trey volvió al dormitorio de Libby con una carta en la mano.

—Quienquiera que haya escrito ésa, también ha escrito ésta que acabo de traer. La letra es la misma.

Libby empezó a leer la carta de Trey, y a medida que iba leyendo, abría los ojos con sorpresa.

—¿Pensabas que había escrito esto? ¿Por eso viniste esa noche?

—Y por eso tú viniste a mí unas cuantas noches después —dijo Trey echándose a reír—. Parece que alguien está jugando con nosotros.

—¿Quién?

—¿Importa acaso? —le preguntó mientras la besuqueaba en el cuello.

—Pues claro que sí.

—¿Por qué? Cartas o no, creo que lo que ha pasado entre nosotros habría pasado de todos modos. Teníamos un asunto pendiente, Libby. A lo mejor por eso decidí quedarme en Belfort, y por eso tú pensaste automáticamente que la carta era mía.

—¿Y ahora ha terminado? —preguntó Libby.

—Para mí está empezando —respondió él.

Libby aspiró hondo.

—Pero tarde o temprano te marcharás. Y voy a tener que acostumbrarme a vivir sin ti a mi lado.

—¿Qué quieres de mí, Libby?

Ella se mordió el labio para no contestar la verdad. Lo que

verdaderamente deseaba era que fueran felices para siempre. Quería envejecer junto a él en Belfort, quería tener hijos y pasarse la vida enamorados locamente el uno del otro. Pero Libby sabía que la posibilidad de que esos sueños se hicieran realidad era casi nula.

—Necesito tiempo —le respondió ella—. Para averiguar lo que todo esto significa para mí y lo que debo hacer al respecto. Pensé que sabía lo que hacía, pero no era así.

Él la abrazó y la besó en la frente. Permaneció así un momento, y mientras tanto Libby rezaba para que él no empezara a besarla en los labios.

—Entonces tómate tu tiempo —murmuró—. Cuando te haga el amor, Libby, quiero estar contigo en cuerpo y alma —se levantó de la cama y le pasó las cartas con una sonrisa en los labios—. Nos vemos, Lib.

—Sí, hasta pronto —dijo ella.

Libby aspiró hondo y se tumbó de nuevo en la cama. Le había pedido tiempo, pero ¿de qué iba a servirle? La realidad era que deseaba a Trey. Mientras él estuviera viviendo en la casa de al lado, querría hablar con él, besarlo y entregarse a él...

Se levantó de la cama con las tres cartas en la mano.

—Soy una cobarde —murmuró entre dientes.

Lo había seducido con diecisiete años. Y aunque ya era una mujer, se mostraba más insegura que entonces.

Capítulo 7

La oficina estaba situada en un pequeño edificio de ladrillo de la calle River. Trey había llamado a la secretaria de su padre y le había pedido que se reuniera con él al mediodía con las llaves. Aunque llevaba tiempo retrasando el momento de revisar las cosas que había en la oficina de su padre, Trey había decidido finalmente que era algo que tendría que hacer tarde o temprano.

—Hace meses que esto está cerrado —le dijo Eloise mientras abría la puerta de la oficina—. Creo que tu padre no vendió la oficina por mí. ¿Sabes?, continuó pagándome el salario entero, aunque lo único que hacía yo era ocuparme de cobrar el alquiler y de hacer el ingreso en el banco. Los inquilinos podrían haberle hecho una transferencia a su cuenta, pero en ese sentido era muy generoso.

—Eso he oído —murmuró Trey.

—He guardado todos los archivos en cajas —dijo Eloise—, pero no he tocado nada del despacho de tu padre. Se me ocurrió que eso era algo que debía hacer la familia.

—Gracias —respondió Trey.

—Hay unas cajas en el rincón —Eloise le dio unas palmadas en el hombro—. Siento lo de tu padre, Trey; era un buen hombre.

—Gracias —repitió Trey, aturdido por las expresiones de cariño.

Eloise le pasó las llaves y le dejó a solas con la tarea. Trey aspiró hondo y cruzó despacio el área de recepción para ir al despacho de su padre. Había pensado en contratar a alguien para hacer eso, pero después se había dado cuenta de que tal vez si lo hacía él eso lo ayudaría a entender sus recuerdos. Para eso se había tomado unos meses de vacaciones, para poder aclarar sus sentimientos.

Trey levantó las persianas de los altos ventanales, que abrió para dejar entrar la luz y el aire. Ésa había sido la vida de su padre, el trabajo que tanto había amado, el corazón de su pequeño imperio. Al menos Trey comprendía esa pasión. Él sentía lo mismo por su trabajo.

Miró a su alrededor con atención. El despacho tenía mucha luz, los techos muy altos y detalles arquitectónicos antiguos. Sería el despacho perfecto para un arquitecto. Pero lo cierto era que no iba a pensar en quedarse en Belfort a no ser que tuviera una razón de peso para hacerlo; y en ese momento la razón mantenía las distancias.

Trey se sentó en la enorme butaca de cuero, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para dejar surgir los recuerdos.

—Hola.

Abrió los ojos y vio a Libby a la puerta del despacho. Al verla, no pudo evitar sonreír. Llevaba un vestido de flores muy bonito y el cabello recogido en un moño informal. Llevaban tres días sin hablar, y se preguntaba si volverían a hablar algún día.

—Te vi entrar —dijo ella— y se me ocurrió que tal vez te apetecería tener algo de compañía.

—¿Cómo es posible que hayas podido adivinar exactamente lo que siento?

—Supongo que porque soy muy inteligente —le dijo con una sonrisa tímida.

—Sí que lo eres —le dijo Trey embobado—. Y preciosa.

Ella cruzó la habitación.

—¿Así que este es el despacho de tu padre? —murmuró mientras se fijaba en todos los detalles—. ¿El cuartel general de su malvado imperio? —Libby sonrió pesarosamente—. Cuando era pequeña y pasaba por aquí con mi padre en el coche, siempre tenía algún comentario desagradable. Tuvisteis suerte de que no os hiciera vudú o algo así.

Trey se echó a reír; entonces se acercó, le tomó la mano y empezó a besarle las puntas de los dedos.

—Esa estúpida enemistad. No sé ni por qué empezó. Mis padres solían hablar de eso todo el tiempo, pero yo nunca presté atención.

—Las Throckmorton conocen todos los detalles —le dijo Libby— . Si te interesan, estoy segura de que te informarán de todo. Todo empezó porque uno de mis antepasados recibió un disparo en el trasero a manos de uno de los tuyos.

Él la sentó sobre su regazo y sonrió.

—Creo que tú y yo hemos puesto fin a las hostilidades. ¿Por qué no declaramos un alto el fuego oficial ahora?

Ella lo miró a los ojos y le dio un beso en los labios.

—Trato hecho —respondió.

Ella se levantó, se acercó a las estanterías y agarró una foto de Trey vestido con su equipo de fútbol americano.

—¡Eras tan mono! —bromeó ella.

—La verdad es que aquí parezco un saco de huesos.

—A mí me gustabas incluso así.

—¿Así que te gustaba?

—Yo era una chica tonta con muchos ideales románticos en la cabeza. Pero he crecido.

Trey se preguntó qué tendría que hacer para que Libby se enamorara de nuevo de él.

—Venga, vamos a trabajar —dijo Libby.

Empezó a ordenar los contenidos de una caja.

—Mira esto, Trey.

—¿Qué es? ¿Un atlas?

—Parece un álbum.

Trey se puso detrás de ella. Su barbilla descansaba en su hombro y los brazos rodeaban su cintura. Libby pasó las páginas; todas estaban llenas de recortes de periódico en donde aparecía el nombre de Trey, desde la época en que empezó a jugar al fútbol, hasta cuando se lesionó el hombro.

—No puedo creer que guardara todo esto.

—Es obvio que estaba muy orgulloso de ti —replicó Libby.

Trabajaron casi toda la tarde, y por primera vez Trey tuvo la oportunidad de ver otro lado de Libby. Era un mujer dulce, abierta y divertida, además de ordenada al máximo. Hablaron más de su infancia y de los problemas de Trey con su padre, y cuando terminaron de guardar en cajas todo lo que había en el despacho, Trey no se sentía tan culpable por no haberse tomado la molestia de intentar entender a su padre. Era como si se hubiera quitado un peso de encima.

También esas horas junto a Libby le habían terminado de confirmar que estaba enamorado de ella. Trey nunca había entendido lo que veían sus amigos casados en el hecho de comprometerse para toda la vida con un sola mujer. Pero después de pasar la tarde con Libby, se imaginaba perfectamente pasando su vida junto a ella, junto a una mujer que entendía sus miedos y sus inseguridades.

—Bueno, ya está —dijo Trey con la vista fija en las cajas.

—¿Qué vas a hacer con todo esto? —le preguntó Libby.

—Supongo que guardarlo en un almacén. Hasta que se vendan las propiedades, supongo que tendré que guardarlo. Los objetos personales se los enviaré a mi madre.

—Bueno, entonces me marcho —dijo Libby—. Tengo trabajo en casa.

Trey le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos. Entonces se la llevó a los labios y se la besó.

—Gracias por tu ayuda. Te debo una cena. O una tarta, o algo.

—No te preocupes —dijo Libby mientras aspiraba hondo y retiraba la mano—. Nos vemos.

—Sí —dijo Trey, ahogando el deseo de estrecharla entre sus brazos —. Hasta pronto.

Desde la ventana del despacho la observó yendo hacia su coche. Un trueno retumbó en la distancia, y Trey se fijó en el cielo, que estaba cada vez más nublado. Se levantó un poco de viento algo más fresco, y Trey cerró las ventanas. Entonces miró a su alrededor en el despacho vacío. Ese día había conseguido zanjar algunos aspectos de su pasado. Sin duda podría dejar atrás los problemas que lo habían

enfrentado a su padre para poder continuar con su vida; una vida en la que esperaba que Libby Parrish estuviera presente.

Cuando bajó corriendo las escaleras y salió a la calle, el viento agitaba ya las copas de los árboles de la calle River. Corrió a su todoterreno y se incorporó al tráfico. Momentos después, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia.

Trey pensó en la última vez que había llovido. Había pasado la noche en la cama de Libby y había vuelto a su casa al amanecer. Accionó los limpiaparabrisas al entrar en la calle Hamilton. Las hojas que el viento había llevado hasta allí se arremolinaban en el suelo, y el relámpago iluminaba el cielo mientras los recuerdos de esa noche se sucedían en su mente.

Minutos después, tomaba el camino de entrada a su casa, y avanzó hasta la vieja cochera para guardar el todoterreno, ya que las tormentas de ese tipo a menudo provocaban granizo. Después, echó a correr hacia la casa, pero en el último momento decidió ir a ver si Libby había guardado también su coche y cambió el rumbo de sus pasos. En realidad no era más que una pobre excusa, pero no le importaba.

Al cruzar el seto de azalea vio a Libby de pie en medio de su jardín trasero con los ojos cerrados, la cara vuelta hacia arriba y los brazos extendidos. Su vestido de algodón estaba totalmente empapado. Trey la observó un rato, sorprendido por su belleza, y entonces avanzó hacia ella muy despacio.

Tal vez sintiera su presencia o tal vez se hubiera cansado de estar bajo la lluvia, pues cuando abrió los ojos lo miró fijamente. Él se quedó quieto, y los dos se miraron un buen rato sin mediar palabra, sopesando las consecuencias de lo que estaban a punto de hacer.

No había necesidad de hablar, de expresar con palabras todo lo que sentían, porque estaba ahí en cada gesto, en cada suspiro. Se necesitaban el uno al otro, y nada de lo demás importaba.

Trey la levantó en brazos y la llevó despacio hasta su dormitorio mientras la lluvia golpeaba en el tejado y se evaporaba al chocar contra el asfalto caliente. El ruido de la tormenta interrumpía cualquier pensamiento relacionado con el mundo exterior. Llevaba doce años esperando ese momento, buscando a una mujer como Libby, sin encontrarla.

Y en ese instante Trey se dio cuenta de que no había otra mujer para él aparte de Libby, de que jamás la había habido y de que nunca la habría. Desde que la había tocado por primera vez se había enamorado de ella; y ya que se habían vuelto a encontrar, tenía toda la intención de pasar junto a ella el resto de sus días.

La acariciaba por todas partes. Libby echó la cabeza hacia atrás mientras Trey la besaba en el cuello. ¿Por qué se había molestado siquiera en negar esa necesidad? Había abandonado por fin la lucha, y la verdad era que sentía un gran alivio. Disfrutaría con Trey y se consideraría a sí misma afortunada si conseguían seducirse de nuevo el uno al otro. De lo demás, ya se preocuparía después.

Tenía el vestido y el pelo empapados, y el agua le goteaba por las piernas y le mojaba los pies. Trey continuó besándola hasta llegar a sus pechos, que acarició con ternura y deseo. Sus labios calientes se acoplaron a sus pezones que despuntaban bajo la tela mojada, y Libby experimentó una sensación de placer inesperada que provocó sus gemidos al tiempo que le acariciaba el cabello.

La ropa le estorbaba, de modo que se quitó el vestido al mismo tiempo que Trey se quitaba la camisa y la echaba a un lado. Libby fue a desabrocharle los pantalones cortos, pero Trey le agarró la mano.

—Antes de continuar, tengo que correr a casa. Me he olvidado de una cosa.

Libby le apoyó la cara sobre el pecho.

—No tienes que ir —levantó la cara y le sonrió—. La última vez que estuve en Charleston me ocupé de hacerme con una buena provisión. Aunque Harley y Flora Simpson pudieran molestarse si se enteraran, decidí comprar los preservativos en otro sitio. Se me ocurrió que era preferible ser discreta.

Trey le echó los brazos a la cintura y la abrazó.

—Buena chica. Estamos en Belfort, después de todo, y no querríamos iniciar ningún cotilleo —Trey se echó a reír y la condujo hacia la cama—. ¿Estás segura de que quieres esto? —le preguntó de pronto.

Libby sonrió.

—Nunca he dejado de quererlo.

Se metió los dedos por debajo de la cinturilla de las braguitas y se las bajó despacio antes de quitárselas con los pies. Entonces le quitó los pantalones y la ropa interior para empezar a acariciarle la abultada erección.

Al ver que ella se acercaba a su mesilla de noche y sacaba una caja de preservativos, Trey se quedó sin aliento. Libby se los pasó. Él los dejó sobre la cama y tiró de Libby para tumbarse juntos en la cama con dosel.

Supuso que la seduciría con rapidez, pero Trey tenía otras cosas en la cabeza. Se paseó por su cuerpo, buscando con los labios las zonas más sensibles sin dejar de acariciarle las piernas, la espalda, los brazos. Libby cerró los ojos y se dejó llevar por el placer que le proporcionaba su experiencia, dejando que él hiciera con ella lo que quisiera, rindiéndose totalmente a sus habilidades.

Le besó el arco del pie y continuó en sentido ascendente. Pero esa vez Trey se detuvo a acariciarle la cara interna del muslo. Libby aguantó la respiración y al segundo siguiente lo tenía allí, buscando con la lengua la zona más sensible de su sexo.

La saboreó y provocó hasta que Libby se agarró a la sábana y arqueó el cuerpo.

—Trey —murmuró su nombre.

Él le deslizó la lengua entre los pliegues de su sexo, provocándole unos intensos gemidos de placer que acompañaban las sensaciones de placer que la recorrían por entero. Al momento Libby sintió que estaba al borde de nuevo; pero entonces, como si hubiera sido consciente de lo cerca que estaba de perder el control, Trey aminoró de nuevo el ritmo.

Se colocó sobre ella.

—Quiero sentir cómo te llega el clímax. Quiero estar dentro de ti cuando eso ocurra.

Trey sacó un preservativo de la caja y se lo pasó a Libby para que se lo pusiera.

Pero Libby dejó el preservativo a un lado y comenzó también a explorar el delicioso cuerpo de Trey. Con los labios le recorrió el cuello y el pecho, para después continuar bajando hasta besarle el miembro provocativamente. Tenía un cuerpo perfecto, esbelto y musculoso, de piel como la seda.

Todo lo que había pasado entre ellos, desde esa primera discusión en la rosaleda, había conducido a aquello. De algún modo, el tiempo había dado un salto enorme y ella estaba allí con el chico al que había amado todos esos años atrás. Pero ya no era un chico. Era un hombre que sabía lo que quería; y en ese momento la quería a ella.

Libby sacó el preservativo del paquete. Trey se llevó los brazos a la espalda y la observó mientras ella le cubría el miembro con el preservativo. Él aguantó la respiración y echó la cabeza hacia atrás mientras esbozaba una sonrisa placentera.

—¿Qué quieres? —le preguntó Libby mientras le pasaba las puntas de los dedos por su sexo erguido y duro.

—Te quiero a ti —respondió Trey.

Libby le puso la mano en el pecho y lo empujó para tumbarlo sobre los almohadones. Se colocó encima de él, quedando su miembro pegado a su entrada húmeda y resbaladiza. Y al momento siguiente estuvo dentro de ella. Al principio la penetró con suavidad. Libby arqueó la espalda al tiempo que se sentaba muy despacio encima de él, poco a poco hasta hundirse del todo.

Él la agarró de la muñeca para inmovilizarla un instante. Libby se acordó entonces de la primera vez que lo habían hecho, de lo torpe y extraño que había sido. En cambio en ese momento compartir ese

momento íntimo con Trey le parecía lo más natural del mundo; invitarlo a gozar de su cuerpo, para ella gozar a su vez del suyo.

—Despacio —murmuró él mientras le soltaba un poco la cintura.

Libby sonrió y se colocó de rodillas para sentarse de nuevo sobre él muy despacio. —¿Así de despacio?

Trey gimió.

—Quieres torturarme, ¿verdad?

Ella se movió de nuevo para que él la penetrara un poco más.

—Creo que sí...

Trey metió la mano entre los dos y empezó a tocarla, a acariciarle el sexo con el pulgar.

—Entonces tendré que devolverte el favor.

Libby sonrió, empeñada en emerger victoriosa de aquel pequeño desafío. Pero cuando empezó a moverse encima de él, la tensión que sentía dentro empezó a aumentar y sus pensamientos se hicieron más difusos y se centraron más en el placer que le provocaban sus caricias y que la recorría de arriba abajo.

De nuevo él estuvo a punto de provocarle el clímax, sólo que esa vez fue ella la que aceleró el ritmo de sus movimientos, inclinándose hacia él a cada momento para besarlo ardientemente. Sus respiraciones tomaron un ritmo más rápido y entrecortado, y sus movimientos pausados se volvieron más frenéticos.

Trey murmuraba palabras junto a sus labios, urgiéndola a que se dejara llevar por el placer. Entonces, repentinamente, Libby sintió entre gemidos el primer espasmo de placer, y se perdió en las exquisitas sensaciones que le sobrevinieron. Continuó moviéndose, cada vez con más intensidad, hasta que él le plantó con fuerza las manos en las caderas para acelerar los movimientos mientras llegaba al clímax. El placer fue ten intenso que parecía interminable.

Y cuando pareció bajar en intensidad, Libby empezó a moverse otra vez muy despacio hasta arrancarle el último estremecimiento de su cuerpo. Trey se dio la vuelta y se colocó encima de Libby sin despegarse de ella ni un momento.

—No tengo intención de preguntarte cómo has aprendido a hacerlo tan bien.

—Lo que me falta en experiencia lo compenso con entusiasmo —se burló Libby—. Con eso y con todos los libros que he leído.

Se quedaron tumbados en la cama mucho rato, abrazados el uno al otro, escuchando la tormenta que se desarrollaba fuera. Y cuando descansaron un poco y estuvieron listos de nuevo, hicieron otra vez el amor, y Trey avivó su deseo y poseyó su cuerpo como no lo había hecho ningún hombre.

En un momento dado en el que lo miró a los ojos mientras él continuaba enterrado en ella, se dio cuenta de que podría pasarse toda

la vida atrapada por esa pasión. Una vez que lo tenía en su cama, no quería dejarlo marchar jamás.

Pero en el rincón más oculto de su corazón, sabía que un día su cama estaría vacía y su cuerpo insatisfecho. Cuando llegara ese momento, Libby prometió que recordaría lo que estaba viviendo entonces, que reviviría los movimientos de Trey dentro de ella y su apuesto rostro sofocado de placer. Con eso sería suficiente.

Una brisa fresca entraba por las ventanas y movía las finas cortinas de encaje. Trey abrió los ojos a la suave luz del amanecer. Entonces se acurrucó junto a Libby y suspiró suavemente mientras frotaba la nariz en el cuello de su amada.

La lluvia que había caído sin parar toda la noche había concluido finalmente con la ola de calor que llevaba muchas semanas agobiando a los habitantes de Belfort. El aire olía a tierra mojada y los pájaros cantaban con más vigor en las ramas de los robles.

Levantó la mano y le retiró un mechón de cabello de la cara. Habían estado despiertos hasta poco antes del amanecer, haciendo el amor y charlando. Todos los años que habían estado separados les habían proporcionado tema de conversación. Trey había imaginado que, cuando finalmente Libby y él hicieran el amor, sería como hacer realidad uno de sus sueños más ardientes. Sin embargo, se daba cuenta de que se había equivocado: hacer el amor con Libby había sido mucho mejor que el sueño más maravilloso que hubiera imaginado nunca.

No sólo había sido una cuestión de placer, aunque el sexo había sido mágico, sin duda. Sólo era la segunda vez en su vida que le hacía el amor a esa mujer, pero había sido lo más delicioso y natural que había experimentado nunca. Estaban hechos el uno para el otro; se había dado cuenta cuando había estado dentro de ella, mientras la observaba disfrutando con él, cuando había sentido sus estremecimientos...

La simetría de su relación le resultaba casi poética. Nunca había creído en el amor a primera vista, pero eso era lo que le había pasado con Libby. Sólo que les había llevado un poco de tiempo encontrarse. Y ya que estaban juntos, no pensaba dejarla escapar.

—Eh, Lib —murmuró mientras la besaba en los labios—. ¿Estás despierta?

Ella abrió los ojos despacio.

—Ahora sí —bostezó y se tapó los ojos con la mano—. ¿Qué hora es?

—No lo sé. Seguramente serán las ocho, tal vez las nueve. Podría salir a buscar algo para desayunar.

Ella lo abrazó por la cintura y se acurrucó contra su pecho

—No te marches. Yo prepararé el desayuno; o el almuerzo. O tomaremos un poco de pastel de manzana. Tengo uno en el congelador.

—De acuerdo. Me apetece tarta de manzana. ¿Podemos traérnosla a la cama? Ahora que estás aquí, no quiero que te marches.

Libby se sentó en la cama y se retiró el pelo de la cara.

—Tengo que ir a Charleston hoy. Vamos a hacer una grabación de prueba del programa. Tenemos que ver cómo quedan el nuevo decorado y la nueva iluminación antes de empezar a grabar la semana que viene.

—¿Y tienes que ir? —le preguntó Trey en tono quejoso.

—Sí —respondió Libby, que se inclinó y lo besó con suavidad—. Pero volveré a casa hacia las siete o las ocho. Podemos cenar juntos.

—¿Entonces quiere decir eso que tal vez me quieras ver otra vez? —le preguntó Trey—. ¿Esto no va a ser solamente una aventura de una noche?

Ella se encogió de hombros y sonrió tímidamente.

—Sí. Tal vez podamos repetirlo —dijo ella.

—¿Y ya no te importan los rumores?

Ella se echó a reír mientras se echaba encima de él.

—No tanto. Estoy haciendo exactamente lo que quiero hacer, y si quieren perder el tiempo especulando sobre ello, que lo hagan. De todos modos nunca van a saber lo maravilloso que ha sido —empezó a moverse encima de él, y Trey sintió que se excitaba de nuevo—. Cuando me hagas el amor otra vez, podemos bajar a desayunar.

Trey se colocó encima de ella y la miró a los ojos.

—Creo que debemos esperar para hacer eso, Lib. Al menos hasta que tengas la oportunidad de hablar con el jefe de policía.

—¿Con Bobby Ray Talbert? ¿Y para qué voy a tener que hablar con él?

—Él es la razón por la que no pude montarme en el avión a Nueva Orleans.

Ella frunció el ceño.

—Me llevó a comisaría por una tontería y después me dijo que me arrestaría si continuaba viéndote. Creo que no le caigo demasiado bien. Me parece que está enamorado de ti.

—Bobby Ray Talbert me pide salir dos veces al año —le explicó Libby—. El Cuatro de Julio y la Víspera de Año Nuevo.

—Tal vez deberías salir con él —se burló Trey—, al menos para que no acabe metiéndome en la cárcel.

—Lo que me has hecho debe de ir en contra de la ley. Es demasiado bueno para ser legal.

—Según Talbert, aquí en Belfort está prohibido hacerlo. A no ser

que estés casado. Entonces sería totalmente legal —hizo una pausa—. Tal vez deberíamos casarnos.

Lo dijo con naturalidad, como si no fuera más que una broma. Pero en realidad lo que Trey quería era ver su reacción, cerciorarse de sus sentimientos hacia él. ¿Habría pensado alguna vez en compartir su vida con él?

Ella frunció el ceño, y entonces se echó a reír.

—Claro. Tú en Chicago y yo en Belfort. Trey, no tienes que prometerme nada; y no tienes por qué sentir como si me debieras algo. Sé que vas a marcharse antes o después, y ya me he hecho a la idea. Disfrutaremos del tiempo que pasemos juntos y eso será suficiente.

Trey se estiró a su lado y apoyó el brazo en la almohada.

—¿Y si no es suficiente para mí? —dijo él.

Ella lo miró fijamente, como si intentara adivinar su repentino cambio de humor. —¿Qué quieres decir?

Trey percibió un atisbo de pánico en su mirada, y por eso se echó a reír.

—Nada. Sólo es que... te voy a echar de menos cuando me vaya.

Ella lo besó en los labios.

—Yo también —Libby retiró la sábana y se levantó de la cama; entonces se puso una bata que había sobre una silla junto a la ventana —. ¿Qué te apetece desayunar? Puedo preparar gofres o tortitas. O huevos con jamón. O galletas caseras, si lo prefieres.

Trey le tomó la mano cuando ella pasó al lado de la cama y tiró de ella para tumbarla encima él.

—En este momento me conformo con unos minutos más de tu compañía.

Pero mientras la besaba Trey sabía que eso era mentira. Unas horas más, unos días más, jamás serían suficiente. No pensaba conformarse con menos que una vida entera.

Capítulo 8

Libby gimió suavemente al tiempo que abría los ojos. El sol había salido hacía tiempo, pero por quinto día consecutivo Trey y ella habían decidido quedarse en la cama hasta más tarde de lo habitual. La noche no parecía tener suficientes horas para ellos.

Habían establecido una rutina. De día, Trey pasaba el tiempo supervisando las obras de la vieja casa Sawyer, y almorzaba con ella si no estaba en la emisora. Por la noche cenaban juntos, charlaban, se reían y tomaban vino mientras se contaban los acontecimientos que a cada uno le hubiera reservado ese día. Pero normalmente buscaban una excusa para acostarse temprano; y entonces empezaba su larga noche de pasión.

Acurrucada debajo del brazo de Trey, Libby lo besó en el hombro. Se había acostumbrado a tenerlo en su cama, a ver su cabeza morena sobre su almohada, a que sus brazos y piernas la abrazaran con posesividad. Para Libby era lo más natural del mundo estar con Trey.

Libby sabía que sería estúpido empezar a depender de él. Trey tenía su profesión y su vida en Chicago. Cuando tuviera que marcharse, ella se quedaría destrozada. Pero su aventura con Trey había sido exactamente lo que necesitaba, un recordatorio de que la esperaba toda una vida por delante junto a él si estaba dispuesta a arriesgarse un poco.

Se dijo que habría otros hombres. Tal vez no tan maravillosos o emocionantes como Trey. Aunque era su primer amor, tenía que creer que no era el último. Lo miró a la cara, esa cara de facciones tan familiares, y experimentó una oleada de emoción profunda.

En el fondo de su corazón una tenue llama de esperanza había empezado a brillar. Tal vez tuvieran alguna posibilidad, aunque fuera muy escasa. No quería creerlo, pero no podía evitar sentirse así. Libby siempre había sido, para desgracia de ella, demasiado romántica.

Dejó de pensar en esas cosas y se levantó de la cama. Después de ponerse la bata, se sentó en la butaca de chintz que había junto a la ventana. Beau se había acostumbrado a dormir allí, disfrutando de los beneficios de un segundo hogar y de una anfitriona indulgente. Pero en esa ocasión estaba tumbado junto a la puerta, y apenas levantó la cabeza para saludarla.

Libby se acurrucó en la butaca y se puso a observar a Trey durmiendo, a memorizar cada una de sus facciones. Algún día querría

recordar esa pequeña cicatriz de la barbilla, sus pestañas tremendamente tupidas o sus labios esculpidos. Algún día eso sería todo lo que tendría de él; una imagen que atesoraría en su pensamiento.

Trey se movió y se volvió hacia el lado vacío de la cama. Cuando notó que Libby no estaba allí tumbada, se incorporó y se frotó los ojos.

—Hola —dijo.

Libby le sonrió. Por la mañana tenía un aspecto tan encantador, con el pelo revuelto y los ojos adormilados...

—Hola —dijo ella.

—¿Qué haces levantada?

Libby se encogió de hombros.

—Sólo te estaba mirando mientras dormías.

Él estiró el brazo y movió el dedo instándola a que fuera donde estaba él. Libby se levantó y se metió en la cama con él. Trey la abrazó por la espalda.

—Dios, me encanta despertarme a tu lado.

—Eso es porque siempre te preparo el desayuno —murmuró Libby mientras le acariciaba el brazo.

Él apoyó la barbilla en el hombro de Libby.

—Eso no es cierto. Y para demostrarlo, esta mañana voy a prepararlo yo. ¿Qué te apetece?

—¿Sabes acaso cocinar? —le preguntó ella.

—No demasiado bien. Sé hacer gofres, y los cereales no se me dan mal. Una vez intenté hacer una tostada con queso y fue un desastre. Supongo que, si hago el esfuerzo, tal vez tú quieras ofrecerme un poco de ayuda.

—¿Quieres huevos con jamón y tortitas?

—Sí, por favor. Y me encantaría tomar también unas pocas galletas de esas que haces tú. ¿Puedes ponerles un poco de miel? Libby le dio un beso en el brazo y se sentó en la cama.

—Creo que anoche acabamos con toda la miel. Voy a tener que lavar las sábanas; están muy pegajosas.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y Libby gimió con fastidio. Beau pegó un brinco y empezó a ladrar, pero Trey lo llamó y le ordenó que se sentara en el suelo. —¿Quién será a esta hora?— murmuró ella.

—Seguramente será Carlisle. No sé por qué tiene que entregarte el correo en mano —Trey se sentó y echó a un lado la sábana—. Deja que baje yo. Me libraré de él. Libby volvió a empujarlo encima de la cama.

—No te atrevas. Sospecho que podría ser él quien se haya quejado de ti a Bobby Ray Talbert. No necesito que vaya corriendo al jefe de policía para decirle que tú y yo hemos estado fornicando.

—¿Es eso lo que hemos hecho? —se burló Trey—. ¿Podríamos hacerlo otra vez?

Libby le dio un manotazo y se levantó de la cama.

—No, ahora no —se colocó el cinturón de la bata—. Vuelvo dentro de un momento.

El timbre sonó de nuevo y Libby corrió escaleras abajo y abrió la puerta. Pero no era Carlisle el que estaba en el porche delantero con un paquete en la mano. Libby se quedó mirando a Bobby Ray Talbert que esperaba con el sombrero en la mano. Tenía la cara colorada y se movía nerviosamente de un lado al otro.

—Buenos días —dijo por fin con voz estrangulada—. Quiero, decir... buenos días, señorita Lisbeth.

Bobby Ray se ponía siempre muy nervioso cuando estaba cerca de ella.

—Buenos días, jefe Talbert.

Él se echó a reír con nerviosismo mientras se miraba los zapatos.

—Puedes llamarme Bobby Ray.

Bobby Ray prefería normalmente acercarse a ella en la tienda de ultramarinos o en la oficina de correos. Jamás había tenido el coraje de subir las escaleras del porche de su casa.

—¿Qué puedo hacer por ti, Bobby Ray?

—Acabo de estar en la casa de al lado, buscando a Trey Marbury. No está. No sabrás tú dónde podría estar, ¿verdad?

—¿Y por qué iba a saberlo?

Bobby Ray se encogió de hombros.

—Bueno, yo no me creo las habladurías... Pero, ya sabes, se han oído unos rumores en Belfort.

—Me sorprende que hagas caso de los rumores, Bobby Ray.

¿Acaso los oficiales de la ley no se basan en hechos?

—Bueno, sí... la mayor parte del tiempo. Pero hay ocasiones en las que un rumor puede resultar igual de útil —le dio la vuelta al sombrero que tenía en la mano y retiró con pausa una mota de polvo —. ¿Te importaría si paso? Hay unos cuantos asuntos que me gustaría discutir contigo. Tal vez podríamos tomarnos un vaso de limonada si te parece.

Libby volvió la cabeza. ¿Podría negarle la entrada al jefe de policía? Si lo hacía, Bobby Ray sospecharía, y él era muy cumplidor de la ley. Lo que no quería era que se encontrara a Trey en su cama, que lo echara de allí y lo acusara de fornicación.

—De acuerdo —dijo—. Pero no estoy vestida. Si te parece, ve al porche trasero y dentro de un momento salgo con algo fresco para tomar.

Él asintió y sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, muy bien. Es una cita —su sonrisa se desvaneció—.

Quiero decir, no es una cita, claro. Y no porque no quiera tener una cita contigo... Sólo es que la limonada no es... Bueno, me refería a eso.

—Te entiendo, Bobby Ray. Nos encontramos fuera en un par de minutos.

—Tómate tu tiempo —le dijo mientras retrocedía hacia las escaleras.

Libby esperó hasta que oyó sus pasos en la parte trasera. Entonces subió las escaleras tan deprisa, que estuvo a punto de caerse al llegar al rellano. Encontró a Trey desnudo tumbado en su cama.

—Tienes que levantarte —le susurró; se subió a la cama y lo zarandeó—. Trey, levántate.

Trey gruñó medio dormido y se volvió boca abajo.

—¿Te has librado de Carlisle?

—No era Carlisle. Es Bobby Ray Talbert. Está esperando en el porche trasero. Le tengo que llevar un vaso de limonada.

—Bien —dijo Trey—. Me encanta tu limonada. Me apetece un montón algo fresco. ¿Es que quiere desayunar con nosotros? A lo mejor quiere prepararnos algo.

—Tienes que marcharte —le susurró Libby al oído—. Y llévate a Beau.

—Vamos, Lib. Pensé que pasaríamos el día juntos. Hoy no tengo a los obreros en casa. Tengo todo el día libre —agarró a Libby de la cintura y la tumbó sobre la cama—. Te haré un montón de cosas malas si me dejas quedarme.

—¡No puedes! El jefe de policía está abajo. Ahora vístete, espera unos minutos y sal por la puerta sin que nadie te vea. Sal por la de delante. Entretendré a Bobby Ray en el porche hasta que te marches.

—Maldita sea, Libby, no pienso salir como si fuera un ladrón. ¿Por qué no le dices a Bobby Ray, a Carlisle y al resto de los habitantes de Belfort que se ocupen de lo suyo?

—No es ni el momento ni el lugar para ponernos a discutir sobre nuestra vida privada.

—Es el momento perfecto —dijo Trey medio en burla.

—¿Y qué se supone que tengo que decir? «Por si le interesa a alguien, me estoy acostando con Trey Marbury. Me hace cosas innombrables en la cama, y a mí me gustan». Después de mi pregón podría contestar a las preguntas de los interesados, como si fuera una conferencia de prensa. Entonces podrán esposarte y llevarte a la cárcel.

—Tal vez debería decirle a todo el mundo que soy el hombre que tiene toda la intención de hacer de Libby Parrish una mujer honesta.

—No seas tonto —respondió Libby.

—Lo digo totalmente en serio.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso? ¿Acaso tienes planes de

casarte conmigo?

—No lo sé. ¿Tú te casarías conmigo?

Libby miró a su alrededor en busca de su vestido.

—Esta conversación es cada vez más ridícula.

—Contéstame Libby; quiero saber adónde nos conduce esta conversación.

—Se supone que soy yo la que tengo que estar haciendo ese tipo de preguntas, y tú el que tiene que evadirlas.

Se desató la bata y se la quitó; se puso el vestido y se peinó con los dedos.

—Maldita sea, Libby, estoy cansado de darle vueltas a este asunto. Quiero saber a qué diantres atenerme. ¿Se trata sólo de sexo, o hay algo más?

—Caramba, me hace gracia que me preguntes eso. Porque fue precisamente lo que me pregunté a mí misma hace doce años. ¿La primera vez, cuando lo hicimos a la orilla del río, fue sólo sexo?

—Por supuesto que no.

—Pues lo demostraste de un modo muy extraño —recogió su camisa y se la tiró.

—¿Yo? Yo fui el único que te escribió; seis cartas, para ser exactos. Tú jamás me contestaste.

—Estás mintiendo.

—¿Por qué iba a mentir con algo como eso? Libby, la noche que pasamos juntos me pareció increíble. Cuando llegué a Atlanta no era capaz de pensar en nada más. Y cuando no me contestaste, pensé que no te había importado y dejé de escribirte. No quise volver a casa para no encontrarme contigo. Verte otra vez habría sido muy doloroso.

—Fui yo quien te escribió —dijo Libby—. Eres tú el que no me escribiste jamás. No me mientas, Trey.

—No te estoy mintiendo. Jamás recibí ninguna carta tuya, Lib. De haberlo hecho habría vuelto a casa el fin de semana siguiente. Quería verte otra vez.

Libby negó con la cabeza mientras se llevaba los dedos a las sienes.

—Ahora no tenemos tiempo de hablar de esto. Sólo vístete y vete. Luego voy a tu casa y seguimos hablando.

Trey se levantó de la cama de mala gana y recogió sus vaqueros, que estaban tirados en el suelo. Se los puso sin molestarse siquiera en ponerse primero los calzoncillos.

—Sabes, Bobby Ray Talbert no tiene jurisdicción que abarque nuestra vida amorosa.

—No tenemos vida amorosa —dijo Libby—. Tenemos vida sexual. Eso normalmente no es algo permanente. No tenemos que explicarles a los habitantes de Belfort los detalles increíbles de lo que ocurre en mi dormitorio.

Trey sonreía.

—¿Te parece increíble?

—No cambies de tema. Sólo necesito que te vayas a tu casa hasta que me libre de Bobby Ray.

—Vamos, Libby, esas leyes ya no se aplican. Me gustaría ver cómo me arresta.

—Vete a casa —insistió Libby.

—¿Cómo voy a poder dormir sin ti?

—Inténtalo. Cierra los ojos, y yo iré a buscarte.

—Vendré a verte esta noche, cuando Bobby Ray esté ya en su cama.

—¡No!

—Entonces ven tú a verme.

—¡No!

Salió corriendo del dormitorio y bajó las escaleras apresuradamente. Se asomó por la ventana de la cocina para ver si Bobby Ray seguía allí, y entonces sacó una jarra de limonada de la nevera y dos vasos de un armario. Empujó la puerta mosquitera con el trasero y avanzó rápidamente hacia donde estaba él cerca de las butacas de mimbre.

—Parece que vamos a tener otro día caluroso —murmuró mientras le llenaba el vaso.

—Parece que la gente se vuelve un poco loca con este calor —comentó Bobby Ray—. Ayer le advertí a Eudora Throckmorton que no estaba bien que cruzara la calle por cualquier sitio, y ella se dio la vuelta y me dio con el bolso en la cabeza. Podría haberla arrestado por asalto a un miembro de la ley, pero la dejé marchar.

—Fuiste muy amable —dijo Libby—. ¿Por qué no me cuentas ahora la razón de tu visita? ¿He hecho algo malo?

—Espero que no —dijo Bobby—. Digamos que esta es una visita preventiva. Entiendo que Trey Marbury es un hombre de mundo, guapo y sofisticado, y tal vez a algunas mujeres de esta ciudad pueda parecerles atractivo. He oído rumores.

Libby ahogó un gemido de frustración y se pasó las manos por el cabello despeinado. De pronto, se tocó algo pegajoso en la nuca e hizo una mueca. ¿Cómo había conseguido que la miel le llegara hasta la cabeza?

—Ya sabes cómo son los cotilleos en Belfort. Se inventan cualquier cosa para adornar una historia.

—No pienso permitir que continúe provocando por ahí.

—¿Provocando?

—Sí, provocando a las mujeres. Tenemos una ordenanza en Belfort que prohíbe la fornicación entre dos personas que no están casadas. Cierto que fue aprobada en 1889, cuando algunas prostitutas de

Charleston se presentaron en la taberna del pueblo, pero de todos modos la ley es la ley —hizo una pausa—. No sé si me entiendes.

—¿Y crees que esa ley es justa?

Él la miró detenidamente.

—Está ahí para proteger a los ciudadanos de Belfort; y eso te incluye a ti —apuró su vaso de limonada, se limpió los labios con el dorso de la mano y se puso de pie.

—¿Y si dos personas que no están casadas están enamoradas? —le preguntó Libby.

—¿Enamoradas? ¿Estás enamorada de Trey Marbury?

—¡No! —exclamó Libby mientras sacudía la cabeza—. Sólo era una hipótesis.

—Ya —murmuró Bobby Ray mientras asentía—. Bueno, no creo que la ordenanza diga nada de que el amor pueda ser una excepción a la regla. Aun en ese caso, tendría que arrestar a esa persona —se colocó el sombrero, sacó las gafas de sol del bolsillo y se las puso—. Hay personas en esta ciudad que te tienen cariño, Lisbeth. Vives aquí, y él no. Haré todo lo posible para asegurarme de que nadie te haga daño. Es mi deber —asintió brevemente con la cabeza—. Que tengas un buen día.

Y dicho eso, Bobby Ray avanzó por el porche y desapareció por la esquina del lateral. Libby se recostó en la butaca y suspiró de alivio. ¡Pero qué auténtica locura! Ya no sólo eran los rumores, sino que además el jefe de policía había decidido inmiscuirse en su vida privada. Libby se levantó de la butaca y entró en su casa.

¿Valía la pena acabar en la cárcel sólo por practicar el sexo con Trey? Gimió y se pasó la mano por el pelo. —Sí, totalmente— dijo sin pensárselo dos veces.

Y la pregunta que le había hecho a Bobby Ray no había sido hipotética. ¿Y si estaba de verdad enamorada de Trey? Libby subió a su dormitorio mientras reflexionaba sobre aquella posibilidad. Se había resistido tanto a enamorarse, pero en el fondo estaba casi segura de que había empezado a sentir algo especial por él desde el día de la rosaleda. O a lo mejor nunca había dejado de pensar en él.

Pero amar implicaba sucumbir totalmente, dejar a un lado sus miedos y a arriesgar su corazón. Y significaba además que habría boda y un futuro lleno de felicidad. Cuando llegó al segundo piso se dirigió hacia su habitación, pero antes de entrar cambió de idea y se dio la vuelta en dirección al ático. Allí estaba guardado el vestido de novia de su bisabuela.

Las empinadas escaleras estaban cubiertas de polvo. Nada más entrar, Libby abrió las ventanas para que entrara un poco de aire fresco que se llevara aquel calor tan agobiante. De pequeña solía jugar a menudo en el ático y se vestía con vestidos antiguos que habían

estado guardados en cajas. Retiró una sábana vieja que cubría un baúl de cedro y levantó la tapa. Dentro, cuidadosamente envuelto en papel de seda, estaba el vestido de novia de su bisabuela. De pequeña había decidido que un día llegaría al altar con ese vestido puesto.

Libby retiró el traje con cuidado y lo desdobló; pero al hacerlo un montón de cartas cayeron al fondo del baúl. Libby las recogió con extrañeza, se colocó el vestido sobre el brazo y fue hacia las escaleras.

Cuando llegó a su habitación, dejó el vestido sobre la cama con mucho cuidado y después se sentó para examinar los sobres. Había cinco o seis sobre pequeños que iban dirigidos a ella sin remitente. Pero fue el sobre más grande el que le llamó la atención, y emitió un gemido entrecortado cuando reconoció la letra.

—Ay, Dios mío —murmuró mientras leía la dirección.

Pasó el dedo por el sello y se quedó mirando las palabras que había escritas más abajo: franqueo insuficiente.

Revolvió el resto de las cartas, seis cartas escritas por Trey y dirigidas a ella. Habían sido abiertas. Y la carta que ella le había enviado a Trey había sido devuelta por la oficina de correos. Un sólo sello no había bastado para la misiva de diez páginas.

Sólo habían podido terminar en el ático de una manera, si su madre las había llevado allí. Si su padre hubiera encontrado las cartas, directamente la habría castigado. No, aquello era sin duda obra de su madre.

Libby se pegó las cartas al pecho y aspiró temblorosamente. Aquello lo cambiaba todo. Trey no la había abandonado todos esos años atrás. Tal vez incluso la habría querido. Esa mañana lo había acusado de mentir...

La cabeza no hacía más que darle vueltas a ese nuevo descubrimiento. Si en el pasado la había querido, a lo mejor tenía posibilidades de que su futuro y el de Trey fueran el mismo. A lo mejor siempre había sido el hombre adecuado. El único hombre en su vida.

Trey salió al porche y estiró los brazos por encima de la espalda para estirar los músculos del cuello. Había pasado todo el día renovando los suelos, y le dolían los brazos de manejar la maquina lijadora durante ocho horas.

Se revolvió el pelo para quitarse el polvo y seguidamente se agachó para acariciar a Beau en la cabeza. El perro estaba sentado en el porche, alejado del ruido de la lijadora.

Se asomó a la casa de Libby y vio que la luz de la cocina seguía encendida. Trey cruzó el patio y el seto de azaleas, deseoso de verla. La encontró sentada en una de las butacas de mimbre del porche

trasero; la luz de la cocina iluminaba su perfil.

—¿Estamos a salvo ya? —le susurró Trey.

Libby pegó un respingo, como si la hubiera sorprendido. Fue entonces cuando Trey vio que tenía los ojos llorosos.

—¿Eh, qué te pasa?

Se acercó a ella rápidamente, se agachó delante de ella y le tomó las manos.

—Libby, dime lo que te pasa. Estás llorando.

Libby se limpió las lágrimas.

—No, no.

—Vamos, no te preocupes por Bobby Ray Talbert. No voy a dejar que nos arreste..

—No estoy disgustada por eso. Yo... sólo estaba mirando estas cartas —le dijo, entonces le pasó el montón de sobres—. ¿Te acuerdas de esas cartas? —le preguntó Libby.

Trey examinó los sobres con desconcierto a la luz que salía de la cocina; inmediatamente reconoció la letra.

—Te las escribí desde la facultad. Pensaba que habías dicho que no las habías recibido.

—Y no las recibí. Mi madre debió de quitármelas. Y aquí está la carta que yo te escribí. Ves, no puse suficientes sellos, y por eso la devolvieron y mi madre también debió de guardarla.

—¿Por qué estás llorando? —le preguntó él.

—Porque hemos perdido tantos años... —dijo Libby.

—No —dijo Trey, sacudiendo la cabeza—. No puedes verlo así. Libby, si hubiera recibido esta carta, habría vuelto a Belfort y habríamos intentado vernos. Pero antes o después nuestros padres habrían encontrado el modo de separarnos. Entonces no éramos lo suficientemente mayores ni maduros para enfrentarnos a ellos, y cada uno se habría ido por su camino. Nos hemos vuelto a juntar exactamente en el mejor momento para los dos —la abrazó y se puso de pie—. No me arrepiento de lo que pasó entonces. Me estoy enamorando de ti, Lib. En este mismo momento.

—Creo que yo también me estoy enamorando de ti —murmuró.

Trey no había planeado decírselo, sencillamente le había salido. Y toda vez que había sido así, estaba totalmente seguro de que había dicho la verdad. Se retiró y miró a Libby a la cara. Sus lágrimas se habían trasformado en una tímida sonrisa.

—Creo que este momento es muy importante.

—Supongo que sí —dijo Libby.

—¿Qué significa para ti, Libby?

Ella pegó la nariz al pecho de Trey y se encogió de hombros.

—No estoy segura. Sólo he estado enamorado una vez en la vida. No estoy tan segura de lo que se siente.

—Fuera quien fuera, me alegro de que no fuera capaz de darse cuenta de la maravilla de mujer que tenía junto a él.

Libby le quitó el sobre de las manos y levantó la carta que ella le había escrito.

—Lee esta carta —le dijo—. Entonces lo entenderás —tomó sus cartas y se las llevó al pecho—. Voy a quedármelas, Trey. Eran preciosas.

—¿Entonces ahora qué hacemos?

La besó en la frente y aspiró el aroma de su pelo. Dios, detestaba no poder tocarla como deseaba, no poder meterse en la cama y abrazarla toda la noche.

—Vas a tener que volver pronto a Chicago. Entonces, ya veremos.

—¿Vas a contarle a tus padres lo nuestro? —le preguntó Trey.

Ella negó con la cabeza.

—Todavía no. No tenemos por qué decidir qué vamos a hacer el resto de nuestras vidas en este preciso instante. Veamos a dónde nos conduce lo que tenemos ahora.

Aunque no dijo nada, Trey sintió que aún no estaba segura de sus sentimientos. Aún reservaba algo, un pedazo de su corazón que no quería entregarle. Y hasta que no se ganara todo su cariño, Trey no podía contar con la posibilidad de pasar su vida junto a ella.

—Jamás te haré daño. Te lo prometo.

Ella sonrió.

—Creo que finalmente te creo.

Trey asintió y la abrazó.

—De acuerdo. Es un comienzo —le pasó las manos por la cabeza y se la inclinó un poco hacia arriba para que lo mirara—. Venga. Démonos una ducha, metámonos en la cama y hagamos el amor toda la noche.

—No deberíamos —dijo Libby—. Lo que menos falta nos hace es que Bobby Ray nos meta a los dos en la cárcel. Necesito averiguar si tiene de verdad la intención de aplicar esa ley antes de que cometamos otro crimen.

—Me despertaré temprano y me iré a casa antes de que Bobby Ray se levante. O puedes venir a mi casa y te mandaré a casa antes de que salga el sol —hizo una pausa al ver la expresión de preocupación en su rostro; la estaba presionando demasiado y ella se estaba echando atrás—. De acuerdo, me iré a casa a dormir con Beau. Pero él no huele tan bien como tú y tiene mucho pelo en las piernas.

Libby se echó a reír, entonces se puso de puntillas y lo besó de nuevo.

—Podríamos darnos un baño antes de irnos a la cama —le sugirió ella—. Tal vez fornicar esté en contra de la ley, pero bañarse desnudo no.

—Creo que eso podría gustarme.

Trey tiró las cartas sobre la silla, le dio la mano y bajó con ellas las escaleras. Pero ella se paró en medio del césped y le echó los brazos al cuello.

—Es todo demasiado complicado —le dijo ella—. Deberíamos acostarnos para que Bobby Ray nos arrestara y nos metiera en la cárcel.

Trey sabía que su deseo por él había superado su sentido común, y que probablemente después se arrepentiría de lo que estaba diciendo.

—Ya iremos viendo —le dijo mientras la levantaba y cruzaba el césped con ella en brazos—. Sabes, aún no sabemos quién escribió esas otras dos cartas.

Libby sonrió.

—En realidad no me importa. Como bien has dicho, gracias a esas cartas nos hemos juntado. Eso es lo único que importa.

Cuando llegaron al río, se quitaron la ropa rápidamente y entraron en el agua. Y después, cuando se despidieron con un beso a la puerta trasera de casa de Libby, Trey se sentó en su cocina y leyó la carta que ella le había escrito hacía doce años. Pensó en las palabras que ella le había dicho esa noche horas antes, que sólo había amado a otro hombre. Después de leer su carta, Trey se dio cuenta de que ese hombre era él. Pero entonces había sido un chiquillo, un adolescente que aún no sabía lo que le deparaba la vida.

Ya lo sabía. Quería casarse con Libby Parrish. Quería construir una vida junto a ella y formar una familia; deseaba crear algo especial. Quería ser un amante esposo y un buen padre, y seguía dispuesto a hacer lo que fuera necesario para hacer realidad ese sueño.

Sólo esperaba que Libby pudiera perdonarlo por sus métodos, porque no quería esperar ni un solo segundo más para empezar una nueva vida al lado de su amor.

El timbre de la puerta sonó justo en el mismo momento en que Libby terminaba de preparar una masa de hojaldre. Había encontrado una receta nueva que quería probar para incluirla en su nuevo libro de cocina. Se secó las manos con un paño de cocina y al volverse vio a Sarah entrando apresuradamente por la puerta trasera. Su amiga agitaba un periódico en la mano. —¿Has visto esto?— le preguntó—. Es el periódico de ayer.

—Lo he visto —contestó Libby—. No lo he leído. Aparte de las necrologías y de los resultados de voleibol no hay mucho más en el Belfort Bugle.

—En este número hay algo más, y toda la ciudad habla de ello. — Oh, no— dijo Libby. —No me digas que han empezado también a

imprimir los cotilleos en el periódico. Trey y yo hemos tenido mucho cuidado desde que Bobby Ray me hizo una visita la semana pasada. Tengo que decir que esto de vernos en secreto hace que nuestros encuentros resulten aún más emocionantes. De día fingimos que apenas nos conocemos, pero de noche... Todo resulta mucho más intenso.

—No vas a tener que continuar fingiendo. Como quinto punto del orden del día de la agenda del pleno del ayuntamiento está la discusión sobre la revocación de la ordenanza 321.7.

Libby frunció el ceño.

—¿La que se refiere a la fornicación?

—La misma —le confirmó Sarah—. Y adivina quién ha presentado la petición ante el pleno.

—¿Trey Marbury?

Sarah asintió.

—Pasé con el coche por el ayuntamiento y ya hay cola. Las señoras de la Iglesia Baptista estaban vendiendo limonada y galletas a la puerta, y hay piquetes en la acera. Esto es lo más emocionante que ha pasado en Belfort desde que Kitty Foster dejó un maniquí desnudo en el escaparate de su boutique.

Libby dejó el paño de cocina en la encimera y se alisó la falda.

—Supongo que será mejor que vayamos a echar un vistazo.

Cuando llegaron al ayuntamiento, los curiosos habían empezado a entrar en el edificio. Libby se puso de puntillas a la puerta de la sala de juntas, tratando de ver por encima del mar de cabezas. Entonces vio a Trey de pie en el otro extremo de la sala. Tenía un aspecto tan distinto al de esa mañana, cuando se había marchado de su casa. Llevaba traje y corbata de seda, un atuendo muy distinto al habitual de pantalón corto y pecho al descubierto.

Se abrió paso entre la gente y, cuando llegó donde estaba él, lo tocó en el hombro.

—¿Qué estás haciendo? —le dijo ella.

—Ah, hola Lib. Me alegro de que estés aquí. Necesito todo el apoyo posible.

—¿Y por qué iba a apoyar esto? Mi vida privada está a punto de pasar a ser el tema de un debate público.

Trey le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella para conducirla a un rincón junto a la salida de incendios.

—Se me ocurrió que, si querían que cumpliéramos sus estúpidas reglas, entonces tendríamos que intentar cambiar esas reglas.

Trey se inclinó para darle un beso, pero Libby negó con la cabeza.

—Esto no es ningún juego —dijo ella—. Estamos hablando de mi vida. En cuanto digas que te opones a esa ordenanza, todo el mundo va a saber por qué.

—¡Vamos, Libby, ya lo saben! Toda la ciudad sabe lo nuestro desde el día en que me mudé a la vieja casa Sawyer. Quiero tener el derecho a disfrutar del tiempo que pasemos juntos. ¿Tú no?

Él le acarició el brazo con suavidad, y por un momento la sensación la distrajo de todo lo demás.

—¿Y la única manera de disfrutar del tiempo que pasamos juntos es fornicando con toda libertad?

Él esbozó una sonrisa pícara.

—Bueno... sí. Tal vez. Si quiero pasar la noche contigo, no debería tener que marcharme de tu cama antes del amanecer. Maldita sea, anoche Bobby Ray estuvo aparcado delante de mi casa hasta las once de la noche. Y esta mañana estaba en el mismo sitio a las seis en punto. Está empeñado en pillarme, y quién sabe si uno de estos días me voy a quedar dormido. Entonces a ver qué va a pasar.

—Por favor —le dijo Libby—. Deja todo esto, Trey. Vente conmigo a casa y ya pensaremos en otra solución. Siempre podemos fornicar fuera de la ciudad, si es necesario.

Trey negó con la cabeza.

—No pienso marcharme, Libby. Estoy aquí por una razón. Hace años que esta ley debería haber sido derogada.

—¡Esto es ridículo! No puedo apoyarte en esto.

Y dicho eso se dio media vuelta y fue hacia el final de la sala, donde su amiga le había guardado un sitio.

—Está empeñado en llegar hasta el final —le dijo Libby a Sarah.

—Trey está muy guapo de traje —murmuró Sarah a su oído—. Quiero decir, está estupendo con ropa informal, pero con ese traje está para comérselo.

Libby volteó los ojos y suspiró.

En ese momento se oyó el ruido del mazo de madera y todos los presentes guardaron silencio.

Sam Harrington, que presidía el pleno del ayuntamiento, miró hacia los presentes antes de comentarle algo a los otros cuatro miembros, que al momento asintieron al unísono.

—Dada la cantidad de gente presente, vamos a ir directamente al asunto que nos atañe para que todos podáis volver a casa a comer. Asumo que la mayoría de vosotros estáis aquí por el asunto relacionado con la ordenanza 321.7, que prohíbe la fornicación entre dos personas que no estén casadas. Señor Marbury, presente su caso.

Trey se aclaró la voz mientras se dirigía hacia la parte delantera de la sala.

—Señorías, la mayoría de ustedes me conoce. Pasé los primeros dieciocho años de mi vida en Belfort y recientemente he adquirido una propiedad aquí. Por esa razón siento que tengo tanto derecho como los demás a oponerme a esta ordenanza en base a que va en

contra de la intimidad de las personas; una intimidad que nos garantiza la Constitución.

Un hombre mayor se puso de pie.

—No hay nada en la Constitución que dé derecho a las personas solteras a andar por ahí fornicando. Yo no tuve esa libertad cuando era joven, ¿Por qué iba a tenerla usted?

El resto de la gente empezó a gritar, y Sam Harrington tuvo que golpear la mesa con su mazo de madera hasta que todos guardaron de nuevo en silencio.

—Reverendo Arledge, oigamos lo que opina usted al respecto.

El ministro baptista se puso de pie.

—El hecho de revocar esta ordenanza es prueba de los fundamentos morales de nuestra ciudad. ¿Qué clase de mensaje le estaríamos trasmitiendo a nuestros jóvenes si les decimos que las relaciones prematrimoniales o extramatrimoniales son aceptables? Yo urgiría a los miembros del pleno a conservar esta ley.

—¿Cuánto tiempo lleva esa ley en vigor? —preguntó Trey en tono desafiante—. Todos sabemos que, si nos atenemos a la ley, en la ciudad se practica el sexo de manera ilegal. Y yo opino que, o bien se aplica la ordenanza a todos por igual, o se deroga. Pero prepárense para tener las celdas llenas de fornicadores.

—Jefe Talbert, ¿hace cuánto tiempo que la policía arrestó a alguien por incumplir esta ordenanza? —le preguntó Sam

Harrington al policía.

Bobby Ray se puso de pie.

—Creo que fue en 1923, señor —contestó el jefe de policía.

—Señorita Eulalie. ¿Tiene algo que añadir?

La mujer mayor se puso de pie, con su bolso colocado debajo del brazo.

—Aunque soy una baptista que teme al Señor, estoy de acuerdo con Trey Marbury. Esto es un asunto constitucional. No estoy segura de querer tener a Bobby Ray Talbert vigilando mi alcoba todas las noches.

La gente rompió a reír, y Libby no pudo evitar sonreír. El hecho de imaginarse a Eulalie Throckmorton practicando el sexo resultaba demasiado inaudito como para ignorarlo. O tal vez fuera la imagen de Bobby Ray y la señorita Eulalie liándose en su dormitorio lo que le pareció tan divertido a la concurrencia. Sam tuvo que golpear repetidamente con el mazo de madera para restablecer el orden.

—A ella sólo le interesa el cotilleo adicional —susurró Sarah—. Más sexo ilícito significa que habrá más tema de conversación entre las señoras del club de bridge.

—Tengo una pregunta para el señor Marbury —dijo Bobby Ray mientras se volvía hacia los presentes—. Si él habla de sexo

prematrimonial, como agente de la ley y el orden, no tengo ningún problema con eso en tanto en cuanto se tome la parte que se refiere al matrimonio tan en serio como la que se refiere al sexo.

—¡En eso tiene razón! —exclamó Carlisle Whitby—. A ver cómo va a contestar a esa pregunta.

—Sí —comentó el reverendo Arledge mientras se ponía de pie rápidamente—. Me gustaría saber si el señor Marbury ha considerado el matrimonio como respuesta a su... problema.

—¿Señor Marbury? —Sam y el resto de los miembros del pleno se volvieron hacia él—. ¿Se le ha pasado alguna vez por la cabeza?

Trey se volvió para mirar hacia la concurrencia hasta que localizó a Libby con la mirada.

—Desde luego. Pero no estoy seguro de que ella aceptara mi proposición. Aún tiene dudas sobre mis sentimientos hacia ella.

—A él le resulta muy fácil decir eso —gritó Wiley Boone—. ¿Pero puede demostrar que sus intenciones son honorables?

Trey se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, de donde sacó un pequeño estuche de terciopelo negro. Lo abrió despacio y se lo mostró al público allí reunido. Todos, Libby incluida, se quedaron boquiabiertos al ver el enorme solitario de diamante que había dentro.

—Sigo albergando la esperanza de poder convencerla. Por eso he comprado este anillo.

Todo el mundo se volvió a mirar a Libby, que tenía las mejillas coloradas de la vergüenza que estaba pasando. ¡Todos esperaban que dijera algo! ¿Pero qué se suponía que tenía que decir? ¿Acaso Trey estaba proponiéndole en matrimonio? ¿Delante de todas esas personas?

Miró a Sarah y vio que su mejor amiga estaba a punto de soltar una lágrima. Libby aspiró hondo y se puso de pie muy despacio.

—Yo... tengo una pregunta para el señor Marbury. Me gustaría saber qué opina de los matrimonios a distancia. Después de todo, él vive y trabaja en Chicago. ¿Acaso espera que esta... posible esposa lo siga, o consideraría quedarse en Belfort?

La gente se volvió a mirar a Trey, que sonreía tímidamente.

—Creo que se me podría convencer para quedarme en Belfort. Tengo una bonita casa aquí, y es aquí donde me crié. La mujer que amo vive también aquí. ¿Por qué iba a querer marcharme?

Todo el mundo guardó silencio mientras esperaban la respuesta de Libby. Sam Harrington se aclaró la voz.

—Creo que nos hemos desviado del tema.

Pero el público lo acalló inmediatamente. Así que el hombre volteó los ojos y le hizo a Libby un indicación con la cabeza para que continuara.

—¿Tiene una respuesta a eso, señorita Parrish? —le preguntó

Harrington—. Porque de otro modo tenemos que continuar con el orden del día.

Libby tragó saliva para intentar calmar los latidos alocados de su corazón.

—Yo... no tengo ninguna respuesta, puesto que no se me ha hecho ninguna pregunta.

—¿Señor Marbury, tiene usted alguna...?

—Oh, por amor de Dios, Sam —lo regañó Eulalie Throckmorton—. ¿Es que no puedes mantenerte al margen de esto?

—Lo siento, señorita Eulalie —murmuró Sam—. Por favor, continúen.

—Sí que tengo una pregunta —dijo Trey—, pero no quiero hacérsela hasta que no esté seguro de la respuesta —dio la vuelta despacio alrededor de un grupo de gente y avanzó por el pasillo central de la sala de juntas, con la vista fija en Libby y el anillo en la mano.

—Vas a tener que hacerme la pregunta antes de que te dé una contestación —dijo Libby, que se tropezó con algunos espectadores antes de llegar al pasillo.

Cuando finalmente estuvieron el uno delante del otro, Trey le acarició la mejilla. Ella cerró los ojos al tiempo que el público a su alrededor se desvanecía, al igual que sus dudas. —¿De verdad quieres que lo haga aquí?— susurró él.

—Creo que deberías terminar lo que has empezado —le contestó Libby mientras paseaba la mirada por sus apuestas facciones.

Trey se echó a reír.

—De acuerdo, ahí va —se agachó sobre una rodilla y le tomó la mano; entonces se aclaró la voz y habló en voz alta, para que todos pudieran oírlo—. Libby Parrish, llevo años enamorado de ti. No me había dado cuenta hasta que no había vuelto a Belfort. Y ahora que lo sé, no hay modo de que vuelva a dejarte escapar. Si accedes a casarte conmigo, te prometo pasar el resto de mi vida amándote, puesto que sólo eso haría de mí el hombre más feliz del mundo. ¿Quieres casarte conmigo, Libby?

Le soltó la mano, sacó el anillo del estuche y se lo pasó mientras esperaba su respuesta.

Ella ni siquiera se la pensó. La emoción le atenazaba la garganta mientras todo su ser le decía a gritos que no podía imaginar su vida sin Trey.

—Sí —murmuró Libby, a punto de echarse a llorar de emoción— . Sí, Trey Marbury, quiero casarme contigo.

Él le deslizó el anillo en el dedo, se puso de pie y la estrechó entre sus brazos. Seguidamente la besó con tanto ardor, que Libby se quedó sin aliento. Los presentes se pusieron de pie y empezaron a aplaudir, a

gritar y a silbar para expresar su aprobación. Trey le echó la mano a la cintura, la levantó en brazos y empezó a dar vueltas. Libby se agarró con fuerza a sus hombros mientras lo miraba a los ojos.

—¿De verdad te quedarás en Belfort por mí? —le preguntó a Trey.

—Cariño mío, no me ha quedado otro remedio. Desde que te volví a ver me di cuenta de que mi sitio está aquí, a tu lado, en tu vida, en tu cama. Y, por supuesto, en tu corazón.

Capítulo 9

—No puedo creer que haya hecho esto. De todas las cosas turbias que Bobby Ray Talbert podría haber hecho el día de mi boda, ésta se lleva la palma.

—¿Estás segura de que ha encerrado a Trey? —le preguntaba Sarah mientras detenía el coche a la puerta de la comisaría de policía.

—Trey me ha llamado al móvil cuando iba en el asiento trasero del coche patrulla de Bobby. Me dijo que llevara dinero para la fianza, así que supongo que lo habrá arrestado.

Libby abrió la puerta del coche y se agarró al marco de la puerta para ayudarse a salir, ya que el vestido de su abuela se le enredaba entre las piernas. Se levantó la falda y se retiró el velo de encaje de la cara.

—Juro que Bobby Ray Talbert se arrepentirá del día que se metió con mi futuro esposo.

—Libby, cálmate. Bobby Ray sigue siendo el jefe de policía de Belfort. Si te enfrentas a él, tal vez te meta en la celda contigua a la del novio.

Sarah empujó las puertas del vestíbulo de la comisaría para que Libby entrara y después le agarró el velo para que no le arrastrara.

—Sabes que Bobby Ray siempre ha estado colado por ti. Tal vez esté celoso de que sea Trey el que te va a llevar al altar en lugar de él.

Libby se volvió hacia Sarah con expresión descompuesta.

—Amo a Trey, es el único hombre al que amo, y lo que piense Bobby Ray de nuestra relación no me interesa. ¡Si no me caso con él hoy, me casaré mañana!

Cuando entraron, Sarah agarró a Libby de la mano para detenerla. Se adelantó, le puso el velo derecho y le sonrió.

—Estás preciosa, Libby.

La expresión de rabia desapareció del rostro de Libby.

—Y tú también. Me alegro tanto de que seas mi dama de honor. No podría haber planeado esta boda sin ti.

—Como dama de honor tuya, voy a tener que darte un consejo. Cuando falle todo lo demás, échate a llorar. Las lágrimas pueden ser un medio muy persuasivo con hombres como Bobby Ray —dijo Sarah.

Libby asintió antes de darse la vuelta y cruzar otras puertas que daban a otra sala de la comisaría. El oficial de guardia exclamó con sorpresa al verla con su vestido de novia.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero ver al jefe Talbert. Dígale que Libby Parrish ha venido a buscar a su prometido —golpeó con el pie en el suelo impacientemente, y entonces se volvió a mirar a Sarah, que estaba esperándola al otro lado de las puertas de cristal.

—¿Entonces se va a casar o ya se ha casado? —le preguntó el agente.

Libby le dirigió una mirada de fastidio. Entonces se remangó la falda y avanzó directamente hacia los despachos.

—¡Bobby Ray Talbert, sal de ahí!

—¡Señorita, no puede entrar!

En ese momento, Bobby Ray salió de su despacho con un dónut en la mano. Al momento salieron Wiley Boone y Carlisle Whitby detrás del jefe de policía.

Libby se quedó mirando el trío con incredulidad.

—No me lo puedo creer —murmuró—. ¿Os habéis conspirado los tres para estropearme la boda, o ha sido sólo idea de Bobby Ray? Quiero ver a Trey inmediatamente.

Pasó por delante del trío hacia la pesada puerta de hierro que servía de entrada a la zona donde estaban los calabozos, pero cuando tiró de la puerta y vio que no se abría, se volvió a mirar a Bobby Ray con rabia. El policía fue inmediatamente.

—No tienes derecho a retenerlo —le dijo Libby.

Él frunció el ceño mientras se ponía colorado.

—Soy el jefe de policía de esta ciudad y puedo hacer más o menos lo que me dé la gana.

—¿A cuánto asciende su fianza?

—Bueno, eso aún no ha sido determinado.

—Quiero verlo —dijo Libby—. Ahora mismo.

Bobby Ray abrió la puerta y le permitió pasar; entonces la acompañó hasta donde estaban las celdas. Cuando Libby volvió la cabeza, vio a Carlisle y a Wiley detrás de Bobby Ray. Se encontró a Trey sentado en la primera celda, vestido con su esmoquin.

Se puso de pie nada más verla y sonrió con expresión pensativa.

—Dios, Lib, estás preciosa.

Ella se detuvo y sonrió también.

—Gracias —metió las manos entre los barrotes, le agarró la cara y lo besó; entonces se volvió hacia Bobby Ray—. Abre esta celda. Quiero darle a mi prometido un beso como Dios manda.

Bobby Ray hizo lo que le pedía y Libby corrió al interior de la celda y le echó los brazos al cuello.

—Voy a matar a Bobby Ray —murmuró mientras Trey la besaba.

—Eso si no lo mato yo primero.

Libby volvió la cabeza.

—¿De qué se le acusa?

—Bueno, aún no le he imputado ningún cargo. En cuanto lo encerré, se negó a contestar a ninguna de mis preguntas.

—O me acusas o dejas que me marche —dijo Trey—. Se supone que nos vamos a casar dentro de media hora, y teniendo en cuenta todas las horas de trabajo que ha invertido Libby, yo en tu lugar no me arriesgaría a estropearlo todo —le dijo Trey.

—No tiene por qué hacer nada —comentó Wiley—. Es el jefe de policía de la ciudad.

—Si vas a detener a Trey por fornicación prematrimonial, entonces tendrás que detenerme también a mí —dijo Libby—. Porque, que yo sepa, es bastante difícil fornicar solo —Libby se apartó de Trey y estiró los brazos en dirección al policía—. Tal vez será mejor que me esposes —añadió.

Bobby Ray estaba colorado como un tomate.

—Yo... sólo lo traje porque quería charlar un momento con él. Entonces Wiley y Carlisle empezaron a azuzarme, y se lió la cosa.

—¿Y de qué querías hablar con Trey Marbury? —le preguntó Libby.

Bobby Ray se encogió de hombros, con la vista fija en los zapatos.

—Quería que supiera que, si no se porta bien contigo, le voy a hacer la vida imposible. Creo que eres la joven más dulce que he conocido en mi vida y no quiero que nadie te haga daño, eso es todo.

Libby abrió la boca para reprender a Bobby Ray, pero entonces la cerró. El policía tenía una expresión de tanto pesar, que se compadeció de él. Nunca se había dado cuenta de que los sentimientos de Bobby Ray hacia ella fueran tan profundos.

—Esta boda es lo que deseo, Bobby Ray —murmuró mientras le ponía la mano en el brazo—. Amo a Trey. Me enamoré de él a los diecisiete años, mientras tú perseguías a Mary Beth Warniman. Y quiero casarme con él... preferiblemente hoy.

—¿Vas a tratarla bien? —le preguntó Bobby Ray a Trey.

—Por supuesto —contestó Trey—. Y si no lo hago, te doy permiso para que me encierres en una de estas celdas.

Libby le echó una mirada a Trey para que se callara.

—Bobby Ray, si dejas salir a Trey ahora mismo, estoy dispuesta a tenerte como invitado en mi programa de cocina. Serás más famoso que el gobernador. Puedes preparar cualquier receta que te apetezca —Libby hizo una pausa para que Bobby Ray asimilara lo que le estaba ofreciendo—. He oído que preparas un guiso de gambas para chuparse los dedos. Nunca hemos hecho un guiso de gambas en el programa.

—Dicen también que preparo una estupenda sopa de cangrejo —añadió Bobby Ray con orgullo.

—Prepararemos el menú que te apetezca —le dijo Libby—. Y

quiero decirte que hay un montón de agradables mujeres solteras que ven mi programa y a quienes les interesaría mucho un hombre que sepa cocinar. Estoy seguro de que recibirás un montón de cartas; sobre todo si te pones ese uniforme de policía tan bonito.

—Mi especialidad son las costillas —dijo Carlisle—. Estoy seguro de que tus espectadores estarían muy interesados en aprender el secreto de la salsa.

Wiley frunció el ceño.

—Yo no sé ni siquiera freír un huevo.

—Si no me entregas a Trey, no hay guiso de gambas en la tele —le dijo Libby—. Escoge tú.

—Déjalo en la celda —le dijo Wiley.

—Yo me quedaría con el guiso —comentó Trey.

Bobby Ray miró a Libby y luego a Trey.

—De acuerdo —contestó—. Creo que es la mejor solución.

Libby se puso de puntillas y le dio a Bobby Ray un beso en la mejilla.

—Bien hecho. ¿Ahora, podríamos marcharnos, por favor? Tenemos que ir a una boda.

Bobby Ray se hizo un lado y abrió la puerta de la celda.

—Siento haberte metido aquí; sólo quería asegurarme de que la señorita Lisbeth sería feliz.

Trey le dio al jefe de policía una palmada en el hombro.

—No pasa nada, Bobby Ray. Supongo que parte de tu trabajo consiste en proteger a los ciudadanos de Belfort.

El jefe de policía asintió. Trey agarró a Libby de la mano y salieron corriendo a la calle. Sarah los esperaba ya con el coche en marcha.

—Siento mucho lo que ha pasado —le dijo Libby a Trey—. Quería que este día fuera perfecto.

Trey la paró y le dio un beso.

—Cariño, algún día podremos contarle a nuestros nietos la historia del día que la policía metió en la cárcel a su abuelo por querer casarse con su abuela. A lo mejor será más divertida que esa historia de Lucius Marbury pegándole a Edmund Parrish un tiro en el trasero.

Libby le puso el dedo sobre los labios.

—No te atrevas a sacar el tema de esa estúpida enemistad delante de mi padre. Ya me ha costado bastante que venga a la boda. No quiero que nada más salga mal hoy.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa —le dijo Trey mientras la miraba a los ojos y le sonreía—. Te amo, Libby.

Libby miró a Trey, le echó los brazos al cuello y lo besó.

—Y yo te amo a ti, a pesar de tus tendencias delictivas.

—A veces me pregunto qué suerte nos habrá juntado.

—No fue la suerte —le dijo, sonriéndole con timidez—. Sé quién

escribió esas cartas.

—¿De verdad?

—Vi la misma letra en una de nuestras tarjetas de «se ruega contestación».

—¿Vas a decirme quién las escribió?

Libby negó con la cabeza.

—Tengo que reservarme unos cuantos secretos para la noche de bodas.

Trey la levantó en brazos y empezó a dar vueltas.

—Entonces casémonos, señorita Libby Parrish. Antes de que consiga quebrantar otra de las leyes de Belfort.

—Me parece una idea estupenda, Trey Marbury —Libby le puso las manos en las mejillas y lo besó apasionadamente—. Cuanto antes nos casemos, antes empezarán a hablar de otra persona.

Epígolo

—¿Qué está pasando ahí enfrente? —preguntó Charlotte Villiers.

Eulalie Throckmorton se asomó por la ventana del salón y vio unos camiones aparcados delante de la casa de Libby Parrish.

—Supongo que están ahí para recoger las carpas. ¿Es que no te enteraste? La boda se celebró el fin de semana pasado. Trey Marbury y Libby Parrish se han unido en matrimonio. Compromiso y boda en un mes. Ella dice que no fue una boda por las prisas, pero yo tengo mis dudas.

—No entiendo por qué la hicieron al aire libre —dijo Charlotte—. Sobre todo con este calor —se abanicó con la mano y dio un sorbo de su té con hielo.

—Fue una boda muy sencilla y discreta —les explicó Eudora—. Lalie y yo fuimos invitadas, ya que nosotros contribuimos a que volvieran a juntarse; aunque no creo que se dieran cuenta de ello. Tenemos pensado contárselo cuando celebren su primer aniversario.

—He oído que el padre de ella se negó a venir —dijo Charlotte.

—Al principio no le hizo gracia que su hija fuera a casarse con un Marbury —le explicó Eudora—. Pero la madre de Lisbeth lo convenció. Había cambiado de opinión en cuanto a los Marbury.

Carolyn Parrish y Helene Marbury están deseosas de tener nietos; la primera generación de niños que lleven sangre Marbury y Parrish y que no se odien.

—¿Cómo conseguisteis juntarlos? —les preguntó Charlotte.

—Bueno —dijo Eulalie—, fue todo idea mía. Empezamos con una carta. Una carta muy erótica, la verdad. Y eso lo impulsó todo.

Eudora se sentó en la silla frente a Charlotte.

—Ah, pero cuéntale lo de nuestra investigación, Lalie. Fuimos a esa librería para adultos que hay en la autopista al sur de Walterboro. Santo Dios, eso sí que fue una experiencia. Nos llevamos varios artículos de lo más interesantes.

Charlotte emitió un gemido entrecortado mientras se llevaba la mano a la boca.

—¿Habéis estado en una tienda de artículos para adultos? Contádmelo. Siempre he tenido curiosidad por saber el tipo de libros que tienen allí. Supongo que muchos de D.H. Lawrence.

Eudora frunció el ceño, reflexionando un momento.

—No puedo afirmar que viéramos ningún libro —contestó—. Tenían una estupenda selección de revistas. Y las novedades eran muy interesantes. Pero fuimos principalmente para adquirir unos vídeos. Teníamos verdadera necesidad de ver qué había de nuevo en el mundo del sexo.

Eudora le sirvió otro vaso de limonada a Charlotte y le colocó una rama de menta fresca encima.

—Las cosas no han cambiado demasiado —dijo Eudora—. Los jóvenes siguen disfrutando de lo básico. Aunque parecen poner más importancia en la ropa. Y hemos notado que en estas películas animan a practicar el sexo en lugares públicos. Y no siempre es entre dos personas, ya sabes a lo que me refiero.

—¿Había animales? —le preguntó Charlotte.

—Bueno, creo que había unas cuantas películas en las que aparecía algún caballo —dijo Eulalie—. Pero me refería a otros individuos. Creo que lo llaman «corgi».

—No, querida, eso era el perro —le dijo Eudora—. Son orgías. Con «o».

Charlotte bajó la voz.

—Y hablando de sexo en lugares públicos, recuerdo cuando sorprendí a Libby Parrish y a Trey Marbury en el servicio de señoras del Tarrington's. Estoy convencida de que estaban a punto de practicar el sexo cuando entré yo.

—Esa fue la primera confirmación del exterior de que nuestros planes habían dado frutos —dijo Eudora—. Me sorprende del éxito que tuvimos. Creo que deberíamos ponerlo en práctica de nuevo. Eulalie negó con la cabeza.

—Ay, no sé, Dora. Ha sido una experiencia interesante, pero tal vez deberíamos continuar haciendo de casamenteras utilizando métodos más tradicionales. No estoy segura de ser capaz de ver ni una más de esas películas. Las tramas son tan aburridas.

—No creo que nadie las vea por la historia —dijo Eudora—. Además, con todos esos gemidos apenas se oye el diálogo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Charlotte con interés.

—Aún las tenemos —dijo Eulalie—. Queríamos tirarlas a la basura, pero Dora tuvo miedo de que las vieran los basureros y pensaran mal de nosotras —dio un sorbo de té—. ¿Te gustaría verlas, Charlotte? Las señoras del club de bridge no llegarán hasta dentro de quince minutos por lo menos.

—Oh, no podría —dijo Charlotte—. Aunque debo reconocer que siento curiosidad. Sabes, antes de que mi Harold muriera, él fue el único hombre que había visto desnudo en mi vida. Siempre me he preguntado si el suyo era... representativo de la anatomía masculina media.

—No creo que pudieras juzgarlo viendo esas películas. Parece que prefieren elegir a hombres que estén muy bien dotados en lugar de elegirlos por sus cualidades interpretativas —dijo Eudora—. Podría poner una en el reproductor de vídeo de la biblioteca de papá. ¿Crees que a las otras señoras les puede interesar verlo? Creedme, cuando vi la primera película tengo que reconocer que me sentí un poco nerviosa y sofocada.

Eulalie echó una mirada entre las cortinas y suspiró.

—Sabes, Dora, tenemos un problema. Ahora que están casados no van a darnos más tema de conversación que resulte interesante. Tal vez ésa sea razón suficiente para buscar otra pareja sobre la que volcar nuestros esfuerzos.

—Estoy segura de que a las señoras del club les gustaría implicarse —dijo Charlotte—. Podríamos hacer de ello la empresa principal del club.

—Podría ser considerado como un proyecto comunitario —comentó Eudora—. Después de todo, Libby y Trey acaban de casarse y van a formar una familia aquí en Belfort. ¿Acaso no es ese resultado beneficioso para la comunidad?

Las tres señoras tomaron sus vasos de té con hielo y volvieron al estudio, charlando sobre el nuevo proyecto. Por primera vez en muchos años, Belfort se había convertido en un lugar de lo más interesante. Y Eulalie y Eudora Throckmorton estaban empeñadas en que las cosas continuaran así durante mucho tiempo.

Fin